

TEETETES.

ARGUMENTO.

Platon parece presentar á Teetetes, cuyo nombre lleva el diálogo, como modelo completo de aquellos jóvenes, flor y esperanza de Atenas, que, dotados de una inteligente vivacidad, morigerados en sus costumbres y ansiosos de saber, se adhrieron desde muy temprano á la persona de Sócrates, y que formaban en las plazas públicas, en las palestras y en los pórticos su más atento y distinguido cortejo. En medio de ellos, Sócrates, dirigiéndose familiarmente tan pronto á unos como á otros, á fin de ejercitar y juzgar á todos, entablaba con cada cual, bajo apariencias de una libre confianza, conversaciones vivas y estudiadas sobre objetos determinados, que sin cesar traía á discusion á través de digresiones y rodeos; argumentacion disimulada, pero sostenida, de la que se desprendia siempre alguna verdad, y que él mismo llamaba con delicadeza el arte de alumbrar los espíritus. En el *Teetetes* se puede estudiar este gran arte, mejor quizá que en ninguno de los diálogos precedentes, porque desde las primeras palabras de la conversacion, Sócrates explica á su discípulo su secreto y ventajas con complacencia y energía, de lo cual todo este diálogo ofrece los ejemplos más interesantes, tanto por la abundancia y variedad de los detalles, como por la importancia del fondo.

Nada más grato que seguir á Platon en la indagacion de este problema capital: ¿cuál es la naturaleza de la ciencia?, y saber de su boca cómo habia sido resuelta por

los padres de la filosofía sensualista, Heráclito y Protágoras, y seguir paso á paso la más vigorosa refutación de esta estrecha doctrina, que, desde los primeros tiempos de la filosofía griega, confundía la inteligencia con la sensibilidad, y reducía á la sola sensación toda la esfera de actividad del espíritu humano. Esta refutación forma en cierta manera la primera parte del *Teetetes*. En la segunda, sólo separada de la primera por una transición rápida de un punto de la discusión á otro, Platon expone y desecha dos soluciones nuevas: la una, que la ciencia reside en el juicio; la otra, que está toda en el razonamiento. Ambas las lleva sucesivamente á sus consecuencias extremas, para demostrar que son igualmente insuficientes para dar una idea verdadera de la ciencia, puesto que no explican ciertas nociones fundamentales del entendimiento, es decir, las ideas primeras, que por su naturaleza son anteriores á todo juicio y á todo razonamiento. Tal es el conjunto de esta larga discusión, cuyo resultado es probar en definitiva que sentir, juzgar y razonar no son la misma cosa que saber.

Es imposible dar aquí el resumen minucioso de esta doble argumentación, que imprime á la forma de las conversaciones socráticas gran variedad de tono, una riqueza increíble de ejemplos y de comparaciones, con rasgos de ironía y algunas veces de una sutileza verdaderamente ática. Debemos limitarnos en cierta manera á sentar hitos que de trecho en trecho indiquen el camino.

A esta pregunta: ¿qué es el saber ó la ciencia?, Teetetes responde desde luego, que la ciencia le parece ser todo aquello que se puede aprender, la geometría, por ejemplo, y toda clase de artes. Esto es confundir la enumeración de las ciencias con la definición de la ciencia misma; y mediante la observación que le hace Sócrates, Teetetes propone esta primera solución general: saber es sentir, ó en otros términos, la ciencia consiste en la sensación. Esta

era la doctrina de Protágoras, cuando decia atrevidamente en su libro de la *Verdad: el hombre es la medida de todas las cosas*. Sócrates tiene cuidado de aclarar el sentido de esta proposicion; primero, reduciéndola á esta otra: que las cosas no son más que lo que parecen; y despues, ligando la opinion de Protágoras al sistema general de Heráclito sobre el origen y la constitucion del universo. Hace entender á Teetetes, que en este sistema el movimiento es á la vez el principio y la condicion de existencia de todas las cosas, de suerte que, hablando con toda propiedad, nada existe, nada es permanente, todo deviene, todo nace de una perpétua generacion, que es la ley de este mundo. Las relaciones, que tienen las cosas entre sí, están sometidas necesariamente á la misma condicion, porque si ninguna cosa subsiste idéntica á sí misma, con más razon las relaciones de las mismas están en incesante movimiento. El mundo no es más que una inagotable sucesion de apariencias. Arrastrado, como todo lo demás, en este torrente de fenómenos, el hombre tiene el privilegio de conocer. Pero, ¿qué puede conocer? ¿cómo puede conocer? Su ciencia, so pena de faltar á la ley de sistema, no puede participar de la inestabilidad y de la inanidad universales; se resuelve en estas impresiones fugitivas, que las apariencias de las cosas producen en nuestros sentidos, es decir, en sensaciones, cuya intensidad aprecia cada uno; y es la medida de que habla Protágoras, conforme á la cual todos decidimos con igual derecho de lo blanco y de lo negro, de lo amargo y de lo dulce, de lo bueno y de lo malo; en una palabra, de todos los mudables fenómenos de este flúido universal. Ciencia y sensacion son aquí sinónimos, porque nada conocemos que no sea por la sensacion, y el único medio para instruirnos es sentir.

Hé aquí las objeciones más fuertes que se desprenden de la impugnacion de Platon, impugnacion sutil y com-

plicada, cuyo objeto es conducir lógicamente el sistema al absurdo y á lo imposible. Por el pronto, cuando se sostiene que la sensacion es la ciencia, es preciso, para ser consecuente, afirmar de todo sér capaz de sentir, lo mismo que del hombre, que es la medida de todas las cosas. Y en este concepto, los animales, hasta los más ínfimos, sólo en el hecho de sentir saben tanto como el hombre. Primer absurdo. En segundo lugar, si la sensacion es la única medida del saber, todas las sensaciones tienen el mismo valor; porque como se contradicen las de un individuo con las de otro, y lo mismo sucede dentro de cada uno, se sigue de aquí, que la contradiccion y la negacion surgen por todos lados. ¿Dónde está lo verdadero y lo falso, dónde lo blanco y lo negro, lo caliente y lo frio, lo bueno y lo malo? En todas partes. El escepticismo es irremediable, y la ciencia tiene que ser precisamente la ausencia de la ciencia. Segundo absurdo, que destruye las más caras pretensiones del dialéctico Protágoras, que no tiene derecho á creerse más sabio que los contradictores. El papel de la memoria no es posible en esta reduccion sistemática de la ciencia á la sensacion. Si sentir es saber, nada sabemos desde el momento que ha pasado la sensacion. Resulta de aquí, como lo observa irónicamente Sócrates, el prodigio increíble de que lo que se ha sabido ya no se sabe, aún cuando se pueda acordar de ello, por la sencilla razon de que no se siente. Además, la ciencia está condenada á sufrir á cada momento las vicisitudes, los grados, los estados diversos de la sensacion; puede y hasta debe ganar ó perder en cada individuo, segun la intensidad, el número y la duracion de las sensaciones. Más aún; la ciencia puede al mismo tiempo existir ó no existir con relacion á las sensaciones, que son percibidas por un doble órgano, como los de la vista, del oido y del olor. Supongamos, cosa muy probable, que vemos con un ojo lo que no vemos con el otro; es claro que somos á la

vez sabios é ignorantes, puesto que en este estado sentimos y no sentimos; dificultad no fácil de resolver. En fin, la objecion más fuerte consiste en que la teoría de Protágoras destruye toda moral. En efecto, ¿qué es lo justo con respecto á la sensacion? Lo que parece tal á cada uno. La conducta privada, los negocios públicos, escapan á toda ley primordial del derecho, y quedan sometidos á la ley de los hechos. Las costumbres y las leyes, sean las que quieran, serán justas allí donde estén establecidas, puesto que la opinion y el hecho serán el único derecho privado, civil y político. ¿Y podrá decirse, exclama Sócrates, que sean estas las ideas que los hombres se forman de las cosas en general? Por el contrario, ¿no es su creencia que no son todos igualmente sabios, y que entre ellos los hay más instruidos y mejores consejeros que la generalidad? ¿No tienen verdaderamente la idea de la ciencia y de la ignorancia, de la verdad y de la mentira, de la justicia y de la injusticia, de la circunspeccion y de la locura? Y si estas creencias existen, ¿cómo se las pone de acuerdo con la opinion de que cada uno es árbitro de todas las cosas? Es preciso escoger entre un solo hombre y el género humano todo; ó creer con Protágoras, que la sensacion encierra toda la ciencia en sus estrechos límites, ó protestar con su conciencia y el asentimiento de todos los hombres, de que hay algo que conocer, que está muy por cima y más allá de la sensacion.

Es esto tan cierto, que Platon, armándose contra Protágoras del principio mismo de Heráclito, prueba en seguida, que, gracias al movimiento que sin cesar disloca y altera todas las cosas, es imposible á la sensacion fijarse, reconocerse, determinar nada; imposible, en fin, á la inteligencia dar un nombre á las cosas, porque las cosas mismas se le escapan. *Nada* y de *ninguna manera* son los únicos términos, que pueden sobrenadar en este naufragio universal de los conocimientos que debe suminis-

trar la sensacion. En efecto, desde el momento que se parte del principio de que en el mundo todo es aparente y fenomenal, si los fenómenos mismos se ven sin cesar arrastrados, renovados y remplazados por otros nuevos, la sensacion no puede fijarse en nada, ni enseñarnos nada. De aquí esta consecuencia: la ciencia es la sensacion, lo que equivale á decir: no hay ciencia posible.

Si el alma sacara de la sensibilidad todo el esfuerzo de su actividad, se veria condenada á la ignorancia por la impotencia misma de la sensacion para arribar á la esencia de las cosas. Pero el alma tiene otras facultades que la de sentir, reflexiona sobre sus sensaciones, las compara, las distingue, y á las primeras reflexiones añade otras nuevas; en una palabra, juzga, razona. La cuestion es saber, si, por medio de estas dos operaciones intelectuales, es capaz de conocer la naturaleza íntima de las cosas, su esencia inmaterial é invisible, de la que los fenómenos no son más que signos; y si, en definitiva, el juicio y el razonamiento, bajo todas las formas que pueden tomar, constituyen ó nó la ciencia.

Sócrates sienta desde luego en principio, que sólo puede formarse juicio sobre lo que se conoce ó sobre lo que no se conoce, y obliga á Teetetes á reconocer que no hay más que dos especies de juicio; el verdadero, que será el de la ciencia misma, siendo como es el juicio de lo que se conoce, y el juicio falso. Juzgar falsamente es colocarse fuera de la esfera de la ciencia, y el que pudiera decir en qué consiste, daria un paso hácia la cuestion: ¿qué es la ciencia?, puesto que, por lo ménos, sabria lo que no es, y donde no está. Este es el procedimiento que sigue Teetetes; pero ve combatidas y desechadas sucesivamente las cuatro formas que presenta del juicio falso; de suerte que, en lugar de descubrir lo que es la ciencia, no puede ni siquiera encontrar lo que no es, y de esta manera ve alejarse más y más la solucion apetecida. — ¿Juzgar

falsamente, pregunta Sócrates, es tomar una cosa, que se conoce, por otra, que tambien se conoce? No, porque tratándose de dos objetos, el que conoce uno y otro, no los confunde.—¿Es tomar lo que no se conoce por lo que tampoco se conoce? No, porque en lo que se ignora absolutamente no es posible pensar.—Juzgar falsamente, tampoco es tomar lo que no se conoce por lo que se conoce, ni lo que se conoce por lo que no se conoce, porque nadie puede tomar nunca lo conocido por lo desconocido.

Batido en este punto, Teetetes supone, que el juicio se ejercita, no precisamente sobre el conocimiento que se tiene ó nó de las cosas, sino sobre el ser y el no ser, y que el juicio falso consiste en el error de tomar el ser por el no ser, es decir, un objeto, que existe, por otro que no existe. Pero esta tésis tampoco es sostenible. El que juzga, juzga de alguna cosa, de un objeto que ve, que toca, ó que oye, es decir, un objeto que existe. Juzgar, por consiguiente, es juzgar siempre sobre el ser, y no es posible juzgar sobre el no ser, sobre lo que no existe para los sentidos, ni para el pensamiento.

Pero juzgar falsamente, repone Teetetes, ¿no es tomar en general una cosa por otra? Nó, si por el juicio debe entenderse una especie de discurso interior, que el alma se dirige á sí misma, para saber lo que piensa sobre tal ó cual objeto. ¿Quién se ha dicho nunca á sí mismo, que un hombre sea un buey, y que lo feo sea lo bello? Nadie seguramente, porque, una de dos cosas, ó el que juzga conoce uno y otro objeto, y entónces no se engaña, ó los ignora, y entónces no piensa en ellos.

Parecia no ser ya posible saber lo que es un juicio falso, cuando Sócrates á su vez presenta una nueva idea, diciendo, que consiste en la confusion que tiene lugar en nuestra inteligencia, ya por precipitacion, ya por ligereza, ya por turbacion, entre las ideas que tenemos de las cosas en el espíritu, y el juicio que formamos cuando

se presentan á nosotros. Sin duda; pero de aquí se sigue, que sabríamos mejor lo que es juzgar falsamente, si pudiéramos decir desde luego lo que es saber.— En seguida se presentan, segun el juicio verdadero, tres tentativas de explicacion de la ciencia, que son sucesivamente rechazadas.

La ciencia no consiste en este juicio, porque el juicio verdadero de las cosas no es muchas veces más que un resultado de la persuasion que producen, por ejemplo, los oradores en el espíritu del pueblo ó de los jueces, cuando abogan por la verdad. Este juicio, por ser verdadero, no da la ciencia, puesto que los que lo forman, no saben por qué, sino que están solamente persuadidos. La ciencia tampoco está en el juicio verdadero acompañado de su razon (*σὺν λόγῳ*), es decir, la definicion; porque sólo se sabe lo que puede definirse. Lo que no se sabe, no se puede definir. Precisamente el objeto principal de la ciencia, esto es, los elementos de las cosas, no admite definicion, porque todo lo que es simple resiste á una *determinacion distinta del nombre que se la da*. Sócrates llega á decir, que la definicion de los compuestos está léjos de ser la ciencia de los compuestos, porque no siendo éstos más que una reunion de elementos, el que ignore éstos, está condenado á ignorar los compuestos mismos. Para hacer entender este razonamiento sutilísimo, Sócrates se vale de una comparacion tomada de las letras y de las sílabas de que se componen las palabras.—Por último, la ciencia no es el juicio verdadero con la idea de la diferencia. En efecto, es cosa clara que no se puede distinguir un objeto de otro, sino á condicion de conocer ámbos; sin esto, ¿cómo puede saberse en qué se diferencian? De aquí se sigue que el conocimiento de las diferencias supone la ciencia y no la constituye. La cuestion parece insoluble, y los interlocutores se separan, sin establecer nada nuevo.

La conclusion que debe sacarse de este diálogo es, que el *Teetetes* no conduce á ningun resultado positivo. En efecto, si nos atenemos sólo á las formas del discurso, Platon no ha hecho otra cosa que sentar y probar esta proposicion: la ciencia no consiste en la sensacion, ni en el juicio. Pero además de la importancia de este doble resultado, es muy claro que, cuando al fin de cada una de estas dos discusiones sobre el juicio y la sensacion, presenta Platon los elementos de las cosas, los séres simples, como los primeros principios de la ciencia, deja claramente entrever su pensamiento, y remite indirectamente á los otros diálogos, en los que ha expuesto su teoría de la reminiscencia y su teoría de las ideas. Si se quiere buscar el complemento del *Teetetes*, es preciso buscarlo en el libro sexto de la *República* y en el *Fedon*.

TEETETES
ó
DE LA CIENCIA.

EUCLIDES DE MEGARA.—TERPSION DE MEGARA.

EUCLIDES.

¿Acabas de llegar del campo, Terpsion, ó hace tiempo que viniste?

TERPSION.

Ya hace tiempo. He ido á buscarte á la plaza pública y extrañé no haberte encontrado.

EUCLIDES.

No estaba en la ciudad.

TERPSION.

¿Pues dónde estabas?

EUCLIDES.

Habia bajado al puerto, donde me encontré con Teetes, que le llevaban desde el campamento de Corinto á Atenas.

TERPSION.

¿Vivo ó muerto?

EUCLIDES.

Vivia, aunque con dificultad. Mucho sufría á causa de sus heridas; pero lo que más le molestaba era la enfermedad reinante en el ejército.

TERPSION.

¿La disentería?

EUCLIDES.

Sí.

TERPSION.

¡Qué hombre nos va á arrancar la muerte!

EUCLIDES.

En efecto, es una excelente persona, Terpsion. Acabo de oír á muchos hacer grandes elogios de la manera con que se ha portado en el combate.

TERPSION.

No me sorprende, y lo extraño seria que no fuera así. Pero ¿cómo se detuvo aquí, en Megara?

EUCLIDES.

Tenia empeño en volver á su casa. Le supliqué y aconsejé que se detuviera, pero no quiso. Despues de acompañarle, y estando de vuelta, recordé con admiracion cuán verídicas han sido las predicciones de Sócrates sobre muchos puntos, y particularmente sobre Teetetes. Mas parece que habiéndole encontrado poco tiempo ántes de su muerte, cuando apenas habia salido de la infancia, tuvo con él una conversacion, quedando enamorado de la bondad de su carácter y de sus condiciones naturales. Más tarde fuí yo á Atenas, me refirió lo que habian hablado, y que bien merecia ser escuchado, y me añadió, que este jóven se distinguiria algun día, si llegaba á la edad madura.

TERPSION.

El resultado, á mi parecer, prueba que dijo verdad. ¿No podrias referirme esa conversacion?

EUCLIDES.

A viva voz nó, ¡por Júpiter! pero cuando volví á mi casa anoté los rasgos principales, los redacté por despacio á medida que me venian á la memoria, y todas las veces que iba á Atenas, preguntaba á Sócrates sobre los

puntos que no recordaba, y con esto á la vuelta corregia lo que tenia necesidad de correccion, de manera que tengo por escrito esta conversacion, como quien dice, por entero.

TERPSION.

Es cierto; ya te lo habia oido decir, y tuve siempre la intencion de suplicarte que me la enseñaras, pero dilaté el decirtelo hasta ahora. ¿No podriamos verla en este momento? Como vengo del campo, tengo absolutamente necesidad de descanso.

EUCLIDES.

Como he acompañado á Teetetes hasta Erineon, tambien lo necesito. Vamos, pues, y un esclavo leerá mientras que nosotros descansamos.

TERPSION.

Tienes razon.

(*Entran en casa de Euclides.*)

EUCLIDES.

Hé aquí el libro, Terpsion. En cuanto á la conversacion, está escrita, no como si Sócrates me la refiriera, sino como si hablase directamente con los que tomaron parte en ella, que, segun me dijo, fueron Teodoro y Teetetes. Para no entorpecer el discurso, he suprimido las frases: *he dicho, yo decia, conviene, lo negó* y otras semejantes, que no hacen más que interrumpir, y he creido preferible que Sócrates hable directamente con ellos.

TERPSION.

Me parece lo que has hecho muy racional, Euclides.

EUCLIDES.

Vamos, toma este libro, tú, esclavo, y lee.

SÓCRATES.—TEODORO.—TEETETES.

SÓCRATES.

Si tuviese un interés particular, Teodoro, por los de Cyrene, te preguntaria lo que allí pasa, y me informaria del estado en que se hallan los jóvenes que se apli-

can á la geometría y á los demás ramos de la filosofía. Pero como quiero con preferencia á los nuestros, estoy más ansioso de conocer quiénes, entre nuestros jóvenes, ofrecen mayores esperanzas. Hago esta indagacion por mí mismo, en cuanto me es posible, y además me dirijo á aquellos, cerca de los cuales veo que la juventud se apresura á concurrir. No son pocos los que acuden á tí, y tienen razon, porque lo mereces por muchos conceptos, y sobre todo por tu saber en geometría. Me darias mucho gusto, si me dieras cuenta de algun jóven notable.

TEODORO.

Con el mayor gusto, Sócrates, y para informarte, creo conveniente decir cuál es el jóven que más me ha llamado la atencion. Si fuese hermoso, temeria hablar de él, no fueras á imaginarte, que me dejaba arrastrar por la pasion, pero, sea dicho sin ofenderte, léjos de ser hermoso, se parece á tí, y tiene, como tú, la nariz roma y unos ojos que se salen de las órbitas, si bien no tanto como los tuyos. En este concepto puedo hablar de él con confianza. Sabrás, pues, que de todos los jóvenes, con quienes he estado en relacion y que son muchos, no he visto uno solo, que tenga mejores condiciones. En efecto, á una penetracion de espíritu poco comun une la dulzura singular de su carácter, y por cima de todo es valiente cual ninguno, cosa que no creia posible, y que no encuentro en otro alguno. Porque los que tienen como él mucha vivacidad, penetracion y memoria, son de ordinario inclinados á la cólera, se dejan llevar acá y allá, semejantes á un buque sin lastre, y son naturalmentee más fogosos que valientes. Por el contrario, los que tienen más consistencia en el carácter, llevan al estudio de las ciencias un espíritu entorpecido, y no tienen nada. Pero Teetetes marcha en la carrera de las ciencias y del estudio con paso tan fácil, tan firme y tan rápido, y con una dulzura comparable al aceite, que corre sin ruido, que no

me canso de admirarle y estoy asombrado de que en su edad haya hecho tan grandes progresos.

SÓCRATES.

Verdaderamente me das una buena noticia. ¿Pero de quién es hijo?

TEODORO.

Muchas veces he oido nombrar á su padre, mas no puedo recordarle. Pero en su lugar hé aquí al mismo Teetetes en medio de ese grupo que viene hácia nosotros. Algunos de sus camaradas y él han ido á untarse con aceite al estadio, que está fuera de la ciudad, y me parece que despues de este ejercicio vienen á nuestro lado. Mira, si le conoces.

SÓCRATES.

Le conozco; es el hijo de Eufronios de Sunio; ha nacido de un padre, mi querido amigo, que es tal como acabes de pintar al hijo mismo; que ha gozado por otra parte de una gran consideracion, y ha dejado á su muerte una cuantiosa herencia. Pero no sé el nombre de este jóven.

TEODORO.

Se llama Teetetes, Sócrates. Sus tutores, á lo que parece, han mermado algun tanto su patrimonio, pero él se ha conducido con un desinterés admirable.

SÓCRATES.

Me presentas un jóven de alma noble; dile que venga á sentarse cerca de nosotros.

TEODORO.

Lo deseo. Teetetes, ven aquí cerca de Sócrates.

SÓCRATES.

Sí, ven Teetetes, para que al mirarte, vea mi figura, que segun dice Teodoro, se parece á la tuya. Pero si uno y otrouviésemos una lira, y aquel nos dijese que estaban unísonas, le creeríamos desde luego ó examinaríamos ántes si era músico?

TEETETES.

Lo examinariamos ántes.

SÓCRATES.

Y si llegáramos á descubrir que es músico, daríamos fe á su discurso; pero si no sabe la música, no le creeríamos.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Ahora, si queremos asegurarnos del parecido de nuestras fisonomías, me parece que es preciso averiguar si Teodoro está versado ó nó en la pintura.

TEETETES.

Así lo creo.

SÓCRATES.

Y bien, dime, ¿entiende Teodoro de pintura?

TEETETES.

No, que yo sepa.

SÓCRATES.

¿Tampoco entiende de geometría?

TEETETES.

Al contrario; entiende mucho, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Posee igualmente la astronomía, el cálculo, la música y las demás ciencias?

TEETETES.

Me parece que sí.

SÓCRATES.

No hay que hacer mucho aprecio de sus palabras, cuando dice que hay entre nosotros, por fortuna ó por desgracia, alguna semejanza respecto á nuestros cuerpos

TEETETES.

Quizá nó.

SÓCRATES.

Pero si Teodoro alabase el alma de uno de nosotros por

su virtud y sabiduría, el que oyera este elogio ¿no debería apurarse á examinar el hombre por él elogiado, y descubrir sin titubear el fondo de su alma?

TEETETES.

Seguramente, Sócrates.

SÓCRATES.

A tí corresponde, mi querido Teetetes, manifestarte en este momento tal cual eres, y á mí examinarte. Porque debes saber que Teodoro, que me ha hablado bien de tantos extranjeros y atenienses, de ninguno me ha hecho el elogio que acaba de hacerme de tí.

TEETETES.

Quisiera merecerlo, Sócrates, pero mira no sea que lo haya dicho de chanza.

SÓCRATES.

No acostumbra á hacerlo Teodoro. Así no te retractes de lo que acabas de concederme, so pretexto de haber sido una pura chanzoneta lo que dijo; porque en este caso seria necesario obligarle á venir aquí á prestar una declaracion en regla, que no seria seguramente por nadie rehusada. Así, pues, atente á lo que me has prometido.

TEETETES.

Puesto que así lo quieres, es preciso consentir en ello.

SÓCRATES.

Dime; ¿estudias la geometría con Teodoro?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Tambien la astronomía, la armonía y el cálculo?

TEETETES.

Hago todos mis esfuerzos para cultivar estas ciencias.

SÓCRATES.

Y yo tambien, hijo mio, aprendo de Teodoro y de cuantos creo hábiles en estas materias. A la verdad co-

nozco bastante los demás puntos de estas ciencias, pero me falta uno de poca importancia, sobre el cual estoy perplejo, y que deseo examinar contigo y con los que están aquí presentes. Respóndeme, pues: aprender, ¿no es hacerse más sabio en lo que se aprende?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Los sabios no lo son á causa del saber?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Qué diferencia hay entre éste y la ciencia?

TEETETES.

¿Qué éste?

SÓCRATES.

El saber. ¿No es uno sabio en las cosas que se saben?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Por consiguiente, ¿el saber y la ciencia son una misma cosa?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Hé aquí justamente mis dudas, y no puedo formarme por mí mismo una idea clara de lo que es la ciencia. ¿Podremos explicar en qué consiste? ¿Qué pensais de esto, y quién de vosotros lo dirá el primero? El que se engañe, hará el burro, como dicen los niños cuando juegan á la pelota, y el que sobrepuje á los demás, sin cometer ninguna falta, será nuestro rey, y nos obligará á responder á todo lo que quiera. ¿Por qué guardais silencio? Os seré importuno, Teodoro, á causa de mi afición á la polémica y del deseo que tengo de empeñaros en una conversacion.

que puede haceros amigos y hacer que nos conozcamos los unos á los otros?

TEODORO.

Nada de eso, Sócrates. Invita á alguno de estos jóvenes, porque yo no tengo ninguna práctica en esta manera de conversar, ni estoy ya en edad de poder acostumbrarme, mientras que es conveniente á ellos, que sacarán mucho más provecho que yo. La juventud es susceptible de progreso en todas direcciones. Pero no dejes á Teetetes, ya que has comenzado por él, y pregúntale.

SÓCRATES.

Teetetes, ¿entiendes lo que dice Teodoro? Supongo que no querrás desobedecerle, ni en esta clase de cosas es permitido á un joven resistir á lo que le prescribe un sabio. Dime, pues, decidida y francamente lo que piensas de la ciencia.

TEETETES.

Hay que responder, puesto que ambos me lo ordenais. Pero tambien, si me equivoco, vosotros me corregireis.

SÓCRATES.

Sí; si somos capaces de eso.

TEETETES.

Me parece, pues, que lo que se puede aprender con Teodoro, como la geometría y las otras artes de que has hecho mencion, son otras tantas ciencias; y hasta todas las artes, sea la del zapatero ó de cualquiera otro oficio, no son otra cosa que ciencias.

SÓCRATES.

Te pido una cosa, mi querido amigo, y tú me das liberalmente muchas; te pido un objeto simple y me das objetos muy diversos.

TEETETES.

¿Cómo? ¿qué quieres decir? Sócrates.

SÓCRATES.

Nada quizá. Sin embargo, voy á explicarte lo que yo

pienso. Cuando nombran el arte de zapatero, ¿quieres decir otra cosa que el arte de hacer zapatos?

TEETETES.

No.

SÓCRATES.

Y por el arte del carpintero ¿quieres decir otra cosa que la ciencia de hacer obras de madera?

TEETETES.

No.

SÓCRATES.

Tú especificas, con relacion á estas dos artes, el objeto á que se dirige cada una de estas ciencias.

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero el objeto de mi pregunta, Teetetes, no es saber cuáles son los objetos de las ciencias, porque no nos proponemos contarlas, sino conocer lo que es la ciencia en sí misma. ¿No es cierto lo que digo?

TEETETES.

Tienes razon.

SÓCRATES.

Considera lo que te voy á decir. Si se nos preguntase qué son ciertas cosas bajas y comunes, por ejemplo, el barro, y respondiéramos, que hay barro de olleros, barro de muñecas, barro de tejeros, ¿no nos pondríamos en ridículo?

TEETETES.

Probablemente.

SÓCRATES.

En primer lugar, porque creíamos con nuestra respuesta dar lecciones al que nos interroga, repitiendo el barro y añadiendo los obreros que en él se emplean. Crees tú que, cuando se ignora la naturaleza de una cosa, se sabe lo que su nombre significa?

TEETETES.

De ninguna manera.

SÓCRATES.

Así pues, el que no tiene idea alguna de la ciencia, no comprende lo que es la ciencia de los zapateros.

TEETETES.

No; sin duda.

SÓCRATES.

La ignorancia de la ciencia lleva consigo la ignorancia del arte del zapatero y de cualquiera otro arte.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Por consiguiente, cuando se pregunta lo que es la ciencia, es ponerse en ridículo el dar por respuesta el nombre de una ciencia, puesto que es responder sobre el objeto de la ciencia, y no sobre la ciencia misma que es á la que se refiere la pregunta.

TEETETES.

Así parece.

SÓCRATES.

Eso es tomar un largo rodeo, cuando puede responderse sencillamente y en pocas palabras. Por ejemplo, á la pregunta: ¿qué es el barro? es muy fácil y sencillo responder, que es tierra mezclada con agua, sin acordarse de los diferentes obreros que se sirven de él.

TEETETES.

La cosa me parece ahora fácil, Sócrates. La cuestion es de la misma naturaleza que la que nos ocurrió hace algunos dias á tu tocayo Sócrates y á mí en una conversacion que tuvimos.

SÓCRATES.

¿Qué cuestion? Teetetes.

TEETETES.

Teodoro nos enseñaba algún cálculo sobre las raíces de

los números, demostrándonos que las de tres y de cinco no son conmensurables en longitud con la de uno, y en seguida continuó así hasta la de diez y siete, en la que se detuvo. Juzgando, pues, que las raíces eran infinitas en número, nos vino al pensamiento intentar el comprenderlas bajo un solo nombre, que conviniese á todas.

SÓCRATES.

¿Habeis hecho ese descubrimiento?

TEETETES.

Me parece que sí; juzga por tí mismo.

SÓCRATES.

Veamos.

TEETETES.

Dividimos todos los números en dos clases: los que pueden colocarse en filas iguales, de tal manera que el número de las filas sea igual al de unidades de que cada una consta, los hemos llamado cuadrados y equiláteros, asimilándolos á las superficies cuadradas.

SÓCRATES.

Bien.

TEETETES.

En cuanto á los números intermedios, tales como el tres, el cinco y los demás, que no pueden dividirse en filas iguales de números iguales, segun acabamos de decir, y que se componen de un número de filas menor ó mayor que el de las unidades de cada una de ellas, de donde resulta que la superficie que la representa está siempre comprendida entre lados desiguales, á estos números los hemos llamado oblongos, asimilándolos á superficies oblongas.

SÓCRATES.

Perfectamente. ¿Qué habeis hecho despues de esto?

TEETETES.

Hemos comprendido, bajo el nombre de longitud (1).

(1) Ó raíz racional.

las líneas que cuadran el número plano y equilátero, y bajo el nombre de raíz (1) las que cuadran el número oblongo, que no son commensurables por sí mismas en longitud con relacion á las primeras, sino sólo por las superficies que producen. La misma operacion hemos hecho respecto á los sólidos.

SÓCRATES.

Perfectamente, hijos míos; y veo claramente que Teodoro no es culpable de falso testimonio.

TEETETES.

Pero, Sócrates, no me considero con fuerzas para responder á lo que me preguntas sobre la ciencia, como he podido hacerlo sobre la longitud y la raíz, aunque tu pregunta me parece de la misma naturaleza que aquella. Así es posible que Teodoro se haya equivocado al hablar de mí.

SÓCRATES.

¿Cómo no? Si, alabando tu agilidad en la carrera, hubiese dicho que nunca habia visto jóven que mejor corriese, y en seguida fueses vencido por otro corredor que estuviese en la fuerza de la edad y dotado de una ligereza extraordinaria, ¿crees tú que seria por esto ménos verdadero el elogio de Teodoro?

TEETETES.

No.

SÓCRATES.

Y crees, que, como ántes manifesté, sea cosa de poca importancia el descubrir la naturaleza de la ciencia, ó por el contrario, crees que es una de las cuestiones más árduas?

TEETETES.

La tengo ciertamente por una de las más difíciles.

SÓCRATES.

Así, pues, no desesperes de tí mismo, persuádate de

(1) Ó raíz irracional.

que Teodoro ha dicho verdad, y fija toda tu atencion en comprender la naturaleza y esencia de las demás cosas y en particular de la ciencia.

TEETETES.

Si sólo dependiera de esfuerzos, Sócrates, es seguro que yo llegaría á conseguirlo.

SÓCRATES.

Pues adelante, y puesto que tú mismo te pones en el camino, toma por ejemplo la preciosa respuesta de las raíces, y así como las has abarcado todas bajo una idea general, trata de comprender en igual forma todas las ciencias en una sola definicion.

TEETETES.

Sabrás, Sócrates, que he ensayado más de una vez aclarar este punto, cuando oia hablar de ciertas cuestiones que se decia que procedian de tí, y hasta ahora no puedo lisonjearme de haber encontrado una solucion satisfactoria, ni he hallado á nadie que responda á esta cuestion como deseas. A pesar de eso, no renuncio á la esperanza de resolverla.

SÓCRATES.

Esto consiste en que experimentas los dolores de parto, mi querido Teetetes, porque tu alma no está vacía, sino preñada.

TEETETES.

Yo no lo sé, Sócrates, y sólo puedo decir lo que en mí pasa.

SÓCRATES.

Pues bien, pobre inocente, ¿no has oido decir que yo soy hijo de Fenarete, partera muy hábil y de mucha nombradía?

TEETETES.

Sí, lo he oido.

SÓCRATES.

¿Y no has oido tambien que yo ejerzo la misma profesion?

TEETETES.

No.

SÓCRATES.

Pues has de saber que es muy cierto. No vayas á descubrir este secreto á los demás. Ignoran, querido mio, que yo poseo este arte, y como lo ignoran, mal pueden publicarlo; pero dicen que soy un hombre extravagante, y que no tengo otro talento que el de sumir á todo el mundo en toda clase de dudas. ¿No has oido decirlo?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Quiéres saber la causa?

TEETETES.

Con mucho gusto.

SÓCRATES.

Fijate en lo que concierne á las parteras, y comprenderás mejor lo que quiero decir. Ya sabes que ninguna de ellas, mientras puede concebir y tener hijos, se ocupa en partear á las demás mujeres, y que no ejercen este oficio, sino cuando ya no son susceptibles de preñez.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Dícese que Diana ha dispuesto así las cosas, porque preside á los alumbramientos, aunque ella no pare. No ha querido dar á las mujeres estériles el empleo de parteras, porque la naturaleza humana es demasiado débil para ejercer un arte, de que no se tiene ninguna experiencia, y ha encomendado este cuidado á las que han pasado ya la edad de concebir, para honrar de esta manera la semejanza que tienen con ella.

TEETETES.

Es probable.

SÓCRATES.

¿No es igualmente probable y áun necesario, que las parteras conozcan mejor que nadie, si una mujer está ó nó en cinta?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Además, por medio de ciertos brebajes y encantamientos saben apresurar el momento del parto y amortiguar los dolores, cuando ellas quieren; hacen parir las que tienen dificultad en librarse, y facilitan el aborto, si se le juzga necesario, cuando el feto es prematuro.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

¿No has observado otra de sus habilidades, que consiste en ser muy entendidas en arreglar matrimonios, porque distinguen perfectamente qué hombre y qué mujer deben unirse, para tener hijos robustos?

TEETETES.

Eso no lo sabia.

SÓCRATES.

Pues bien, ten por cierto, que están ellas más orgullosas de esta última cualidad, que de su destreza para cortar el ombligo. En efecto, medítalo un poco. ¿Crees tú, que el arte de cultivar y recoger los frutos de la tierra sea el mismo que el de saber en qué tierra es preciso poner tal planta ó tal semilla, ó piensas que son estas dos artes diferentes?

TEETETES.

No, creo que es el mismo arte.

SÓCRATES.

Y con relacion á la mujer, querido mio, ¿crees que este doble objeto depende de dos artes diferentes?

TEETETES.

No hay trazas de eso.

SÓCRATES.

No, pero á causa de los enlaces mal hechos de que se encargan ciertos medianeros, las parteras, celosas de su reputacion, no quieren tomar parte en tales misiones por temor de que se las acuse de hacer un mal oficio, si se mezclan en ellas. Porque por lo demás sólo á las parteras, verdaderamente dignas de este nombre, corresponde el arreglo de matrimonios.

TEETETES.

Así debe ser.

SÓCRATES.

Tal es, pues, el oficio de parteras ó matronas, que es muy inferior al mio. En efecto, estas mujeres no tienen que partear tan pronto quimeras ó cosas imaginarias como seres verdaderos, lo cual no es tan fácil distinguir, y si las matronas tuviesen en esta materia el discernimiento de lo verdadero y de lo falso, seria la parte más bella é importante de su arte. ¿No lo crees así?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

El oficio de partear, tal como yo le desempeño, se parece en todo lo demás al de las matronas, pero difiere en que yo le ejerzo sobre los hombres y no sobre las mujeres, y en que asisten al alumbramiento, no los cuerpos, sino las almas. La gran ventaja es, que me pone en estado de discernir con seguridad, si lo que el alma de un jóven siente es un fantasma, una quimera ó un fruto real. Por otra parte, yo tengo de comun con las parteras que soy estéril en punto á sabiduría, y en cuanto á lo que muchos me han echado en cara diciendo que interrogo á los demás, y que no respondo á ninguna de las cuestiones que se me proponen, porque yo nada sé, este cargo no carece

de fundamento. Pero hé aquí por qué obro de esta manera. El Dios me impone el deber de ayudar á los demás á parir, y al mismo tiempo no permite que yo mismo produzca nada. Esta es la causa de que no esté versado en la sabiduría, y de que no pueda alabarme de ningun descubrimiento, que sea una produccion de mi alma. En compensacion. los que conversan conmigo, si bien algunos de ellos se muestran muy ignorantes al principio, hacen maravillosos progresos á medida que me tratan, y todos se sorprenden de este resultado, y es porque el Dios quiere fecundarlos. Y se ve claramente que ellos nada han aprendido de mí, y que han encontrado en sí mismos los numerosos y bellos conocimientos que han adquirido, no habiendo hecho yo otra cosa que contribuir con el Dios á hacerles concebir.

La prueba es que muchos, que ignoraban este misterio y se atribuian á sí mismos tal aprovechamiento, habiéndome abandonado ántes de lo que convenia, ya por desprecio á mi persona, ya por instigacion de otro, desde aquel momento han abortado en todas sus producciones, á causa de las malas amistades, que han contraido, y han perdido por una educacion viciosa lo que habian ganado bajo mi direccion. Han hecho más caso de quimeras y fantasmas que de la verdad, y han concluido por parecer ignorantes á sus propios ojos y á los de los demás. De este número es Aristides, hijo de Lisímaco (1) y muchos otros. Cuando vienen á renovar su amistad conmigo, haciendo los mayores esfuerzos para obtenerla, mi genio familiar me impide conversar con algunos, si bien me lo permite con otros, y estos aprovechan como la primera vez. A los que se unen á mí les sucede lo mismo que á las mujeres embarazadas; dia y noche experimentan dolores de parto é inquietudes más vivas que las ordinarias que sienten las

(1) Nieto de Aristides, el *justo*.

mujeres. Éstos dolores son los que yo puedo despertar ó apaciguar, cuando quiero, en virtud de mi arte. Todo esto es respecto á los que me tratan. Alguna vez tambien, Teetetes, cuando veo alguno, cuya alma no me parece preñada, convencido de que no tiene ninguna necesidad de mí, trabajo con el mayor cariño en proporcionarle un acomodamiento, y puedo decir que con el socorro del Dios conjeturo felizmente respecto á la persona á cuyo lado y bajo cuya direccion debe ponerse. Por esta razon he colocado á muchos con Pródico y otros sabios y divinos personajes.

La razon que he tenido para extenderme sobre este punto, mi querido amigo, es que sospecho, así como tú dudas, que tu alma esta preñada y á punto de parir. Concédete, pues, conmigo, teniendo presente que soy un hijo de una partera, experto en este oficio; esfuérzate en responder, en cuanto te sea posible, á lo que te propongo; y si despues de haber examinado tu respuesta creo que es un fantasma y no un fruto verdadero, y si en tal caso te lo arranco y te lo desecho, no te enfades conmigo, como hacen las que son madres por primera vez. Muchos, en efecto, querido mio, se han irritado de tal manera cuando les combatia alguna opinion extravagante, que de buena gana, me hubieran despedazado con sus dientes. No pueden persuadirse de que yo nada hago que no sea por cariño hácia ellos, y están muy distantes de saber que ninguna divinidad quiere mal á los hombres, y que yo no obro así porque les tenga mala voluntad, sino porque no me es permitido en manera alguna conceder como verdadero lo que es falso, ni tener la verdad oculta. Intenta, pues, de nuevo, Teetetes, decirme en qué consiste la ciencia. No me alegues que esto supera tus fuerzas, porque si Dios quiere, y si para ello haces un esfuerzo, llegarás á conseguirlo.

TEETETES.

Despues de tales excitaciones de tu parte, Sócrates, seria vergonzoso no hacer los mayores esfuerzos para decirte lo que uno tiene en el espíritu. Me parece, que el que sabe una cosa, siente aquello que él sabe, y en cuanto puedo juzgar en este momento, la ciencia no se diferencia en nada de la sensacion.

SÓCRATES.

Has respondido bien y con decision, hijo mio; es preciso decir siempre las cosas como se piensan. Se trata ahora de examinar en conjunto, si esta concepcion de tu alma es sólida ó frívola. ¿La ciencia es la sensacion, segun dices?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Esta definicion, que das de la ciencia, no es de despreciar; es la misma que ha dado Protágoras, aunque se haya expresado de otra manera. *El hombre, dice, es la medida de todas las cosas, de la existencia de las que existen, y de la no-existencia de las que no existen.* Tú has leído sin duda su obra.

TEETETES.

Sí, y más de una vez.

SÓCRATES.

¿No es su opinion que las cosas son, con relacion á mí, tales como á mí me parecen, y con relacion á tí, tales como á tí te parecen? Porque somos hombres tú y yo.

TEETETES.

Eso es lo que dice efectivamente.

SÓCRATES.

Es natural pensar que un hombre tan sabio no hablase al aire. Sigamos, pues, el hilo de sus razonamientos. ¿No es cierto, que algunas veces, cuando corre un mismo

viento, uno de nosotros siente frío y otro no lo siente, éste poco y aquél mucho?

TEETETES.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿Diremos entónces, que el viento tomado en sí mismo es frío ó no es frío? O bien tendremos fe en Protágoras, que quiere que sea frío para aquel que lo siente, y que no lo sea para el otro?

TEETETES.

Es probable.

SÓCRATES.

El viento, ¿no parece tal al uno y al otro?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Parecer ¿no es, respecto á nosotros mismos, la misma cosa que sentir?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

La apariencia y la sensacion son lo mismo con relacion al calor y á las demás cualidades sensibles, puesto que parecen ser para cada uno tales como las siente.

TEETETES.

Probablemente.

SÓCRATES.

Luego la sensacion, en tanto que ciencia, tiene siempre un objeto real y no es susceptible de error.

TEETETES.

Así parece.

SÓCRATES.

¡En nombre de las Gracias! Protágoras no era muy sabio, cuando ha mostrado enigmáticamente su pensamiento á nosotros, que pertenecemos al vulgo, mientras que

ha descubierto á sus discípulos la cosa tal cual es.

TEETETES.

¿Qué quieres decir con esto? Sócrates.

SÓCRATES.

Voy á decírtelo. Se trata de una opinion que no es de pequeña importancia. Pretende, que ninguna cosa es una, tomada en sí misma, y que á ninguna cosa, sea la que sea, se la puede atribuir con razon denominacion, ni cualidad alguna; que si se llama grande una cosa, ella parecerá pequeña; si pesada, parecerá ligera y así de lo demás; porque nada es uno, ni igual, ni de una cualidad determinada, sino que de la traslacion, del movimiento, y de su mezcla recíproca se forma todo lo que decimos que existe, sirviéndonos en esto de una expresion impropia, porque nada existe sino que todo deviene. Los sabios todos, á excepcion de Parménides, convienen en este punto, como Protágoras, Heráclito, Empedocles; los más excelentes poetas en uno y otro género de poesía, Epicarmo en la comedia, Homero en la tragedia, cuando dice:

El Océano, padre de los dioses y Tétis su madre,
con lo que da á entender, que todas las cosas son producidas por el flujo y el movimiento. ¿No juzgas que es esto lo que ha querido decir?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Quién podrá en lo sucesivo sin ponerse en ridículo hacer frente á un ejército semejante, que tiene á la cabeza á Homero?

TEETETES.

No es fácil, Sócrates.

SÓCRATES.

No, sin duda, Teetetes, tanto más cuanto que apoyan en pruebas fuertes su opinion de que el movimiento es el principio de lo que nos parece existir y de la generacion,

y el reposo el del no ser y el de la corrupcion. En efecto, el fuego y el calor, que engendra y entretiene todo lo demás, son producidos por la traslacion y el roce que no son más que movimiento. ¿No es esto lo que da origen al fuego?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

La especie de los animales ¿debe igualmente su produccion á los mismos principios?

TEETETES.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿Pero qué! nuestro cuerpo no se corrompe por el reposo y la inaccion, y no se conserva principalmente por el ejercicio y el movimiento?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

El alma misma ¿no adquiere las ciencias, no se conserva, y no se hace mejor por el estudio y por la meditacion, que son movimientos; mientras que el reposo y la falta de reflexion y de estudio la impiden aprender nada, y la hacen olvidar lo que ha aprendido?

TEETETES.

Nada más cierto.

SÓCRATES.

El movimiento es un bien para el alma como para el cuerpo, y el reposo un mal?

TEETETES.

Así parece.

SÓCRATES.

¿Te diré aún, respecto á la calma, al tiempo sereno y otras cosas semejantes, que el reposo pudre y pierde todo y que el movimiento produce el efecto contrario? ¿Llevaré

al colmo estas pruebas, forzándote á confesar que por la cadena de oro de que habla Homero, no entiende ni designa otra cosa, que el sol, porque mientras que éste y los cielos se mueven circularmente, todo existe, todo se mantiene, lo mismo para los dioses que para los hombres; al paso que, si esta revolucion llegase á detenerse y á verse en cierta manera encadenada, todas las cosas perecerian, y, como se dice comunmente, se volveria lo de abajo arriba?

TEETETES.

Así me parece, Sócrates; eso es lo que ha querido decir Homero.

SÓCRATES.

Concibe, querido mio, desde luego, con relacion á los ojos, que lo que llamas color blanco no es algo que existe fuera de tus ojos, ni en tus ojos; no le señales ningun lugar determinado, porque entónces no tendria un rango fijo, una existencia dada y no estaria ya en via de generacion.

TEETETES.

¿Y cómo me lo representaré?

SÓCRATES.

Sigamos el principio, que acabamos de sentar, de que no existe nada que sea uno, tomado en sí. De esta manera lo negro, lo blanco y cualquiera otro color nos parecerán formados por la aplicacion de los ojos á un movimiento conveniente y lo que decimos ser tal color no será el órgano aplicado, ni la cosa á la que se aplica, sino un no sé qué intermedio y peculiar de cada uno de nosotros. ¿Podrias sostener, en efecto, que un color parece tal á un perro ó á otro animal cualquiera, y que lo mismo te parece á tí?

TEETETES.

No, ¡por Júpiter!

SÓCRATES.

¿Podrias, por lo ménos, asegurar, que ninguna cosa parece á otro hombre la misma que á tí? Y no afirmarias más bien, que nada se te presenta bajo el mismo aspecto, porque nunca eres semejante á tí mismo?

TEETETES.

Soy de este parecer más bien que del otro.

SÓCRATES.

Si el órgano con que medimos ó tocamos un objeto fuese grande, blanco ó caliente, no llegaria nunca á ser otro, áun cuando se le aplicara á un objeto diferente, si no se verificaba en él algun cambio. De igual modo, si el objeto medido ó tocado tuviera alguna de aquellas cualidades, áun cuando le fuera aplicado otro órgano ó el mismo, despues de haber sufrido alguna alteracion, no por esto llegaria á ser otro, si él no experimentaba cambio alguno. Tanto más, querido amigo, cuanto que segun la otra opinion, nos veriamos precisados á admitir cosas realmente sorprendentes y ridiculas, como dirian Protágoras y cuantos quisiesen sostener su parecer.

TEETETES.

¿De qué hablas?

SÓCRATES.

Un sencillo ejemplo te hará comprender lo que quiero decirte. Si pones seis tabas en frente de cuatro, diremos que aquellas son más y que superan á las cuatro en una mitad; si pones las seis en frente de las doce, diremos que quedan reducidas á menor número, porque son la mitad de doce. Podria explicarse esto de otra manera? ¿Lo sentirias tú?

TEETETES.

Ciertamente que no.

SÓCRATES.

¿Pero qué! si Protágoras ó cualquiera otro te preguntase: Teetetes, es posible que una cosa se haga más

grande ó más numerosa de otra manera que mediante el aumento; qué responderías?

TEETETES.

Sócrates, fijándome sólo en la cuestion presente, te diré que no; pero si lo hago teniendo en cuenta la precedente, para evitar contradecirme, te diré que sí.

SÓCRATES.

¡Por Juno! eso se llama responder bien y divinamente, mi querido amigo. Me parece, sin embargo, que si dices que sí, sucederá algo parecido al dicho de Eurípides: nuestra lengua estará al abrigo de toda crítica, pero no nuestra intencion (1).

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Si uno y otro fuésemos hábiles y sabios, y hubiésemos agotado las indagaciones sobre todo lo que es del resorte del pensamiento, no nos quedaba más que ensayar mutuamente nuestras fuerzas, disputando á manera de los sofistas, y refutando resueltamente unos discursos con otros discursos. Pero como somos ignorantes, tomaremos el partido de examinar ante todas cosas lo que tenemos en el alma, para ver si nuestros pensamientos están de acuerdo entre sí, ó si ellos se combaten.

TEETETES.

Sin duda; eso es lo que deseo.

SÓCRATES.

Y yo tambien. Sentado esto, y puesto que tenemos todo el tiempo necesario, ¿no podremos considerar con anchura y sin molestarnos, pero sondeándonos realmente á nosotros mismos, lo que pueden ser estas imágenes, que se pintan en nuestro espíritu? Despues de haberlas exa-

(1) Sócrates alude al famoso verso del *Hipólito* de Eurípides: la lengua ha jurado, pero el corazon no ha prestado juramento.

minado, diremos, yo creo, en primer lugar, que nunca una cosa se hace más grande ni más pequeña, por la masa, ni por el número, mientras subsiste igual á sí misma. ¿No es verdad?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

En segundo lugar, que una cosa, á la que no se añade ni se quita nada, no puede aumentar ni disminuir, y subsiste siempre igual.

TEETETES.

Es incontestable.

SÓCRATES.

No diremos, en tercer lugar, que lo que no existia ántes y existe despues, no puede existir, si no ha pasado ó no pasa por la vía de la generacion?

TEETETES.

Así lo pienso.

SÓCRATES.

Estas tres proposiciones se combaten, á mi entender, en nuestra alma, cuando hablamos de las tabas, ó cuando decimos que en la edad que yo tengo, no habiendo experimentado aumento, ni disminucion, soy en el espacio de un año, primero más grande y despues más pequeño que tú, que eres jóven, no porque mi masa haya disminuido, sino porque la tuya ha aumentado. Porque yo soy despues lo que no era ántes, sin haberme hecho tal, puesto que me es imposible devenir sin haber ántes devenido, y puesto que no habiendo perdido nada de mi masa, no he podido hacerme más pequeño. Una vez sentado esto, no podemos dispensarnos de admitir una infinidad de cosas semejantes. Teetetes, ¿qué piensas de esto? Me parece que no son nuevas para tí estas materias.

TEETETES.

¡Por todos los dioses! Sócrates, estoy absolutamente

sorprendido con todo esto; y algunas veces cuando echo una mirada adelante, mi vista se turba enteramente.

SÓCRATES.

Mi querido amigo, me parece que Teodoro no ha formado un juicio falso sobre el carácter de tu espíritu. La turbacion es un sentimiento propio del filósofo, y el primero que ha dicho, que Iris era hija de Taumas, no explicó mal la genealogía (1). ¿Comprendes, sin embargo, por qué las cosas son tal como acabo de decir, como consecuencia del sistema de Protágoras, ó aún no lo comprendes?

TEETETES.

Me parece que no.

SÓCRATES.

Me quedarás obligado, si penetro contigo en el sentido verdadero, pero oculto, de la opinion de este hombre, ó más bien de estos hombres célebres.

TEETETES.

¿Cómo no he de quedar agradecido y hasta infinitamente agradecido?

SÓCRATES.

Mira alrededor por si algun profano nos escucha. Entiendo por profanos los que no creen que exista otra cosa que lo que pueden coger á manos llenas, y que no colocan en el rango de los séres las operaciones del alma, ni las generaciones, ni lo que es invisible.

TEETETES.

Me hablas, Sócrates, de una casta de hombres duros é intratables.

SÓCRATES.

Son, en efecto, muy ignorantes, hijo mio. Pero los

(1) Taumas viene del verbo griego *θαυμασσω*, que significa asombrarse. Iris, que lo sabe todo, representa la ciencia y la filosofía.

otros, que son muchos, y cuyos misterios te voy á revelar, son más cultos. Su principio, del que depende lo que acabamos de exponer, es el siguiente: todo es movimiento en el universo, y no hay nada más. El movimiento es de dos clases, ambas infinitas en número; pero en cuanto á su naturaleza, una es activa y otra pasiva. De su concurso y de su contacto mútuo se forman producciones infinitas en número, divididas en dos clases, la una de lo sensible, la otra de la sensación, que coincide siempre con lo sensible y es engendrada al mismo tiempo. Las sensaciones son conocidas con los nombres de vista, oído, olfato, gusto, tacto, frío, caliente, y áun placer, dolor, deseo, temor, dejando á un lado otras muchas que no tienen nombre, ó que tienen uno mismo. La clase de cosas sensibles es producida al mismo tiempo que las sensaciones correspondientes; los colores de todas clases corresponden á visiones de todas clases; sonidos diversos son relativos á diversas afecciones del oído, y las demás cosas sensibles á las demás sensaciones. ¿Concibes, Teetetes, la relacion que tiene este razonamiento con lo que precede?

TEETETES.

No mucho, Sócrates.

SÓCRATES.

Fíjate en la conclusion á que conduce. Significa, como ya hemos explicado, que todo está en movimiento, y que este movimiento es lento ó rápido; que lo que se mueve lentamente ejerce su movimiento en el mismo lugar y sobre los objetos próximos que engendra de esta manera, y que lo que así engendra tiene más lentitud; que, por el contrario, lo que se mueve rápidamente, desplegando su movimiento sobre objetos lejanos, engendra de esta manera, y lo que así engendra tiene más velocidad, porque corre en el espacio, y su movimiento consiste en la traslacion. Cuando el ojo de una parte y un objeto de otra se

encuentran y han producido la blancura y la sensacion, que naturalmente le corresponde, las cuales jamás se habrian producido si el ojo se hubiera fijado en otro objeto ó reciprocamente, entónces, moviéndose estas dos cosas en el espacio intermedio, á saber, la vision hácia los ojos y la blancura hácia el objeto que produce el color juntamente con los ojos, el ojo se ve empapado en la vision, percibe y se hace, no vision, sino ojo que ve. En igual forma, el objeto, concurriendo con el ojo á la produccion del color, se ve empapado en la blancura, y se hace, no blancura, sino blanco, sea madera, piedra ó cualquiera otra cosa la que reciba la tintura de este color. Es preciso formarse la misma idea de todas las demás cualidades, tales como lo duro, lo caliente y otras, y concebir que nadá de esto es una realidad en sí, como deciamos ántes, sino que todas las cosas se engendran en medio de una diversidad prodigiosa por su contacto mútuo, que es un resultado del movimiento. En efecto, es imposible, dicen, representarse de una manera fija un sér en sí bajo la cualidad de agente ó de paciente; porque nada es agente ántes de su union con lo que es paciente, ni paciente ántes de su union con lo que es agente; y tal cosa, que en su choque con un objeto dado, es agente, se convierte en paciente al encontrarse con otro objeto. De todo esto resulta, como se dijo al principio, que nada es uno tomado en sí; que cada cosa se hace lo que es por su relacion con otra, y que es preciso suprimir absolutamente la palabra sér. Es cierto que muchas veces, y ahora mismo nos hemos visto precisados á usar esta palabra por hábito y como resultado de nuestra ignorancia; pero el parecer de los sabios es que no se debe usar ni decirse, hablando de mí ó de cualquier otro, que yo soy alguna cosa, esto ó aquello, ni emplear ningun otro término que signifique un estado de consistencia, y que, para expresarse segun la naturaleza, debe decirse que las cosas se engendran,

se hacen, perecen y se alteran sin pasar de aquí; porque si se presenta en el discurso alguna cosa como estable, es fácil rebatir á quien se produzca de esta manera. Tal es el modo como debe hablarse de estos elementos y tambien de las colecciones de los mismos que se llaman hombre, piedra, animal, sean individuos ó especies. ¿Te causa placer, Teetetes, esta opinion? ¿es de tu gusto?

TEETETES.

No sé qué decir, Sócrates, porque no puedo descubrir si hablas conforme con tu pensamiento, ó si tratas sólo de sondearme.

SÓCRATES.

Has olvidado, mi querido amigo, que yo no sé ni me apropio nada de todo esto, y que en tal concepto soy estéril; pero te ayudaré á parir, y para ello he recurrido á encantamientos y he querido que saborees las opiniones de los sabios, hasta tanto que yo haya puesto en evidencia la tuya. Cuando haya salido de tu alma, examinaré si es frívola ó sólida. Cobra, pues, ánimo y paciencia, y responde libre y resueltamente lo que te parezca verdadero acerca de lo que yo te pregunte.

TEETETES.

No tienes más que preguntar.

SÓCRATES.

Dime de nuevo, si te agrada la opinion de que ni lo bueno, ni lo bello, ni ninguno de los objetos de que acabamos de hacer mencion, están en estado de existencia, sino que están siempre en via de generacion,

TEETETES.

Cuando te oí hacer la explicacion, me pareció perfectamente fundada, y estoy persuadido de que debe creerse, que las cosas son como tú las has explicado.

SÓCRATES.

No despreciemos lo que todavía tengo que exponer. Tenemos aún que hablar de los sueños, de las enfermeda-

des, de la locura sobre todo, y de lo que se llama entender, ver, en una palabra, sentir con desbarajuste. Sabes que todo esto es mirado como una prueba incontestable de la falsedad del sistema de que hablamos, porque las sensaciones que se experimentan en estas circunstancias, son de hecho mentirosas, y que léjos de ser las cosas entónces tales como aparecen á cada uno, sucede todo lo contrario, porque todo lo que parece ser no es en efecto.

TEETETES.

Dices verdad, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Qué medio de defensa queda, mi querido amigo, al que pretende que la sensacion es ciencia, y que lo que parece á cada uno es tal como le parece?

TEETETES.

No me atrevo á decir, Sócrates, que no sé qué responder, porque no hace un momento que me regañaste por haberlo dicho; pero verdaderamente yo no hallo ningun medio de negar que en la locura y en los sueños se forman opiniones falsas, imaginándose, unos, que ellos son dioses, y otros que tienen alas, y que vuelan durante el sueño.

SÓCRATES.

¿No recuerdas la controversia que suscitan con tal motivo los partidarios de este sistema, y principalmente sobre los estados de la vigilia y del sueño?

TEETETES.

¿Qué dicen?

SÓCRATES.

Lo que has oido, creo yo, muchas veces á los que nos exigen pruebas de si en este momento dormimos, siendo nuestros pensamientos otros tantos sueños, ó si estamos despiertos y conversamos realmente juntos.

TEETETES.

Es muy difícil, Sócrates, distinguir los verdaderos sig-

nos , que sirven para reconocer la diferencia , porque en uno y en otro estado se corresponden , por decirlo así , los mismos caracteres. Nada obsta que imaginemos que estando dormidos , hablamos lo mismo que en este momento , y cuando soñando creemos referir nuestros ensueños , es singular la semejanza con lo que pasa en el estado de vigilia.

SÓCRATES.

Ya ves con qué facilidad se suscitan dificultades en este punto , puesto que se llega á negar la realidad del estado de vigilia ó la del sueño , y que , siendo el tiempo en que dormimos igual al tiempo en que velamos , nuestra alma sostiene en sí misma , en cada uno de estos estados , que los juicios que forma entónces , son los únicos verdaderos. De manera , que durante un espacio igual de tiempo decimos , ya que estos son verdaderos , ya que lo son aquellos , y nos decidimos igualmente por los unos que por los otros.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Lo mismo debemos decir de las enfermedades y de los accesos de locura , si bien no son iguales en razon de la duracion.

TEETETES.

Muy bien.

SÓCRATES.

¡Pero qué! ¿el más ó el ménos de duracion decidirá de la verdad?

TEETETES.

Eso sería ridículo por más de un concepto.

SÓCRATES.

¿Puedes , sin embargo , determinar alguna otra señal evidente por la que se reconozca de qué lado está la verdad en estos juicios ?

TEETETES.

Yo no veo ninguna.

SÓCRATES.

Escucha, pues, lo que te dirían los que pretenden que las cosas son siempre realmente tales, como parecen á cada uno. Hé aquí, á mi parecer, las preguntas que te harían: Teetetes, ¿es posible que una cosa, totalmente diferente de otra, tenga la misma propiedad? Y no te imagines que se trata de una cosa, que en parte sea la misma y en parte diferente, sino que sea una cosa absolutamente diferente.

TEETETES.

Si se la supone enteramente diferente, es imposible que tenga nada de comun con otra, ni por la propiedad, ni por ninguna otra cosa.

SÓCRATES.

No es necesario reconocer que es desemejante?

TEETETES.

Me parece que sí.

SÓCRATES.

Si sucede que una cosa se hace semejante ó desemejante, sea en sí misma, sea respecto á cualquiera otra, diremos que, en tanto que semejante, ella es la misma, y que, en tanto que desemejante, ella es otra.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿No dijimos ántes que hay un número infinito de causas activas de movimiento, y lo mismo de causas pasivas?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Y que cada una de ellas, llegando á unirse tan pronto á una cosa como á otra, no producirá en estos dos casos los mismos efectos, sino efectos diferentes?

TEETETES.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

¿No podríamos decir lo mismo de tí, de mí y de todo lo demás? Por ejemplo, ¿diremos que Sócrates sano y Sócrates enfermo son semejantes ó que son diferentes?

TEETETES.

¿Cuando hablas de Sócrates enfermo consideras á este por entero, y le opones al Sócrates sano considerándolo tambien por entero?

SÓCRATES.

Has penetrado muy bien mi pensamiento; así es como yo lo entiendo.

TEETETES.

Son diferentes en efecto.

SÓCRATES.

¿Son distintos en proporcion que son diferentes?

TEETETES.

Necesariamente.

SÓCRATES.

¿No dirás lo mismo de Sócrates dormido ó en cualquiera otro de los estados que hemos recorrido?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

No es cierto, que cada una de las causas que son activas por su naturaleza, cuando tropiece con Sócrates sano, obrará sobre él como en un hombre distinto que Sócrates enfermo, y recíprocamente cuando tropiece con Sócrates enfermo?

TEETETES.

¿Por qué no?

SÓCRATES.

Y en uno y en otro caso, la causa activa producirá distintos efectos que yo, que soy pasivo respecto de ella.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Quando estando sano, bebo vino, no me parece agradable y dulce?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Porque, segun los principios que quedan sentados, la causa activa y la pasiva han producido la dulzura y la sensacion; una y otra han estado en movimiento á un mismo tiempo; la sensacion, dirigiéndose hácia la causa pasiva ha hecho que la lengua sintiera, y la dulzura, por el contrario, dirigiéndose hácia el vino, ha hecho que el vino fuese y pareciese dulce á la lengua ya preparada.

TEETETES.

Es, en efecto, en lo que hemos convenido ántes.

SÓCRATES.

Pero cuando el vino obra sobre Sócrates enfermo, ¿no es cierto, por el pronto, que realmente no obra sobre el mismo hombre, puesto que me encuentra en un estado diferente?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Sócrates en este estado y el vino, que bebe, producirán distintos efectos; respecto de la lengua, una sensacion de amargura; y respecto del vino, una amargura, que afecta al vino; de manera que no será amargura, sino amargo, y yo no seré sensacion, sino un hombre que siente.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Nunca llegaré á ser distinto, mientras me vea afectado de esta manera, porque una sensacion diferente supone

que el sugeto no es ya el mismo, y hace al que la experimenta diferente y distinto de lo que él era. Tampoco es de temer, que lo que me afecta, afectando tambien á otro sugeto, produzca un mismo efecto, puesto que, produciendo otro efecto por su union con otro sugeto, se hará distinto.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Por lo tanto, yo no llegaré á ser lo que soy á causa de mí mismo, ni tampoco la causa en razon de sí misma.

TEETETES.

No, sin duda.

SÓCRATES.

¿No es indispensable que, cuando yo siento, sea en razon de alguna cosa, puesto que es imposible que se experimente una sensacion sin causa? Y en igual forma, lo que se hace dulce, amargo, ó recibe cualquiera otra cualidad semejante, ¿no es indispensable que se haga tal, con relacion á alguno, puesto que no es ménos imposible que lo que se hace dulce no sea tal para nadie?

TEETETES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Resulta, pues, que, á mi parecer, el sugeto que siente y el objeto sentido, ya se los suponga en estado de existencia ó en via de generacion, tienen una existencia ó una generacion relativas, puesto que es una necesidad que su manera de ser sea una relacion, pero una relacion que no es de ellos á otra cosa, ni de cada uno de ellos á sí mismo. Resulta, por consiguiente, que tiene que ser una relacion recíproca, de uno respecto del otro; de manera, que ya se diga de una cosa que existe ó ya que deviene, es preciso decir que siempre es á causa de alguna cosa, ó de alguna cosa, ó hácia alguna cosa; y no se debe decir, ni

consentir que se diga, que existe ó se hace cosa alguna en sí y por sí. Esto es lo que resulta de la opinion que hemos expuesto.

TEETETES.

Nada más verdadero, Sócrates.

SÓCRATES.

Por consiguiente, lo que obra sobre mí es relativo á mí y no á otro; yo lo siento y otro no lo siente.

TEETETES.

Sin dificultad.

SÓCRATES.

Mi sensacion, por lo tanto, es verdadera con relacion á mí, porque afecta siempre á mi manera de ser, y segun Protágoras á mí me toca juzgar de la existencia de lo que me afecta y de la no existencia de lo que no me afecta.

TEETETES.

Así parece.

SÓCRATES.

Puesto que no me engaño, ni me extravío, en el juicio que formo sobre lo que existe ó deviene ¿cómo puedo verme privado de la ciencia de los objetos, cuya sensacion experimento?

TEETETES.

Eso no es posible..

SÓCRATES.

Asi pues, tú has definido bien la ciencia, diciendo que no es más que la sensacion; y ya se sostenga con Homero, Heráclito y los demás, que piensan como ellos, que todo está en movimiento y flujo continuo; ó ya con el muy sabio Protágoras, que el hombre es la medida de todas las cosas; ó ya con Teetetes, que, siendo esto así, la sensacion es la ciencia; todas estas opiniones significan lo mismo. Y bien, Teetetes ¿diremos que, hasta cierto punto, es este el hijo recién nacido, que, gracias á mis cuidados, acabas de dar á luz? ¿Qué piensas de esto?

TEETETES.

Es preciso reconocerlo, Sócrates.

SÓCRATES.

Cualquiera que sea este fruto, buen trabajo nos ha costado el darle á luz. Pero despues del parto es preciso hacer ahora en torno suyo la ceremonia de la anfidromía (1), procurando asegurarnos, si merece que se le crie ó si no es más que una produccion quimérica. ¿O bien crees que á todo trance es preciso criar á tu hijo y no exponerle? ¿Sufrirás con paciencia que se le examine, y no montarás en cólera, si se te arranca, como lo haria unã primeriza si le quitaran su primer hijo?

TEODORO.

Teetetes lo sufrirá con gusto; no es un hombre tan descontentadizo. Pero, en nombre de los dioses, dinos si esta opinion es falsa.

SÓCRATES.

Es preciso que tengas gusto en la conversacion, Teodoro, y que seas muy bueno, para imaginarte que yo soy como un costal lleno de discursos, y que me es fácil sacar uno, para probarte que esta opinion no es verdadera. No reflexionas que ningun discurso sale de mí sino de aquel con quien yo converso, y que sé muy poco, quiero decir, que sólo sé recibir y comprender tal cual lo que otro más hábil dice. Esto es lo que voy á intentar frente á frente de Protágoras, sin decir nada que sea mio.

TEETETES.

Tienes razon, Sócrates; hazlo así.

SÓCRATES.

¿Sabes, Teodoro, lo que me sorprende en tu amigo Protágoras?

TEODORO.

¿Qué?

(1) Al quinto dia del nacimiento llevaban el niño al hogar; allí le daban nombre y le consagraban á los dioses Penates.

SÓCRATES.

Estoy muy satisfecho de todo lo que ha dicho en otra parte, para probar que lo que parece á cada uno es tal como le parece. Pero me sorprende, que al principio de su *Verdad* (1) no haya dicho que el cerdo, el cinocéfalo ú otro animal más ridículo aún, capaz de sensacion, son la medida de todas las cosas. Esta hubiera sido una introduccion magnífica y de hecho ofensiva á nuestra especie, con la que él nos hubiera hecho conocer, que mientras nosotros le admiramos como un Dios por su sabiduría, no supera en inteligencia, no digo á otro hombre, sino ni á una rana girina (2). Pero, ¿qué digo? Teodoro. Si las opiniones, que se forman en nosotros por medio de las sensaciones, son verdaderas para cada uno; si nadie está en mejor estado que otro para decidir sobre lo que experimenta su semejante, ni es más hábil para discernir la verdad ó la falsedad de una opinion; si, por el contrario, como muchas veces se ha dicho, cada uno juzga únicamente de lo que pasa en él y si todos sus juicios son rectos y verdaderos, ¿por qué privilegio, mi querido amigo, ha de ser Protágoras sabio hasta el punto de creerse con derecho para enseñar á los demás y para poner sus lecciones á tan alto precio? Y nosotros, si fuéramos á su escuela, ¿no seriamos unos necios, puesto que cada uno tiene en sí mismo la medida de su sabiduría? ¿Será cosa que Protágoras haya hablado de esta manera para burlarse? No haré mencion de lo que á mí toca en razon del talento de hacer parir á los espíritus. En su sistema este talento es soberanamente ridículo, lo mismo, á mi parecer, que todo el arte de la dialéctica. Porque ¿no es una insigne extravagancia querer examinar y refutar mútua-

(1) Título del libro de Protágoras.

(2) Rana girina era una rana de rebajada especie, con la que comparaban los griegos al hombre estúpido.

mente nuestras ideas y opiniones, mientras que todas ellas son verdaderas para cada uno, si la verdad es como la define Protágoras? salvo que nos haya comunicado por diversion los oráculos de su santo libro.

TEODORO.

Sócrates, Protágoras es mi amigo; tú mismo acabas de decirlo; y no puedo consentir que se le refute con mis propias opiniones, ni defender su sistema frente á frente de tí contra mi pensamiento. Continúa, pues, la discusion con Teetetes, con tanto más motivo cuanto que me ha parecido que te está escuchando con una atencion sostenida.

SÓCRATES.

Sin embargo, si tú te encontrases en Lacedemonia en el circo de los ejercicios, Teodoro, despues de haber visto á los otros desnudos y algunos de ellos bastante mal formados, ¿te creerias dispensado de despojarte de tu traje, y mostrarte á ellos á tu vez?

TEODORO.

¿Por qué no, si querian permitírmelo y rendirse á mis razones, como ahora espero persuadiros á que me permitais ser simple espectador, y no verme arrastrado por fuerza á la arena en este momento, en que tengo mis miembros entumecidos, para luchar con un adversario más jóven y más suelto?

SÓCRATES.

Si eso quieres, Teodoro, no me importa, como se dice vulgarmente. Volvamos al sagaz Teetetes. Dime, Teetetes, con motivo de este sistema, ¿no estás sorprendido, como yo, al verte de repente igual en sabiduría á cualquiera, sea hombre ó sea Dios? ¿Ó crees tú que la medida de Protágoras no es la misma para los dioses que para los hombres?

TEETETES.

No ciertamente; yo no lo pienso así, y para responder

á tu pregunta me encuentro como sorprendido. Cuando examinábamos la manera que ellos tienen de probar que lo que parece á cada uno es tal como le parece, creía yo que era una cosa innegable, mas ahora he pasado de repente á un juicio contrario.

SÓCRATES.

Tú eres jóven, querido mio, y por esta razon escuchas los discursos con avidez y te rindes á la verdad. Pero hé aquí lo que nos opondrá Protágoras ó alguno de sus partidarios: «Generosos jóvenes y ancianos, vosotros discurséis sentados en vuestros asientos y poneis los dioses de vuestra parte, mientras que yo, hablando y escribiendo sobre este punto, dejo á un lado si ellos existen ó no existen. Vuestras objeciones son por su naturaleza favorablemente acogidas por la multitud, como cuando decís que seria extraño que el hombre no tuviese ninguna ventaja en razon de sabiduría sobre el animal más estúpido; pero no me opondreis demostracion ni prueba concluyente, ni empleareis contra mí más que argumentos de probabilidad. Sin embargo, si Teodoro ó cualquier geómetra argumentasen de esta manera en geometría, nadie se dignaria escucharle. Examinad, pues, Teodoro y tú, si en materias de tanta importancia podreis adoptar opiniones que sólo descansan en verosimilitudes y probabilidades.»

TEETETES.

Seríamos en tal caso, tú, Sócrates, y yo, muy injustos.

SÓCRATES.

¿Luego es preciso, segun lo que Teodoro y tú manifestais, que sigamos otro rumbo?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Veamos de qué manera os voy á hacer ver si la ciencia y la sensacion son una misma cosa ó dos cosas diferen-

tes; es á lo que tiende en definitiva toda esta discusion y en este concepto hemos promovido todas estas cuestiones espinosas. ¿No es verdad?

TEETETES.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿Admitiremos, que al mismo tiempo que experimentamos la sensacion de un objeto por la vista ó por el oido, adquirimos igualmente la ciencia? Por ejemplo: ántes de haber aprendido la lengua de los bárbaros, ¿diremos que cuando ellos hablan, nosotros no los entendemos, ó que los entendemos y comprendemos lo que dicen? En igual forma, si no sabiendo leer, echamos una mirada sobre las letras, aseguraremos que no las vemos ó que las vemos y que tenemos conocimiento de ellas?

TEETETES.

Diremos, Sócrates, que sabemos lo que vemos y entendemos; en cuanto á las letras, que vemos y conocemos su figura y su color; en cuanto á los sonidos, que entendemos y conocemos lo que tienen de agudo ó de grave; pero que no tenemos por la vista ni por el oido ninguna sensacion ni conocimiento de lo que los gramáticos y los intérpretes enseñan en la escritura.

SÓCRATES.

Muy bien, mi querido Teetetes; no quiero disputar sobre tu respuesta, para que así te encuentres más firme. Pero fija tu atencion en una nueva dificultad que se presenta en primer término, y mira como la rebatiremos.

TEETETES.

¿Cuál es?

SÓCRATES.

La siguiente. Si se nos preguntase: ¿es posible que lo que una vez se ha sabido, cuyo recuerdo se conserva, no se sepa en el acto mismo de acordarse de ello? Me parece que me valgo de un gran rodeo para preguntarte, si,

cuando se acuerda uno de lo que ha aprendido, en el mismo acto no lo sabe.

TEETETES.

¿Cómo no lo ha de saber? Sócrates. Seria una cosa prodigiosa que no lo supiera.

SÓCRATES.

¿No sabré yo mismo lo que digo? Examínalo bien. ¿No convienes en que ver es sentir, y que la vision es una sensacion?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

El que ha visto una cosa, ¿no adquirió desde aquel momento la ciencia de lo que vió, segun el sistema de que estamos hablando?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero qué, ¿no admites lo que se llama memoria?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

La memoria ¿tiene un objeto ó no lo tiene?

TEETETES.

Lo tiene sin duda.

SÓCRATES.

Seguramente son su objeto las cosas que han sido aprendidas ó sentidas.

TEETETES.

Las mismas.

SÓCRATES.

Más aún; ¿no se acuerda uno algunas veces de lo que ha visto?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y sucede lo mismo despues de haber cerrado los ojos?
¿O bien se olvida la cosa desde el momento en que se
cierran?

TEETETES.

Seria un absurdo decir eso, Sócrates.

SÓCRATES.

Sin embargo, es preciso decirlo, si queremos salvar el
sistema en cuestion; de otro modo desaparece.

TEETETES.

Efectivamente, ya entreveo eso, pero no lo concibo con
claridad. Explícamelo.

SÓCRATES.

De la manera siguiente. El que ve, decimos, tiene la
ciencia de lo que ve, porque hemos convenido en que la
vision, la sensacion y la ciencia son una misma cosa.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Pero el que ve y ha adquirido la ciencia de lo que él
veia, si cierra los ojos, se acuerda de la cosa y no la ve.
¿No es así?

TEETETES.

Sí.

SOCRATES.

Decir que no ve, equivale á decir que no sabe, porque
ver es lo mismo que saber.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

De aquí resulta, por consiguiente, que lo que se ha sa-
bido ya no se sabe en el acto mismo de acordarse de ello,
en razon de que no se ve; lo cual hemos calificado de pro-
digio, si llegara á verificarse.

TEETETES.

Nada más cierto.

SÓCRATES.

Resulta, por consiguiente, que el sistema, que confunde la ciencia y la sensación, conduce á una cosa imposible.

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Así es preciso decir que la una no es la otra.

TEETETES.

Lo pienso así.

SÓCRATES.

Hé aquí cómo nos vemos reducidos, á mi parecer, á dar una nueva definición de la ciencia. Sin embargo, Teetetes, ¿qué deberemos hacer?

TEETETES.

¿Sobre qué?

SÓCRATES.

Me parece que, semejantes á un gallo sin coraje, nos retiramos del combate y cantamos ántes de haber conseguido la victoria.

TEETETES.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Hasta ahora no hemos hecho más que disputar y venir por una y otra parte acerca de las palabras, y, despues de haber maltratado á nuestro adversario con tales armas, creemos que nada queda por hacer. Nos damos por sabios y no por sofistas, sin tener presente que incurrimos ó nos ponemos en el caso de estos disputadores de profesion.

TEETETES.

No comprendo lo que quieres decir.

SÓCRATES.

Voy á hacer un ensayo, para explicarte mi pen-

samiento. Hemos preguntado si el que ha aprendido una cosa y conserva su recuerdo, no la sabe; y despues de haber demostrado que cuando se ha visto una cosa y se han cerrado en seguida los ojos, se acuerda de ella aunque no la vea, hemos inferido de aquí que el mismo hombre no sabe aquello mismo de que se acuerda, lo cual es imposible. Hé aquí cómo hemos rebatido la opinion de Protágoras, que es al mismo tiempo la tuya, y que hace de la sensacion y de la ciencia una misma cosa.

TEETETES.

Tienes razon.

SÓCRATES.

No seria así, mi querido amigo, si el padre del primer sistema viviese aún, porque le sostendria con energía. Hoy que está este sistema huérfano, le insultamos tanto más, cuanto que los tutores que Protágoras le ha dejado, uno de los cuales es Teodoro, rehusan patrocinarlo, y veo claramente que, por interés de la justicia, estamos obligados á salir á su defensa.

TEODORO.

No soy yo, Sócrates, el tutor de las opiniones de Protágoras, sino más bien Callias hijo de Hipónico. Con respecto á mí dejé muy pronto estas materias abstractas por el estudio de la geometría. Te agradeceré, sin embargo, que quieras defenderlo.

SÓCRATES.

Has dicho bien, Teodoro. Ten presente de qué manera me explico. Si no estás con una atencion extremada á las palabras, de que tenemos costumbre de servirnos, ya para conceder, ya para negar, te verás precisado á confesar absurdos mayores aún que los que acabamos de ver. Me dirigiré á tí ó á Teetetes, para explicaros cómo?

TEODORO.

Dirígete á ambos, pero el más jóven será el que res-

ponda. Si da algun paso en falso, será ménos vergonzoso para él.

SÓCRATES.

Entro desde luego en una cuestión más extraña, á mi parecer, y es la siguiente: ¿es posible que la persona misma, que sabe una cosa, no sepa lo que sabe?

TEODORO.

¿Qué responderemos? Teetetes.

TEETETES.

Tengo por imposible la proposicion.

SÓCRATES.

Sin embargo, no lo es tanto, si supones que ver es saber. ¿Cómo saldrás de esta cuestion inevitable, ó como suele decirse, cómo te librarás de caer en la trampa, cuando un adversario intrépido, tapando con la mano uno de tus ojos, te pregunte si ves su vestido con el ojo cerrado?

TEETETES.

Le responderé que no; pero que lo veo con el otro.

SÓCRATES.

¿Luego ves y no ves al mismo tiempo la misma cosa?

TEETETES.

En cierto concepto, sí.

SÓCRATES.

No se trata de esto, te replicará; ni te pregunto el cómo, sino si lo que sabes no lo sabes. Porque en este momento ves lo que no ves, y como, por otra parte, estás conforme en que ver es saber, y no ver es no saber, deduce tú mismo la consecuencia.

TEETETES.

La consecuencia que saco, es que se deduce lo contrario de lo que yo he supuesto.

SÓCRATES.

Quizá, querido mio, te verias en otros muchos conflictos si te hubiera preguntado: ¿se puede saber la misma cosa

aguda ó torpemente, de cerca ó de léjos, fuerte ó débilmente? Otras mil cuestiones semejantes te podria proponer un campeón ejercitado en la disputa, que viviera de este oficio y anduviera á caza de iguales sutilezas, cuando te hubiera oido decir que la ciencia y la sensacion son una misma cosa. Y si despues, estrechándote en todo lo relativo al oido, al olfato y á los demás sentidos, y ciñéndose á tí sin soltarte, te hubiese hecho caer en los lazos de su admirable saber, se hubiera hecho dueño de tu persona, y, teniéndote encadenado, te habria obligado á pagar el rescate en que hubierais convenido ambos. Y bien, me dirás quizá, ¿qué razones alegrará Protágoras en su defensa? ¿Quieres que las exponga?

TEETETES.

Con mucho gusto.

SÓCRATES.

Por el pronto hará valer todo lo que hemos dicho en su favor; y en seguida, estrechando el terreno, creo yo que nos dirá en tono desdeñoso: el buen Sócrates me ha puesto en ridículo en sus discursos, porque un jóven, aterrado con la pregunta que le hizo, de si es posible que un hombre se acuerde de una cosa y que al mismo tiempo tenga conocimiento de ella, le respondió temblando, que no, por no alcanzársele más. Pero, cobarde Sócrates, escucha lo que hay en esta materia. Cuando examinas por medio de preguntas algunas de mis opiniones, si al que interrogas le confundes, respondiendo él lo que yo mismo responderia, yo soy el vencido; pero si dice una cosa distinta de la que yo diria, lo será él y no yo. Y entrando ya en materia, ¿crees tú que se te haya de conceder que se conserva la memoria de las cosas que se han sentido cuando la impresion no subsiste, y que esta memoria sea de la misma naturaleza que la sensacion que experimentaba y que ya no se experimenta? De ninguna manera. ¿Crees que hay inconveniente en confesar que el

mismo hombre puede saber y no saber la misma cosa? Si se teme semejante confesion, ¿crees tú que se te conceda que el que se ha hecho diferente, sea el mismo que era ántes de este cambio; ó más bien, que este hombre sea uno y no muchos, y que estos muchos no se multipliquen al infinito, puesto que los cambios se producen sin cesar, si se han de descartar de una y otra parte los lazos que se pueden tender con las palabras? Pero, querido mio, proseguirá, ataca mi sistema de una manera más noble y pruébame, si puedes, que cada uno de nosotros no tiene sensaciones que le son propias, ó si lo son, que no se sigue de aquí que aquello, que parece á cada uno, deviene, ó si es preciso valerse de la palabra *ser*, *es* tal por sí sólo. Además, cuando hablas de cerdos y de cinocéfalos, no sólo demuestras, respecto á mis escritos, la estupidez de un cerdo, sino que comprometes á los que te escuchan á hacer otro tanto, y esto no es decoroso. Con respecto á mí, sostengo que la verdad es tal como la he descrito, y que cada uno de nosotros es la medida de lo que es y de lo que no es; que hay, sin embargo, una diferencia infinita entre un hombre y otro hombre, en cuanto las cosas son y parecen unas á éste y otras á aquel, y léjos de no reconocer la sabiduría, ni los hombres sabios, digo, por el contrario, que uno es sabio, cuando mudando la faz de los objetos, los hace parecer y ser buenos á aquel para quien parecian y eran malos ántes. Por lo demás, no es una novedad que se me ataque sólo sobre palabras, pero penetrarás más claramente mi pensamiento con lo que voy á decir.

Recuerda lo que ya se dijo ántes: que los alimentos parecen y son amargos al enfermo, y que son y parecen agradables al hombre sano. No debe concluirse de aquí que el uno es más sabio que el otro, porque esto no puede ser; ni tampoco intentar probar que el enfermo es un ignorante, porque tiene esta opinion, y que el

hombre sano es sabio, porque tiene una opinion contraria, sino que es preciso hacer pasar al enfermo al otro estado, que es preferible al suyo. Lo mismo sucede respecto á la educacion; debe hacerse que los hombres pasen del estado malo á otro bueno. El médico emplea para esto los remedios, y el sofista los discursos. Nunca ha obligado nadie á tener opiniones verdaderas al que ántes las tenia falsas, puesto que no es posible tener una opinion sobre lo que no existe, ni sobre otros objetos que aquellos que nos afectan, objetos que son siempre verdaderos; pero se hacen las cosas en este punto de tal manera, á mi parecer, que el que con un alma mal dispuesta tenia opiniones en relacion con su disposicion, pase á un estado mejor y á opiniones conformes con este nuevo estado. Algunos por ignorancia llaman á estas opiniones imágenes verdaderas; en cuanto á mí, convengo en que las unas son mejores que las otras, pero no más verdaderas. Distante estoy de llamar ranas á los sabios, mi querido Sócrates; por el contrario, tengo á los médicos por sabios en lo que concierne al cuerpo, y á los labradores en lo que toca á las plantas. Porque en mi opinion los labradores, cuando las plantas están enfermas, en lugar de sensaciones malas, las procuran buenas, saludables y verdaderas; y los oradores sabios y virtuosos hacen, respecto de los Estados, que las cosas buenas sean justas y no las malas. En efecto, lo que parece bueno y justo á cada ciudad es tal para ella mientras forma este juicio; y el sabio hace que el bien, y no el mal, sea y parezca tal á cada ciudadano. Por la misma razon el sofista, capaz de formar de este modo sus discípulos, es sabio, y merece que ellos le den un gran salario. Así es como los unos son más sabios que los otros, sin tener por esto nadie opiniones falsas; y quieras ó nó, es preciso que reconozcas que tú eres la medida de todas las cosas, porque todo cuanto llevamos dicho supone este principio. Si tienes

algo que oponerle, hazlo refutando mi discurso con otro, y si te gusta más interrogar, hazlo en buen hora, porque no digo que haya de desecharse este método; por el contrario, el hombre de buen sentido debe preferirlo á cualquiera otro, pero usa de él de manera que no parezca que intentas engañar interrogando. Habria una gran contradiccion, si teniéndote por amante de la virtud, te condujeras siempre injustamente en la discusion. Es conducirse injustamente en la conversacion el no hacer ninguna diferencia entre la disputa y la discusion; el no reservar para la disputa los chistes y travesuras, y en la discusion no tratar las materias sériamente, dirigiéndose á aquel con quien se conversa, y haciéndole únicamente percibir las faltas que él mismo hubiese reconocido, como resultado de las conversaciones anteriores. Si obras de esta manera, los que conversen contigo achacarán á sí mismos y no á tí su turbacion y su embarazo; te volverán á buscar y te amarán; se pondrán en pugna entre sí y, esquivándose unos á otros, se arrojarán en el seno de la filosofía, para que los renueve y los convierta en otros hombres. Pero si haces lo contrario, como sucede con muchos, lo contrario tambien sucederá, y en lugar de hacer filósofos á los que traten contigo, harás que aborrezcan la filosofía cuando se hallen avanzados en edad. Si me crees, examinarás verdaderamente, sin espíritu de hostilidad ni de disputa, como ya te he dicho, pero con una disposicion benévola, lo que hemos querido decir al afirmar que todo está en movimiento, y que las cosas son para los particulares y para los Estados tales como ellas les parecen. Y partirás de aquí para examinar si la ciencia y la sensacion son una misma cosa ó dos cosas diferentes, en lugar de partir, como ántes, del uso ordinario de las palabras, cuyo sentido tuercen á capricho la mayor parte de los hombres, creándose mutuamente toda clase de dificultades. Hé aquí, Teodoro, todo lo que he podido

hacer en defensa de tu amigo, defensa flaca en relacion con mi debilidad; pero si él viviese aún, vendria en auxilio de su propio sistema con más energía.

TEODORO.

Te equivocas, Sócrates; le has defendido vigorosamente.

SÓCRATES.

Me adulas, mi querido amigo. ¿Pero tienes presente lo que Protágoras decia ántes y la acusacion que nos dirigió de que disputábamos con un tierno jóven, aprovechándonos de su timidez como un arma, para combatir su sistema, y recomendándonos que, huyendo de todo estilo burlesco, examináramos sus opiniones de una manera más seria?

TEODORO.

¿Cómo podia dejar de tenerlo presente? Sócrates,

SÓCRATES.

Pues bien; ¿quieres que le obedezcamos?

TEODORO.

Con todo mi corazon.

SÓCRATES.

Ya ves que todos los que están aquí, excepto tú, son jóvenes. Si queremos, pues, obedecer á Protágoras, es preciso que interrogándonos y respondiéndonos á la vez tú y yo, hagamos un exámen serio de su sistema, para que no vuelva á echarnos en cara que lo discutimos con niños.

TEODORO.

¿Pero qué! ¿Teetetes no está en mejor disposicion para discutir que muchos hombres barbudos?

SÓCRATES.

Sí, pero no sostendrá la discusion mejor que tú. No te figures que he debido yo tomar á todo trance la defensa de tu amigo despues de su muerte, y te creas con derecho á abandonarla. Adelante, querido mio, sígueme un mo-

mento hasta que hayamos visto, si hemos de tomarte á tí por medida en punto á figuras geométricas, ó si todos los hombres son tan sabios como tú en astronomía y las demás ciencias, en que has adquirido una reputacion sobresaliente.

TEODORO.

No es fácil, Sócrates, cuando está uno sentado cerca de tí, poder evitar el responderte, y me equivoqué ántes cuando dije que me permitirias no despojarme de mis vestidos, y que no me obligarias en este concepto á luchar como hacen los lacedemonios. Figúraseme, por el contrario, que te pareces más á Sciron (1), porque los lacedemonios sólo dicen: ¡que se retire ó que se despoje de sus vestidos! Pero tú haces lo que Anteo (2); no dejas en paz á los que se te aproximan hasta forzarles á que se despojen y luchen de palabra contigo.

SÓCRATES.

Has pintado bien mi enfermedad, Teodoro. Sin embargo, yo soy más fuerte que esos que citas, porque ya he encontrado una multitud de Hércules y de Teseos, temibles en la disputa, que me han batido en regla, pero no por eso me abstengo de disputar; tan violento y tan arraigado está en mí el amor á esta clase de luchas. No me rehuses el placer de medirme contigo; será ventajoso á uno y otro.

TEODORO.

Ya no me opongo más, y toma el camino que te acomode. Es preciso sufrir el destino que me preparas, y consentir de buena voluntad en verme refutado. Te advierto, sin embargo, que no podré pasar más allá de lo que me has propuesto.

SÓCRATES.

Basta que me sigas hasta ese punto. Te suplico que

(1) Bandido que mató Teseo.

(2) Luchador famoso que fué vencido por Hércules.

estés atento, no nos suceda que, sin darnos cuenta, conversemos de una manera frívola, lo cual seria causa de una nueva acusacion.

TEODORO.

En cuanto pueda, yo estaré con cuidado.

SÓCRATES.

Comencemos tomando por base un punto, de que ya hemos hablado, y veamos, si hemos atacado y desechado este sistema con razon ó sin ella, en cuanto se pretende que cada uno se basta á sí mismo en punto á sabiduría, y si Protágoras nos ha concedido que unos superan á otros para discernir lo mejor y lo peor, que son los que él llama sabios. ¿No es así?

TEODORO.

Sí.

SÓCRATES.

Si él mismo hubiera hecho en persona esta confesion, y no nosotros en su nombre, al defender su causa, no seria necesario reproducirla para fortificarla más. Pero quizá se nos podria objetar que no estamos autorizados para hacer por él semejantes confesiones. Esta es la razon porque es preferible que convengamos en la verdad de este punto, tanto más, cuanto que importa poco que la cosa sea así ó de otra manera.

TEODORO.

Tienes razon.

SÓCRATES.

Deduzcamos, pues, lo más brevemente que podamos, esta confesion de los propios discursos de Protágoras y no de ningun otro.

TEODORO.

¿Cómo?

SÓCRATES.

De la manera siguiente. ¿No dice Protágoras que lo que parece á cada uno es para él tal como le parece?

TEODORO.

Lo dice en efecto.

SÓCRATES.

De este modo se explica Protágoras. Mas tambien nosotros enunciamos las opiniones de un hombre, ó más bien, de todos los hombres, cuando decimos que no hay nadie que bajo cierto punto de vista no se crea más sabio que los demás, y otros igualmente más sabios que él; que en los mayores peligros, en la guerra, en las enfermedades, en el mar, se tienen por dioses los que mandan en estos conflictos, y se espera de ellos la salud; y sin embargo, éstos no tienen otra ventaja sobre los otros que la de la ciencia; en todos los negocios humanos se buscan maestros y jefes para sí mismo, para dirigir á los demás y para todas las obras que se emprenden; y que hay igualmente hombres que tienen la conviccion de que están en posicion de enseñar y de mandar. Y en vista de esto, ¿qué otra cosa podemos decir sino que los hombres piensan que acerca de todas estas cosas hay, entre sus semejantes, sabios é ignorantes?

TEODORO.

Nada más cierto.

SÓCRATES.

¿No tienen la sabiduría por una opinion verdadera, y la ignorancia por una opinion falsa?

TEODORO.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Qué partido tomaremos? Protágoras. Diremos que los hombres tienen siempre opiniones verdaderas, ó tan pronto verdaderas como falsas? A cualquier lado que nos inclinemos, resulta de todos modos que las opiniones humanas no son siempre verdaderas, sino que son verdaderas ó falsas. En efecto, Teodoro, mira si alguno de los partidarios de Protágoras querria, ó si tú mismo querrias

sostener que no puede uno pensar que otro es un ignorante, y que tiene opiniones falsas.

TEODORO.

Esta asercion no encontraria defensor, Sócrates.

SÓCRATES.

Hé aquí á qué extremo se ven reducidos los que quieren que el hombre sea la medida de todas las cosas.

TEODORO.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Si formas algun juicio sobre un objeto cualquiera y me participas tu opinion, esta opinion, segun Protágoras, será verdadera para tí. ¿Pero no nos será permitido á los demás ser jueces de tu juicio? ¿Juzgaremos siempre que tus opiniones son verdaderas? ¿O más bien, muchas personas que tienen opiniones contrarias á las tuyas, no te contradicen todos los dias, imaginándose que tú juzgas mal?

TEODORO.

Sí, ¡por Júpiter! Sócrates; hay, como dice Homero, mil personas que me ocasionan muchas dificultades bajo este punto de vista.

SÓCRATES.

¿Qué? ¿quieres entónces que digamos que tienes una opinion verdadera para tí y falsa para todos los demás?

TEODORO.

Parece que es un resultado necesario de la opinion de Protágoras.

SÓCRATES.

Con respecto á Protágoras mismo, si no hubiera creido que el hombre es la medida de todas las cosas, y si el pueblo no lo creyese tampoco, como de hecho no lo cree, ¿no seria una consecuencia necesaria que la verdad, tal como la ha definido, no existe para nadie? Y si ha sido de esta opinion, y la multitud cree lo contrario, ¿no ob-

servas, en primer lugar, que tanto como el número de los que son de la opinion del pueblo supere al de sus partidarios, otro tanto la verdad, tal como él la entiende, debe no existir más bien que existir?

TEODORO.

Eso es incontestable, y existe ó no existe segun la opinion de cada cual.

SÓCRATES.

En segundo lugar, hé aquí lo mas gracioso. Protágoras, reconociendo que lo que parece á cada uno es verdadero, concede que la opinion de los que contradicen la suya, y á causa de la que creen ellos que él se engaña, es verdadera.

TEODORO.

Efectivamente.

SÓCRATES.

Luego conviene en que su opinion es falsa, puesto que reconoce y tiene por verdadera la opinion de los que creen que él está en el error.

TEODORO.

Necesariamente.

SÓCRATES.

Los otros á su vez no convienen, ni confiesan que se engañan.

TEODORO.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

Está, pues, obligado á tener tambien esta misma opinion por verdadera, conforme á su sistema.

TEODORO.

Así parece.

SÓCRATES.

Por consiguiente, es una cosa puesta en duda por todos, comenzando por Protágoras mismo; ó más bien Protágoras, al admitir que el que es de un dictámen contrario al

suyo está en lo verdadero, confiesa que ni un perro, ni el primero que llega, son la medida de las cosas que no han estudiado. ¿No es así?

TEODORO.

Sí.

SÓCRATES.

Así, puesto que es combatida por todo el mundo la verdad de Protágoras, no es verdadera para nadie, ni para él mismo.

TEODORO.

Sócrates, tratamos muy mal á mi amigo.

SÓCRATES.

Sí, querido mio; pero no sé si traspasamos la línea de lo verdadero. Lo que parece es que, siendo de más edad que nosotros, es igualmente más hábil, y si en este momento saliese del sepulcro, asomando sólo la cabeza, probablemente nos convencería, á mí de no saber lo que digo, y á tí de haber concedido muchas cosas indebidamente, dicho lo cual, desaparecería y se sumiría bajo tierra. Pero yo creo que es en nosotros una necesidad usar de nuestras facultades, tales como son, y hablar siempre conforme á nuestras ideas. ¿Y no diremos, que todo el mundo conviene en que hay hombres más sabios que otros, é igualmente más ignorantes?

TEODORO.

Por lo ménos, así me lo parece.

SÓCRATES.

¿Te parece igualmente, que la opinion de Protágoras puede sostenerse en otro punto, que hemos indicado al tomar su defensa, es decir, que en lo que concierne á lo caliente, lo seco, lo dulce y demás cualidades de este género, las cosas son comunmente tales para cada uno como le parecen; que si reconoce que hay hombres, que superan á otros en ciertos conceptos, es con relacion á lo que es saludable ó dañoso al cuerpo, y que no tendrá ninguna

dificultad en decir que no está cualquiera mujerzuela, niño ó animal en estado de curarse á sí mismo, ni conoce lo que le conviene á la salud; pero que si hay cosas en que unos tienen ventaja sobre otros, es sobre todo en éstas?

TEODORO.

Lo creo así.

SÓCRATES.

Y en materias políticas, ¿no convendrá igualmente en que lo honesto y lo inhonesto, lo justo y lo injusto, lo santo y lo impío son para cada ciudad tales como aparecen en sus instituciones y en sus leyes, y que en todo esto no es un particular más sabio que otro particular, ni una ciudad más que otra ciudad; pero que en el discernimiento de las leyes útiles ó dañosas es donde principalmente un consejero supera á otro consejero, y la opinion de una ciudad á la de otra ciudad? No se atreveria á decir que las leyes, que un Estado se da, creyendo que son útiles, lo sean infaliblemente. Pero ahora, con respecto á lo justo y lo injusto, á lo santo y lo impío, sus partidarios aseguran, que nada de todo esto tiene por su naturaleza una esencia que le sea propia, y que la opinion, que toda una ciudad se forme, se hace verdadera por este solo hecho y sólo por el tiempo que dure. Aquellos mismos, que no participan en lo demás de la opinion de Protágoras, siguen en este punto su filosofia. Pero, Teodoro, un discurso sucede á otro discurso, y uno más importante á otro que lo es ménos.

TEODORO.

¿No estamos por despacio? Sócrates.

SÓCRATES.

Así parece; en varias ocasiones, y en especial hoy, he reflexionado, querido mio, cuán natural es que los que han pasado mucho tiempo en el estudio de la filosofia, parezcan oradores ridículos cuando se presentan ante los tribunales.

TEODORO.

¿Cómo entiendes eso?

SÓCRATES.

Me parece que los hombres, educados desde su juventud en el foro y en los negocios, comparados con las personas consagradas á la filosofía y á estudios de esta naturaleza, son como esclavos frente á frente de hombres libres.

TEODORO.

¿Por qué?

SÓCRATES.

Porque, como acabas de decir, los unos siempre tienen tiempo, y conversan juntos en paz y con desahogo. Y lo mismo que ahora mudamos de conversacion por la tercera vez, ellos hacen otro tanto, cuando la cuestion que se suscita les agrada más que la que se estaba tratando, como nos ha sucedido á nosotros, y les es indiferente tratar una materia con extension ó en pocas palabras, con tal que descubran la verdad. Los otros, por el contrario, no quieren perder el tiempo cuando hablan; el agua que corre les obliga á apresurarse (1) y no les es permitido hablar de lo que seria más de su gusto. Allí está presente la parte contraria que les da la ley con la fórmula de la acusacion, que ellos llaman automosia, (2) que se lee, y de cuyo contenido está prohibido separarse. Sus alegaciones son en pro ó en contra de un esclavo como ellos, y se dirigen á un señor sentado, que tiene en su mano la justicia. Sus disputas no quedan sin resultado; siempre média algun interés para ellos, y muchas veces va en ello la vida, si bien todo esto les hace ardientes, ásperos y hábiles para adular al juez con

(1) En Atenas una clepsidra ó reloj de agua marcaba lo que habia de hablar el orador.

(2) Es decir, juramento contradictorio del acusador y del acusado, de cuyo formulario no era permitido salir.

palabras y complacerle en sus acciones. Por lo demás tienen el alma pequeña sin rectitud, porque la servidumbre, á que está sujeta desde la juventud, la ha impedido elevarse, y la ha despojado de su nobleza, obligándola á obrar por caminos torcidos y exponiéndola, cuando aún era tierna, á grandes peligros y grandes temores. Como no tienen bastante fuerza para arrostrarlos, tomando el partido de la justicia y de la verdad, se ejercitan desde luego en la mentira y en el arte de dañarse los unos á los otros, se doblegan y ligan de mil maneras, de suerte que pasan de la adolescencia á la edad madura con un espíritu enteramente corrompido, imaginándose con esto haber adquirido mucha habilidad y sabiduría. Tal es, Teodoro, el retrato de estos hombres. ¿Quieres que te haga el de los que componen nuestro círculo ó que, dejándolo, volvamos al asunto, para no abusar demasiado de esta libertad de abandonar el tema de que hace un momento hablábamos?

TEODORO.

Nada de eso, Sócrates; veamos ántes el carácter de estos últimos. Has dicho con mucha razon, que los que formamos parte de este círculo no somos esclavos de los discursos, sino por el contrario, los discursos están á nuestras órdenes, como otros tantos servidores, aguardando el momento en que queramos terminarlos. En efecto, nosotros no tenemos juez, ni espectador, como los poetas, que presidan á nuestras conversaciones, las corrijan y nos den la ley.

SÓCRATES.

Hablemos, puesto que lo deseas, pero sólo de los corifeos, porque ¿para qué mencionar á aquellos que sin genio se dedican á la filosofía? Los verdaderos filósofos ignoran desde su juventud el camino que conduce á la plaza pública. Los tribunales, donde se administra justicia, el paraje donde se reúne el Senado, y los sitios donde

se reúnen las asambleas populares, les son desconocidos. No tienen ojos ni oídos para ver y oír las leyes y decretos que se publican de viva voz ó por escrito; y respecto á las facciones é intrigas para llegar á los cargos públicos, á las reuniones secretas, á las comidas y diversiones con los tocadores de flauta, no les vienen al pensamiento concurrir á ellas, ni áun por sueños. Nace uno de alto ó bajo nacimiento en la ciudad, sucede á alguno una desgracia por la mala conducta de sus antepasados, varones ó hembras, y el filósofo no da más razon de estos hechos que del número de gotas de agua que hay en el mar. Ni sabe él mismo que ignora todo esto, porque si se abstiene de enterarse de ello, no es por vandida, sino que, á decir verdad, es porque está presente en la ciudad sólo con el cuerpo. En cuanto á su alma, mirando todos estos objetos como indignos, y no haciendo de ellos ningun caso, se pasea por todos los lugares, midiendo, segun la expresion de Píndaro, lo que está por bajo y lo que está por cima de la tierra, se eleva hasta los cielos, para contemplar allí el curso de los astros, y dirigiendo su mirada escrutadora á todos los séres del universo, no se baja á objetos que están inmediatos á aquella.

TEODORO.

¿Cómo entiendes eso? Sócrates.

SÓCRATES.

Cuéntase, Teodoro, que ocupado Tales en la astronomía, y mirando á lo alto, cayó un dia en un pozo, y que una sirvienta de Tracia de espíritu alegre y burlon se rió, diciendo que queria saber lo que pasaba en el cielo, y que se olvidaba de lo que tenia delante de sí y á sus piés. Este chiste puede aplicarse á todos los que hacen profesion de filósofos. En efecto, no sólo ignoran lo que hace su vecino, y si es hombre ó cualquier otro animal, sino que ponen todo su estudio en indagar y descubrir lo que es el hombre, y lo que conviene á su natura-

leza hacer ó padecer, á diferencia de los demás séres.
 ¿Comprendes, Teodoro, á dónde se dirige mi pensamiento?

TEODORO.

Sí; y dices verdad.

SÓCRATES.

Esta es la razon, por qué, mi querido amigo, en las relaciones ya particulares, ya públicas, que un hombre de este carácter tiene con sus semejantes, así como cuando se ve precisado á hablar delante de los tribunales ó en otra parte de las cosas que están á sus piés y á su vista, como dije al principio, da lugar á que se rian de él, no sólo las sirvientas de Tracia, sino todo el pueblo, cayendo á cada instante por su falta de experiencia en pozos y en toda suerte de perplejidades, y en conflictos tales que le hacen pasar por un imbécil. Si se le injuria, como ignora los defectos de los demás, porque nunca ha querido informarse, no puede echar en cara al ofensor nada personal, de manera que no ocurriéndosele qué decir, aparece como un personaje ridículo. Cuando oye á los demás dirigirse alabanzas ó alabarse á sí mismos, se rie, no por darse tono, sino con sana intencion, y se le toma por un extravagante. Si en su presencia se alaba á un tirano ó á un rey, se figura oír exaltar la felicidad de algun pastor, porquero ó guarda de ganados lanares y vacunos, porque de ellos saca mucha leche, y cree que los reyes están encargados de apacentar y ordeñar una especie de animales, más difíciles de gobernar y más traidores, sin que por otra parte los mismos tiranos ó reyes sean ménos groseros é ignorantes que los pastores, á causa del poco tiempo que tienen para instruirse, permaneciendo encerrados dentro de murallas, como en un aprisco situado sobre una montaña. Se dice en su presencia que un hombre tiene inmensas riquezas, porque posee en fincas diez mil arpentos ó más, y esto le parece poca cosa, acostumbrado como está á dirigir sus miradas sobre el mundo

entero. En cuanto á los que alaban la nobleza, y dicen que es de buena casa, porque puede contar siete abuelos ricos, cree que semejantes elogios proceden de gentes que tienen la vista baja y corta, á quienes la ignorancia impide fijar sus miradas sobre el género humano todo entero, y que no ven con el pensamiento que cada uno de nosotros tenemos millares de abuelos y antepasados, entre quienes se encuentran muchas veces una infinidad de ricos y pobres, de reyes y esclavos. de griegos y bárbaros; y mira como una pequeñez de espíritu el gloriarse de una procedencia de veinte y cinco antepasados, hasta remontar á Hércules, hijo de Anfitrion. Se rie porque ve que no se reflexiona, que el vigésimo quinto antepasado de Anfitrion y el quincuagésimo con relacion á sí mismo, ha sido como lo ha querido la fortuna, y se rie al pensar que no puede verse libre de ideas tan disparatadas. En todas estas ocasiones el vulgo se burla del filósofo, á quien en cierto concepto supone lleno de orgullo é ignorante por otra parte de las cosas más comunes, y además inútil para todo.

TEODORO.

Lo que dices, Sócrates, se ve todos los dias.

SÓCRATES.

Pero, querido mio, cuando el filósofo puede á su vez atraer á alguno de estos hombres hácia la region superior, y el atraido se aviene á prescindir de estas cuestiones: ¿qué mal te hago yo? ¿qué mal me haces tú?, para pasar á la consideracion de la justicia y de la injusticia, de su naturaleza y de lo que distingue la una de la otra y de todo lo demás; ó prescindir de la cuestion de si un rey ó tal hombre, que tiene grandes tesoros, son dichosos, y pasa al exámen de la institucion real, y en general á lo que constituye la felicidad ó la desgracia del hombre, para ver en qué consisten la una y la otra y de qué manera nos conviene aspirar á aquella y huir de ésta; cuando

es preciso que este hombre de alma pequeña, rudo y ejercitado en la zizaña, se explique sobre todo esto, entón-ces rinde las armas al filósofo, y suspendido en el aire y poco acostumbrado á contemplar de tan alto los objetos, se le va la cabeza, se aturde, pierde el sentido, no sabe lo que dice, y se rien de él, no las sirvientas de Tracia, ni los ignorantes (porque no se aperciben de nada), sino aquellos cuya educacion no ha sido la de los esclavos.

Tal es, Teodoro, el carácter de uno y otro. El primero, que tú llamas filósofo, educado en el seno de la libertad y del ocio, no tiene á deshonra pasar por un hombre cándido é inútil para todo, cuando se trata de llenar ciertos ministerios serviles, por ejemplo, arreglar una maleta, sazonar viandas ó hacer discursos. El otro, por el contrario, desempeña perfectamente todas estas comisiones con destreza y prontitud, pero no sabe llevar su capa cual conviene á una persona libre, no tiene ninguna idea de la armonía del discurso, y es incapaz de ser el cantor de la verdadera vida de los dioses y de los hombres bienaventurados.

TEODORO.

Si llegases á convencer á todos los demás, como á mí, de la verdad de lo que dices, Sócrates, habria más paz y ménos males entre los hombres.

SÓCRATES.

Sí, pero no es posible, Teodoro, que el mal desaparezca por entero, porque es preciso que siempre haya alguna cosa contraria al bien, y como no es posible colocarle entre los dioses, es de necesidad que circule sobre esta tierra y alrededor de nuestra naturaleza mortal. Esta es la razon porque debemos procurar huir lo más pronto posible desde esta estancia á la de los dioses. Al huir nos asemejamos á Dios en cuanto depende de nosotros, y nos asemejamos á él por la sabiduría, la justicia y la santidad. Pero, amigo mio, no es cosa fácil el persuadir de

que no se debe seguir la virtud y huir del vicio por el motivo que mueve al comun de los hombres, que es evitar la reputacion de malo y pasar por virtuoso. La verdadera razon es la siguiente: Dios no es injusto en ninguna circunstancia ni de ninguna manera; por el contrario, es perfectamente justo, y nada se le asemeja tanto como aquel de nosotros que ha llegado á la cima de la justicia. De esto depende el verdadero mérito del hombre ó su bajeza y su nada. El que conoce á Dios es verdaderamente sabio y virtuoso; el que no lo conoce es verdaderamente ignorante y malo. En cuanto á las demás cualidades, que el vulgo llama talento y sabiduría, si se despliegan en el gobierno político, no producen sino tiranos; y si en las artes, mercenarios. Lo mejor que debe hacerse es negar el título de hábil al hombre injusto, que ofende á la piedad en sus discursos y acciones. Porque aunque sea esta una censura, se complacen en oirla y se persuaden de que se les quiere decir con esto, no que son gentes despreciables, carga inútil sobre la tierra, sino hombres tales como deben serlo, para hacer papel en un Estado. Y es preciso decirles lo que es verdad; que cuanto ménos crean ser lo que son, tanto más lo son en realidad, porque ignoran cuál es el castigo de la injusticia, que es lo que ménos debe ignorarse. Estos castigos no son, como se imaginan, los suplicios ni la muerte que algunas veces saben evitar, áun obrando mal, no; es un castigo al cual es imposible que se sustraigan.

TEODORO.

¿Cuál es?

SÓCRATES.

Hay en la naturaleza de las cosas dos modelos, mi querido amigo, uno divino y muy dichoso, y el otro enemigo de Dios y muy desgraciado. Pero ellos no ven así las cosas; su estupidez y su excesiva locura les impide conocer, que su conducta, llena de injusticia, los apro-

xima al segundo y los aleja del primero; así sufren la pena, llevando una vida conforme al modelo que se han propuesto imitar. En vano les diremos que si no renuncian á esa pretendida habilidad, serán excluidos, despues de su muerte, de la estancia donde no se admite á los malos, y que durante esta vida no tendrán otra compañía que la de hombres tan malos como ellos, que es la que conviene á sus costumbres; considerarán estos discursos como extravagancias, y no por eso se creerán ménos personajes hábiles.

TEODORO.

Nada más cierto, Sócrates.

SÓCRATES.

Lo sé bien, querido mio. Pero hé aquí lo que hay para ellos de terrible, y es que cuando se les apura en una conversacion particular para que den razon del desprecio que hacen de ciertos objetos, y para que escuchen las razones de un competidor, por poco que quieran sostener con entereza la conversacion durante algun tiempo y no abandonar cobardemente el campo, se encuentran al fin, amigo mio, en el mayor apuro; nada de lo que dicen les satisface, toda su elocuencia se desvanece hasta el punto de podérseles tomar por chiquillos. Pero dejemos esto, que no es más que una digresion, porque sino de unas en otras perderemos de vista el primer objeto de nuestra conversacion. Volvamos atrás, si consientes en ello.

TEODORO.

Esta digresion, Sócrates, no es la que con ménos gusto te he oido. A mi edad tienen buena acogida reflexiones de esta naturaleza. Sin embargo, respetando tu parecer, volvamos á nuestro primer asunto.

SÓCRATES.

El punto en que quedamos es, á mi parecer, aquel en que decíamos, que los que pretenden que todo está en movimiento, y que toda cosa es siempre para cada uno

tal como le parece, están resueltos á sostener en todo lo demás, y sobre todo con relacion á la justicia, que lo que una ciudad erige en ley, por parecerle justa, es tal para ella, mientras subsiste la ley; pero que respecto de lo útil, nadie es bastante atrevido para poder asegurar que toda institucion adoptada por una ciudad que la ha juzgado ventajosa, lo sea en efecto durante el tiempo que esté en vigor; á no ser que se diga que lo es en el nombre, lo cual seria una burla tratándose de este asunto. ¿No es así?

TEODORO.

Sí.

SÓCRATES.

No hablemos del nombre, sino de la cosa que él significa.

TEODORO.

En efecto, no se trata del nombre.

SÓCRATES.

No es el nombre, sino lo que él significa, lo que se propone toda ciudad al darse leyes y al hacer que sean ventajosas segun su pensamiento y en cuanto está en su poder. ¿Crees tú que se proponga otro objeto en su legislacion?

TEODORO.

Ninguno otro.

SÓCRATES.

¿Consigue siempre toda ciudad este objeto, ó no lo consigue en algunos puntos?

TEODORO.

Me parece lo segundo.

SÓCRATES.

Todo el mundo convendrá fácilmente en ello, si la cuestion se propone con relacion á la especie entera á que pertenece lo útil. Lo útil mira al porvenir, porque cuando hacemos leyes es con la esperanza de que serán provecho-

sas para el tiempo que seguirá, es decir, para lo futuro.

TEODORO.

Es cierto.

SÓCRATES.

Interroguemos ahora á Protágoras ó á cualquiera de sus partidarios. El hombre, dices tú, Protágoras, es la medida de todas las cosas blancas, negras, pesadas, ligeras y otras semejantes; porque teniendo en sí la regla para juzgarlas, y representándosele tales como las siente, su opinion es siempre verdadera y real con relacion á si mismo. ¿No es así?

TEODORO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Diremos nosotros igualmente, Protágoras, que el hombre tiene en sí mismo la regla propia para juzgar las cosas del porvenir, y que ellas se hacen para cada uno tales como se figura que serán? En punto á calor, por ejemplo, cuando un hombre piensa que le sobrevendrá una fiebre y que habrá de experimentar esta especie de calor, si un médico piensa lo contrario, ¿á cuál de estas dos opiniones nos atendremos para decir lo que sucederá? O bien sucederán ambas cosas, de manera que para el médico este hombre no tendrá calor ni fiebre, y para éste habrá ambas cosas?

TEODORO.

Eso seria un absurdo.

SÓCRATES.

Respecto á la dulzura y aspereza que habrá de tener el vino, es á mi parecer preciso referirse á la opinion del cosechero y no á la de un tocador de lira.

TEODORO.

Sin duda.

SÓCRATES.

El maestro de gimnasia tampoco puede ser mejor juez

que el músico acerca de la armonía, y entónces, ¿es posible que ambos estén de acuerdo en este punto?

TEODORO.

No, seguramente.

SÓCRATES.

El parecer del que da una comida, y no entiende de cocina, sobre el gusto que tendrán los convidados, es ménos seguro que el del cocinero. Porque no disfrutamos sobre el placer que cada uno siente actualmente ó ha sentido, sino sobre el que ha de sentir, y preguntamos si cada cual es en este punto el mejor juez con relacion á sí mismo. Tú mismo, Protágoras, ¿no juzgarás de antemano mejor que un cualquiera de lo que convendrá decir para triunfar ante un tribunal?

TEODORO.

Es muy cierto, Sócrates, y precisamente de esto se alababa Protágoras en primer término, suponiéndose superior á todos los demás.

SÓCRATES.

¡Por Júpiter! así era preciso que sucediera, amigo mio, y seguramente nadie le hubiera dado gruesas sumas por asistir á sus lecciones, si hubiera convencido á sus discípulos de que ningun hombre ni adivino alguno estaba en estado de juzgar de lo que deberá suceder más que lo que está cada uno por sí mismo.

TEODORO.

. Es muy cierto.

SÓCRATES.

Pero la legislacion y lo útil, ¿no miran al porvenir? Y no confesará todo el mundo, que es imposible que una ciudad, al darse leyes, deje de faltar muchas veces á lo que es más ventajoso?

TEODORO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Tenemos, pues, razon para decir á tu maestro, que no puede dispensarse de confesar que un hombre es más sabio que otro; que esta es la verdadera medida, y que siendo yo un ignorante, no se me puede obligar á ser tal medida, aunque el discurso que he pronunciado en su defensa parecia precisarme á pesar mio á parecerlo.

TEODORO.

Me parece, Sócrates, que esta opinion es falsa en este punto, y tambien en aquel en que Protágoras garantiza la certidumbre de las opiniones de los demás, aunque éstas, como hemos visto, no tienen por verdadero lo que él ha sentado.

SÓCRATES.

Es fácil, Teodoro, demostrar con otras muchas pruebas, que todas las opiniones de un hombre no son verdaderas. Pero con relacion á estas impresiones, de que cada uno se ve actualmente afectado, y de donde nacen las sensaciones y opiniones, que se siguen, es más difícil probar que ellas no lo son. Quizá es absolutamente imposible; quizá los que pretenden que son verdaderas y que constituyen la ciencia, dicen la verdad, y Teetes no ha hablado fuera de propósito cuando ha dicho que la sensacion y la ciencia son una misma cosa. Es preciso estrechar el terreno á este sistema, como lo exigia ántes el discurso en favor de Protágoras, y examinar esta esencia siempre en movimiento, tocándola como se toca á un vaso para ver si está roto ó entero. Sobre esta esencia ha habido una disputa, que ni carece de interés, ni ha tenido lugar entre pocas personas.

TEODORO.

Está muy distante de ser pequeña; se agranda constantemente en la Jonia, porque los partidarios de Heráclito defienden esta opinion con mucho vigor.

SÓCRATES.

Es una razon más, mi querido Teodoro, para examinar de nuevo cómo la apoyan.

TEODORO.

Es cierto. En efecto, Sócrates, entre estos sectarios de Heráclito, ó como tú dices, de Homero ó de algun autor más antiguo, los de Efeso, que se tienen por sabios, son tales, que disputar con ellos es disputar con furiosos. Nada hay fijo en sus doctrinas. Detenerse sobre una materia, sobre una cuestion, responder é interrogar á su vez pacíficamente, es una cosa que les es imposible, absolutamente imposible; tan poca formalidad tienen. Si les interrogas, sacan al momento, como de una aljaba, unas cuantas palabras enigmáticas que te arrojan al rostro, y si quieres que te den la razon de lo que acaban de decir, te verás sobre la marcha atacado con otra palabra equívoca. En fin, nunca concluirás nada con ninguno de ellos. Tampoco adelantan más entre sí mismos, pero, sobre todo, tienen cuidado de no dejar nada fijo en sus discursos, ni en sus pensamientos, persuadidos, á mi parecer, de que esta estabilidad es á la que hacen la guerra, y la excluyen por todos rumbos cuanto les es posible.

SÓCRATES.

Quizá, Teodoro, has visto esos hombres en el calor del combate, y no te has encontrado con ellos, cuando conversaban en paz, y se conoce que no son tus amigos. Por más despacio explican su sistema á aquellos de sus discípulos que quieren atraer á su partido.

TEODORO.

¿De qué discípulos hablas? mi querido Sócrates. Entre ellos ninguno es discípulo de otro; cada uno se forma á sí mismo, desde el momento en que el entusiasmo se ha apoderado de él, y se tienen los unos á los otros por ignorantes. No obtendrás nunca de ellos, como ántes te decia, por fuerza ni por voluntad, que te den razon de nada;

pero debemos considerar como un problema lo que dicen y examinarlo.

SÓCRATES.

Muy bien; ¿pero es otro problema que el que nos propusieron al principio los antiguos, cubriéndolo con el velo de la poesía para el vulgo, á saber: que el Océano y Tetis, principios de todo lo demás, son emanaciones y que nada es estable? Despues los modernos, como más sabios, lo han presentado al descubierto, á fin de que todos, hasta los zapateros, aprendiesen la sabiduría sólo con oírles una sola vez, y cesasen de creer neciamente que una parte de los séres está en reposo y otra en movimiento, y que aprendiendo que todo se mueve, se sintiesen por esta enseñanza llenos de respeto hácia sus maestros? Casi he olvidado, Teodoro, que otros han sostenido el sistema opuesto, diciendo que el *nombre del universo es lo inmóvil* (1). Los Melisos y los Parménides, abrazando esta opinion contraria, tienen por cierto, por ejemplo, que todo es uno y que este uno es estable en sí mismo, no teniendo espacio donde moverse. ¿Qué partido tomaremos, mi querido amigo, en frente de todos estos? Avanzando poco á poco, hénos aquí cogidos en medio de los unos y de los otros, sin apercibirnos. Si nos sacudimos de ellos por medio de una vigorosa defensa, se vengarán de nosotros, y nos sucederá lo que á aquellos, que peleando en la lid sin salir de la línea que separa los partidos, son cogidos por ambos y arrojados á uno y otro lado. Me parece que es mejor comenzar por los que han sido para nosotros objeto de exámen, y que dicen que todo pasa. Si creemos que tienen razon, nos uniremos á ellos y procuraremos librarnos de los otros. Si, por el contrario, nos parece que la verdad está de parte de aquellos que sostienen que todo está en reposo en el universo, nos pondremos de su lado, huyendo de los

(1) Verso de Parménides.

que suponen en movimiento hasta las cosas inmóviles. En fin, si nos parece que ni los unos, ni los otros, sostienen nada razonable, nos pondremos en ridículo, si pequeños como somos creyéramos estar en posesion de la verdad despues de haber desechado la antigua doctrina, sostenida por hombres respetables por su antigüedad y su sabiduría. Mira, Teodoro, si es prudente exponernos á tan gran peligro.

TEODORO.

No seria perdonable, Sócrates, el dejar de discutir lo que dicen los unos y los otros.

SÓCRATES.

Puesto que manifiestas tanto deseo, es preciso entrar en esta discusion. Es natural comenzar por el movimiento y ver cómo lo definen los que sostienen que todo se mueve; lo que deseo saber es, si no admiten más que una especie de movimiento ó si admiten dos, como á mi juicio debe hacerse. Pero no basta que yo solo lo crea así; es preciso que te pongas de mi parte, á fin de que, suceda lo que quiera, lo experimentemos en comun. Díme: cuando una cosa pasa de un lugar á otro ó gira sobre sí misma sin mudar de lugar, ¿llamas á esto movimiento?

TEODORO.

Sí.

SÓCRATES.

Sea, pues, esta una especie de movimiento. Y cuando, permaneciendo la cosa en el mismo lugar, envejece, ó de blanca se hace negra, ó de blanda dura, ó experimenta cualquiera otra alteracion, ¿no debe decirse que esta es una segunda especie de movimiento?

TEODORO.

Me parece que sí.

SÓCRATES.

No es posible desconocerlo. Cuento, pues, con dos clases de movimiento; el uno de alteracion, el otro de traslacion.

TEODORO.

Es cierto.

SÓCRATES.

Hecha esta distincion, dirijamos ahora la palabra á los que sostienen que todo se mueve, y hagámosles esta pregunta : ¿decís que todas las cosas se mueven con este doble movimiento de traslacion y de alteracion ó que algunas se mueven de estas dos maneras y otras sólo de una de ellas?

TEODORO.

En verdad no sé qué responder; me parece, sin embargo, que dirán que todo está sujeto á este doble movimiento.

SÓCRATES.

Si no lo dijesen, mi querido amigo, tendrian que reconocer precisamente, que las mismas cosas están en movimiento y en reposo, y que no es más cierto decir que todo se mueve, que decir que todo está en reposo.

TEODORO.

Nada más exacto.

SÓCRATES.

Puesto que es preciso que tod^o se mueva, no encontrándose la negacion del movimiento en ninguna parte, todas las cosas están siempre moviéndose en todos conceptos.

TEODORO.

Necesariamente.

SÓCRATES.

Fíjate, te suplico, en lo que te voy á decir. ¿No decimos que ellos explican la generacion del calor, de la blancura y de las demás cualidades, diciendo, á saber, que cada una de estas se mueve con la sensacion en el espacio que média entre la causa activa y la pasiva; que la causa pasiva se hace sensible y no sensacion; y la activa ó el agente es afectado por tal ó cual cualidad, sin llegar á su

cualidad en sí? Quizá esta palabra cualidad te parecerá extraña, y no concibes la cosa bajo esta expresion general. Te la diré al pormenor. La causa activa no se hace calor, ni blancura, sino caliente, blanca, y así de lo demás. Porque te acordarás, sin duda, de lo que se dijo ántes, esto es, que nada es uno, tomado en sí, ni lo que obra, ni lo que padece, sino que de su contacto mútuo nacen las sensaciones y las cualidades sensibles, de donde resulta, de un lado, lo que tiene tal ó cual cualidad, y de otro, lo que experimenta tal ó cual sensacion.

TEODORO.

¿Cómo podia no acordarme?

SÓCRATES.

Dejemos todo lo demás de su sistema, sin tomarnos el trabajo de saber de qué manera lo explican; atengámonos sólo al punto de que hablamos y preguntémosles: todo se mueve, decís, todo pasa; ¿no es así?

TEODORO.

Sí.

SÓCRATES.

Mediante el doble movimiento de traslacion y de alteracion que hemos distinguido.

TEODORO.

Sin duda, si se pretende que todo se mueve plena y completamente.

SÓCRATES.

Si las cosas fuesen simplemente trasportadas de un punto á otro y no se alterasen, podria decirse cuál es la naturaleza de lo que se mueve y muda de lugar. ¿No es cierto?

TEODORO.

Sí.

SÓCRATES.

Pero como esto no es una cosa estable, ni lo que aparece blanco subsiste blanco, sino que, por el contrario,

hay un continuo cambio en este concepto, de suerte que la blancura misma pasa y se hace otro color, temerosa de que se la sorprenda en un estado fijo, ¿es posible dar nunca á color alguno un nombre conveniente, de modo que no sea posible el engaño?

TEODORO.

¿Qué medio hay, Sócrates, para determinar el color ni ninguna otra cualidad semejante, puesto que pasando sin cesar, escapa á la palabra con que se la quiere coger y precisar?

SÓCRATES.

¿Y qué diremos de las sensaciones, por ejemplo, las de la vista y la del oído? ¿Aseguraremos que subsisten en el estado de vision y de audicion?

TEODORO.

De ninguna manera, si es cierto que todo se mueve.

SÓCRATES.

Por consiguiente, estando todo en un movimiento absoluto, no debe decirse, cualquiera que sea el objeto de que se trate, que se ve ó que no se ve, que se tiene tal sensacion ó que no se tiene.

TEODORO.

No, sin duda.

SÓCRATES.

Pero la sensacion es la ciencia, hemos dicho Teetetes y yo.

TEODORO.

Es cierto.

SÓCRATES.

Cuando se nos ha preguntado qué es la ciencia, hemos respondido que es una cosa que no es ciencia, ni deja de serlo.

TEODORO.

Así parece.

SÓCRATES.

Aquí tienes nuestra respuesta perfectamente justificada, cuando para demostrar su exactitud nos hemos esforzado en probar que todo se mueve, puesto que si en efecto todo está en movimiento, resulta que las respuestas sobre cualquiera cosa son igualmente exactas, ya se diga que es *así*, ó ya que *no es así*, ó si quieres, y para no presentar á nuestros adversarios como existente nada estable, que ella se hace ó no se hace, deviene ó no deviene tal.

TEODORO.

Dices bien.

SÓCRATES.

Sí, Teodoro; salvo que me he servido de las expresiones *así* y *no así*. No es preciso usar de la palabra *así*, porque *así* lo mismo que *no así* (*ita et non ita*), como representan hasta cierto punto una cosa fija, no expresan el movimiento. Los partidarios de este sistema deben emplear otro término, y verdaderamente en su hipótesis no tienen expresion de que valerse, como no sea esta: *de ninguna manera*. Esta expresion indefinida es la más conforme con su opinion.

TEODORO.

Es, en efecto, una manera de hablar que les conviene perfectamente.

SÓCRATES.

Hémos aquí, Teodoro, libres de tu amigo; no le concedemos que todo hombre sea la medida de todas las cosas, á no ser que sea hombre hábil; y nunca confesaremos que la sensacion sea la ciencia, si partimos del supuesto de que todo está en movimiento, siempre que Teetetes no sea de otro dictámen.

TEODORO.

Está bien dicho, Sócrates. Terminada esta cuestion, estoy tambien libre de la obligacion de responderte, como

habiamos convenido, una vez que se halla terminado el exámen del sistema de Protágoras.

TEETETES.

Nada de eso, Teodoro; seguid hasta que Sócrates y tú hayais discutido la opinion de los que dicen que todo está en reposo, segun os propusisteis ántes.

TEODORO.

¿Qué? ¡Teetetes, tú, tan jóven, das lecciones de injusticia á los ancianos, enseñándoles á violar sus compromisos! Prepárate á responder á Sócrates sobre lo que resta por decir.

TEETETES.

Con mucho gusto, si Sócrates lo consiente. Hubiera oido, sin embargo, con el mayor placer lo que pensais sobre esta materia.

TEODORO.

Invitar á Sócrates á la discusion es invitar á buenos jinetes á correr en la llanura. Interrógale y quedarás satisfecho.

SÓCRATES.

No pienses, Teodoro, que voy á aceptar la invitacion de Teetetes.

TEODORO.

¿Por qué no?

SÓCRATES.

Aunque temo criticar con alguna dureza á Melito y á los demás que sostienen que todo es uno é inmóvil, lo siento ménos respecto de estos que con relacion á Parménides. Parménides me parece á la vez *respectable y temible*, sirviéndome de las palabras de Homero. Le traté siendo yo jóven y cuando él era muy anciano, y me pareció que habia en sus discursos una profundidad poco comun. Temo que no comprendamos sus palabras y que no penetremos bien su pensamiento; y más que todo, temo que las digresiones que nos vengán encima, si no las evi-

tamos, nos hagan perder de vista el objeto principal de esta discusion, que es conocer la naturaleza de la ciencia. Por otra parte, el objeto de que nos ocupamos aquí, es de una extension inmensa, y seria falta de consideracion el examinarlo de pasado; y si no le damos toda la amplitud que merece, acabaron nuestras indagaciones sobre la ciencia. Así, es preciso que no suceda lo uno ni lo otro, y vale más que, apelando á mi arte de comadron, auxilie á Teetetes á parir sus concepciones sobre la ciencia.

TEETETES.

Sea como quieres, puesto que tú eres el que mandas.

SÓCRATES.

Haz, Teetetes, la observacion siguiente sobre lo que se ha dicho. Has respondido que la sensacion y la ciencia son una misma cosa; ¿no es así?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Si te preguntaran con qué ve el hombre lo blanco y lo negro y con qué oye los sonidos agudos y graves, probablemente dirias que con los ojos y con los oidos.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Generalmente no es estrechez de espíritu el emplear los nombres y los verbos en su acepcion vulgar, y no tomarlos en todo su rigor; por el contrario, indica pequenez de alma el usar de este recurso. Sin embargo, alguna vez es necesario; y así, por ejemplo, no puedo dispensarme en este momento de descubrir en tu respuesta lo que tiene de defectuosa. Mira, en efecto, cuál es la mejor de estas dos contestaciones: el ojo es aquello con lo que vemos ó es por lo que vemos; el oido es aquello con lo que oimos ó más bien es por lo que oimos.

TEETETES.

Me parece, Sócrates, que es mejor decir los órganos *por los que* sentimos que no *con los que* sentimos.

SÓCRATES.

Efectivamente, sería extraño, querido mío, que en nosotros hubiese muchos sentidos como en los caballos de palo y que ellos no se refiriesen todos á una sola esencia, llámesela alma ó de cualquiera otro modo, con la que, valiéndonos de los sentidos como de otros tantos órganos, sentimos lo que es sensible.

TEETETES.

Me parece que debe ser así.

SÓCRATES.

La razon por la que procuro aquí la exactitud de las palabras, es porque quiero saber si en nosotros hay un solo y mismo principio, por el que sabemos, por medio de los ojos, lo que es blanco ó negro, y los demás objetos por medio de los demás sentidos; y si tú achacas cada una de estas sensaciones á los órganos del cuerpo... Pero quizá vale más que seas tú mismo el que diga todo esto, en lugar de tomarme yo este trabajo por tí. Respóndeme, pues. ¿Atribuyes al cuerpo ó á otra sustancia los órganos por los que sientes lo que es caliente, seco, ligero, dulce?

TEETETES.

Los atribuyo al cuerpo solamente.

SÓCRATES.

¿Consentirías en concederme que lo que sientes por un órgano te es imposible sentirlo por ningun otro, por ejemplo, por la vista lo que sientes por el oído, ó por el oído lo que sientes por la vista?

TEETETES.

¿Cómo no lo he de consentir?

SÓCRATES.

Luego si tienes alguna idea sobre los objetos de estos

dos sentidos, tomados en junto, no puede venirte esta idea colectiva de uno ni de otro órgano.

TEETETES.

No, sin duda.

SÓCRATES.

La primera idea que tú tienes respecto al sonido y al color, tomados en junto, es que los dos existen.

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Y que el uno es diferente del otro y semejante á sí mismo.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y que, tomados juntos, ellos son dos, y que, tomado cada uno aparte, cada cual es uno.

TEETETES.

Así lo entiendo.

SÓCRATES.

¿No te consideras en estado de examinar si son semejantes ó desemejantes entre sí?

TEETETES.

Quizá.

SÓCRATES.

¿Con el auxilio de qué órgano concibes todo esto respecto de estos dos objetos? Porque no es por el oído ni por la vista por donde puedes saber lo que tienen de comun. Hé aquí una nueva prueba de lo que decíamos. Si fuera posible examinar si uno ú otro de estos dos objetos son ó no salados, te sería fácil decirme de qué órgano te servirías para ello. No sería la vista, ni el oído, sino algun otro órgano.

TEETETES.

Sin duda sería el órgano del gusto.

SÓCRATES.

Tienes razon. ¿Pero qué facultad te da á conocer las cualidades comunes á todos estos objetos, que llamas *ser* y *no ser*, y sobre las que te pregunté ántes? ¿Qué órganos destinarás á estas percepciones, y por dónde lo que siente en nosotros percibe el sentimiento de todas estas cosas?

TEETETES.

Hablas sin duda del ser y del no ser, de la semejanza y de la desemejanza, de la identidad y de la diferencia, y tambien de la unidad y de los demás números. Y es evidente que tú me preguntas por qué órganos del cuerpo siente nuestra alma todo esto, así como lo par, lo impar y todo lo que depende de ellos.

SÓCRATES.

Perfectamente, Teetetes; eso es lo que yo quiero saber.

TEETETES.

En verdad, Sócrates, no sé qué decirte, sino que desde el principio me ha parecido que no tenemos órgano particular para esta clase de cosas como para las otras, pero que nuestra alma examina inmediatamente por sí misma lo que los objetos tienen de comun entre sí.

SÓCRATES.

Tú eres hermoso, Teetetes, y no feo como decia Teodoro, porque el que responde bien es bello y bueno. Además me has hecho un servicio, dispensándome de una larga discusion, si juzgas que hay objetos que el alma conoce por sí misma, y otros que conoce por los órganos del cuerpo. Esto, en efecto, ya lo esperaba yo de tí, y deseaba que fuese esta tu opinion.

TEETETES.

Pues bien, yo pienso como tú.

SÓCRATES.

¿En cuál de estas dos clases de objetos colocas el ser? Porque es lo más comun á todas las cosas.

TEETETES.

Le coloco en la clase de los objetos con los que el alma se pone en relacion por sí misma.

SÓCRATES.

¿Y sucede lo mismo con la semejanza y la desemejanza, con la identidad y con la diferencia?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Con lo bello, lo feo, lo bueno y lo malo?

TEETETES.

Me parece que estos objetos, sobre todo, son del número de aquellos cuya esencia examina el alma, comparando y combinando en sí misma el pasado y el presente con el porvenir.

SÓCRATES.

Detente. ¿El alma no sentirá por el tacto la dureza de lo que es duro y la blandura de lo que es blando?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero, por lo que hace á su esencia, á su naturaleza, á su oposicion y á la naturaleza de esta oposicion, ¿ensaya el alma juzgarlas por sí misma, despues de repetidos esfuerzos y de confrontar las unas con las otras?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

La naturaleza ha dado á los hombres y á las bestias, desde el acto de nacer, el sentimiento de ciertas afecciones que pasan al alma por los órganos del cuerpo; mientras que las reflexiones sobre estas afecciones, su esencia y su utilidad, no vienen ó no se presentan sino á la larga y con mucho trabajo mediante los cuidados y estudio de las personas en cuya alma se forman.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

¿Es posible que el que no descubra la esencia, descubra la verdad?

TEETETES.

No.

SÓCRATES.

¿Se obtendrá la ciencia cuando se ignora la verdad?

TEETETES.

¿Cómo? Sócrates.

SÓCRATES.

La ciencia no reside en las sensaciones sino en el razonamiento sobre las sensaciones, puesto que, según parece, sólo por el razonamiento se puede descubrir la ciencia y la verdad, y es imposible conseguirlo por otro rumbo.

TEETETES.

Así parece.

SÓCRATES.

¿Dirás que lo uno y lo otro son una misma cosa, cuando hay entre ellas una gran diferencia?

TEETETES.

Eso no sería exacto.

SÓCRATES.

¿Qué nombre das á estas afecciones, ver, oír, olfatear, resfriarse, calentarse?

TEETETES.

A todo esto lo llamo sentir, porque ¿qué otro nombre puede tener?

SÓCRATES.

Comprendes todo esto bajo el nombre genérico de sensación.

TEETETES.

Así es.

SÓCRATES.

Sensacion, que, como decimos, no puede descubrir la verdad, porque no afecta á la esencia.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Ni tampoco, por consiguiente, á la ciencia.

TEETETES.

Tampoco.

SÓCRATES.

La sensacion y la ciencia ¿no podrian ser una misma cosa? Teetetes.

TEETETES.

Parece que no.

SÓCRATES.

Ahora, sobre todo, es cuando vemos con la mayor evidencia, que la ciencia es una cosa distinta que la sensacion. Es cierto que hemos comenzado esta conversacion con el propósito de descubrir, no lo que no es la ciencia, sino lo que ella es. Sin embargo, estamos bastante adelantados en este descubrimiento, para no buscar la ciencia en la sensacion, sino en el nombre que se da al alma, cuando considera ella misma los objetos.

TEETETES.

Me parece, Sócrates, que este nombre de que hablas, es el juicio.

SÓCRATES.

Tienes razon, mi querido amigo; mira, pues, de nuevo, despues que hayas borrado de tu espíritu todas las ideas precedentes, si en el punto en que estás ahora se te muestran las cosas más claramente, y dime otra vez qué es la ciencia:

TEETETES.

No es posible, Sócrates, decir que es toda clase de juicios, puesto que los hay falsos; pero me parece que el

juicio verdadero es la ciencia, y esta es mi respuesta. Si discurriendo más, descubrimos, como sucedió ántes, que no es esto cierto, trataremos de decir otra cosa.

SÓCRATES.

Vale más, Teetetes, explicarse así, con resolución, que no con la timidez con que lo hacías al principio. Porque si continuamos, sucederá una de dos cosas: ó encontramos lo que buscamos, ó creeremos ménos que sabemos lo que no sabemos, lo cual no es una ventaja despreciable. Ahora, qué es lo que dices? ¿Que hay dos especies de juicio, el uno verdadero, el otro falso, y que la ciencia es el juicio verdadero?

TEETETES.

Sí, es mi opinion por ahora.

SÓCRATES.

¿No es conveniente decir algo sobre el juicio?

TEETETES.

¿Qué dices?

SÓCRATES.

Que es una cuestion que me turba, y no por primera vez; de suerte, que yo enfrente de mí mismo y de los demás, me he visto en el mayor embarazo, no pudiendo explicar lo que es este fenómeno y de qué manera se forma en nosotros.

TEETETES.

¿Qué fenómeno?

SÓCRATES.

El juicio falso. Estoy pensando en este momento y dudo, si dejaremos á parte este punto, ó si le discutiremos en distinta forma que en la que lo hemos hecho ántes.

TEETETES.

¿Por qué no? Sócrates; discutámoslo, aunque te parezca poco necesario. Deciais con razon, no hace un momento, Teodoro y tú, hablando de lo que se prolongaba

la discusion, que nunca debemos apurarnos al tratar semejantes materias.

SÓCRATES.

Has recordado este hecho muy oportunamente. Quizá no haremos mal en volver en cierta manera atrás; porque vale más profundizar pocas cosas, que recorrer muchas de un modo insuficiente.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pues bien, ¿qué diremos? ¿Que es muy comun formar juicios falsos, que los hombres juzgan tan pronto falsa como verdaderamente, y que tal es la naturaleza de las cosas?

TEETETES.

Así lo decimos.

SÓCRATES.

Con relacion á todos los objetos juntos ó á cada objeto en particular, ¿no es para nosotros una necesidad saber ó no saber? No hablo aquí de lo que se llama aprender y olvidar, como término medio entre saber é ignorar, porque esto nada importa á la discusion presente.

TEETETES.

Siendo así, Sócrates, no queda otro partido, respecto de cada objeto, que ó conocerlo ó ignorarlo.

SÓCRATES.

Cuando se juzga, ¿es necesario juzgar sobre lo que se sabe y sobre lo que no se sabe?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Es imposible que, sabiendo una cosa, no se la sepa, ó que, no sabiéndola, se la sepa.

TEETETES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Cuando se juzga falsamente sobre lo que se sabe, se imagina uno que la cosa, que se sabe, no es tal cosa, sino otra, que se sabe también, de suerte que, conociéndolas ambas, ambas al mismo tiempo son ignoradas?

TEETETES.

Eso no puede suceder, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Se figura uno que aquello, que no se sabe, es otra cosa que tampoco se sabe, y puede suceder que un hombre, que no conoce ni á Teetetes ni á Sócrates, crea que Sócrates es Teetetes ó que Teetetes es Sócrates?

TEETETES.

¿Cómo puede ser eso?

SÓCRATES.

Tampoco nos imaginamos que aquello, que se sabe, es lo mismo que se ignora, y aquello que se ignora es lo mismo que se sabe.

TEETETES.

Eso sería prodigioso.

SÓCRATES.

¿Cómo se formaría un juicio falso, ya que el juicio no puede tener lugar fuera de los casos que acabo de decir, puesto que todo está comprendido en lo que sabemos ó no sabemos, y que en todos estos casos nos parece imposible el juzgar falsamente?

TEETETES.

Nada más cierto.

SÓCRATES.

Quizá no convenga examinar lo que buscamos bajo el punto de vista de la ciencia y de la ignorancia, sino bajo el punto de vista del ser y del no ser.

TEETETES.

¿Qué dices?

SÓCRATES.

¿No podría sentarse, como verdad absoluta, que el que juzgue sobre una cosa, que no existe, hace un juicio necesariamente falso, piense lo que quiera su espíritu?

TEETETES.

Así parece, Sócrates.

SÓCRATES.

Qué diremos, Teetetes, si se nos pregunta, como puede hacerlo todo el mundo, lo siguiente: ¿qué hombre juzgará sobre lo que no existe, ya sea un objeto real ó ya un sér abstracto? Responderemos á esto, á mi parecer, que está en este caso aquel que no juzga segun la verdad; porque no cabe otra respuesta.

TEETETES.

Ninguna otra.

SÓCRATES.

¿Pero tiene lugar esto en cualquiera otro caso?

TEETETES.

¿Cuándo?

SÓCRATES.

¿Puede darse el caso de que se vea alguna cosa, y que aquello, que se ve, no sea nada?

TEETETES.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Cuando se ve un objeto, ¿aquello que se ve es alguna cosa real, ó piensas que aquello, que es alguna cosa, no es nada?

TEETETES.

De ninguna manera.

SÓCRATES.

Aquel, que ve una cosa, ¿ve una cosa que existe?

TEETETES.

Me parece que sí.

SÓCRATES.

¿Y aquel que oye una cosa, oye una cosa, y, por consiguiente, una cosa que existe?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

En igual forma, el que toca una cosa, ¿toca un objeto que existe, puesto que es alguna cosa?

TEETETES.

Es cierto igualmente.

SÓCRATES.

Y el que juzga ¿no lo hace sobre un objeto?

TEETETES.

Necesariamente.

SÓCRATES.

Y juzgando sobre algun objeto, ¿no juzga sobre algo que existe?

TEETETES.

Lo concedo.

SÓCRATES.

Luego el que juzga sobre lo que no existe, no juzga nada

TEETETES.

Parece que sí.

SÓCRATES.

Y juzgar de nada es no juzgar absolutamente.

TEETETES.

Parece evidente.

SÓCRATES.

Luego no es posible juzgar ni sobre lo que no existe, ni sobre un objeto real, ni sobre un sér abstracto.

TEETETES.

Parece que no.

SÓCRATES.

Juzgar falsamente no es, pues, otra cosa, que juzgar sobre lo que no existe.

TEETETES.

Al parecer.

SÓCRATES.

Así, pues, el juicio falso no se forma en nosotros de esta manera, ni de la manera que ántes expusimos.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Pero veamos si se forma de esta otra manera.

TEETETES.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Llamamos juicio falso todo yerro de cierto género en que incurrimos cuando, tomando un objeto real por otro objeto real, se afirma que tal objeto es tal otro. De esta manera se juzga siempre sobre lo que existe, pero tomando una cosa por otra; y puede decirse con razon que cuando falta el verdadero objeto que se considera, el juicio es falso.

TEETETES.

Eso me parece muy bien dicho, porque cuando se tiene una cosa fea por bella, ó una bella por fea, entónces es cuando verdaderamente el juicio es falso.

SÓCRATES.

Se ve claramente, Teetetes, que ni me consideras, ni me temes.

TEETETES.

¿Por qué?

SÓCRATES.

Porque no crees, á lo que parece, que yo no dejaré pasar esta expresion, *verdaderamente falso*, preguntándote si es posible que lo que es rápido se haga con lentud, lo que es ligero con pesadez, y cualquier otra cosa, no segun su naturaleza, sino segun la de su contraria y en oposicion consigo mismo. Pero dejo esta objecion para

que no decaiga la confianza que me muestras. ¿Crees, como dices, que juzgar falsamente es tomar una cosa por otra?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Podemos, según tu opinión, representarnos por el pensamiento un objeto como siendo otro que el que realmente es, y no tal como es.

TEETETES.

Si podemos.

SÓCRATES.

Cuando se cae en semejante error, ¿es una necesidad que se tengan presentes en el pensamiento uno y otro objeto ó uno de los dos?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Los dos á la vez ó uno despues del otro.

TEETETES.

Muy bien.

SÓCRATES.

¿Entiendes tú por pensar lo mismo que yo?

TEETETES.

¿Qué entiendes por pensar?

SÓCRATES.

Un discurso que el alma se dirige á sí misma sobre los objetos que considera. Me explico como un hombre, que no sabe muy bien aquello de que habla, pero me parece que el alma, cuando piensa, no hace otra cosa que conversar consigo misma, interrogando y respondiendo, afirmando y negando; y que cuando se ha resuelto, sea más ó ménos pronto y ha dicho su pensamiento sobre un objeto sin permanecer más en duda, en esto consiste el juicio. Así, pues, juzgar, en mi concepto, es hablar, y

la opinion es un discurso pronunciado, no á otro, ni de viva voz, sino en silencio y á sí mismo. ¿Qué dices tú?

TEETETES.

Lo mismo.

SÓCRATES.

Cuando se juzga que una cosa es otra, á mi parecer, se dice uno á sí mismo que tal cosa es tal otra.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Recuerda si alguna vez te has dicho á tí mismo que lo bello es feo, ó lo injusto justo; y para decirlo en una palabra, mira si has intentado nunca persuadirte de que una cosa es otra; ó si, por el contrario, jamás te ha venido á las mientes, ni en sueños, que el impar es ciertamente el par ó cosa semejante.

TEETETES.

Nunca.

SÓCRATES.

¿Piensas que cualquiera otro, que tenga sentido comun ó aunque esté demente, haya intentado decirse y probarse sériamente á sí mismo que un caballo es de toda necesidad un buey, ó que dos son uno?

TEETETES.

No, seguramente.

SÓCRATES.

Si, pues, juzgar es hablarse á sí mismo, nadie, hablando y juzgando sobre dos objetos y abrazando ambos por el pensamiento, dirá ni juzgará que el uno es el otro. Es preciso abandonar esta teoría á tu propio juicio, porque no temo decir que nadie juzgará que lo feo es bello, ni otra cosa semejante.

TEETETES.

Tambien la abandono yo, Sócrates, y me adhiero á tu opinion.

SÓCRATES.

Es imposible que, juzgando sobre dos objetos, se juzgue que el uno sea el otro.

TEETETES.

Así me parece.

SÓCRATES.

Pero si el juicio sólo recae sobre uno de los dos y no sobre el otro, nunca se juzgará que el uno sea el otro.

TEETETES.

Dices verdad, porque sería preciso en este caso que se abrazara por el pensamiento el objeto mismo, que no se juzgaría.

SÓCRATES.

Por consiguiente, no puede suceder que se juzgue que una cosa es otra, ni cuando se juzga sobre ambas, ni cuando se juzga sobre una de las dos. Así es, que definir el juicio falso diciendo que es el juicio de una cosa por otra, es no decir nada, y no parece que por este camino, ni por los precedentes, podamos formar juicios falsos.

TEETETES.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

Sin embargo, Teetetes, si no reconociésemos que existen juicios falsos, nos veríamos precisados á admitir una multitud de absurdos.

TEETETES.

¿Qué absurdos?

SÓCRATES.

Te los diré, cuando hayamos considerado la cosa bajo todas sus fases, porque sería vergonzoso para tí y para mí, si en el conflicto en que estamos nos viésemos reducidos á admitir lo que yo quiero decir. Pero si llegamos á descubrir lo que buscamos y á estar fuera de todo peligro, entónces, no pudiendo temer ya que nos pongamos en ridículo, hablaré de esos absurdos como de un incon-

veniente con que tropiezan otras personas. Por el contrario, si no aclaramos nuestras dudas, creo que nos colocaremos en una triste posición y á merced del razonamiento, para vernos batidos y tener que pasar por todo lo que éste quiera; nos encontraremos en una situación análoga á la de los mareados. Escucha, pues, el recurso, que encuentro aún para salir de esta cuestión.

TEETETES.

Habla, pues.

SOCRATES.

No creo que hayamos hecho bien en conceder que es imposible creer que lo que se sabe sea lo mismo que lo que no se sabe y que engañarse, sino que sostengo que, bajo ciertos puntos de vista, esto puede suceder.

TEETETES.

¿Has tenido presente lo que yo he sospechado cuando hacíamos esa confesión, á saber: que algunas veces, conociendo á Sócrates y viendo de lejos una persona que no conocía, le he tomado por Sócrates, á quien yo conozco? Aquí tienes el caso que acabas de proponer.

SOCRATES.

¿No hemos renunciado á esta idea, puesto que resultaba que no sabíamos lo que sabemos?

TEETETES.

Sí.

SOCRATES.

No hablemos más de esto, sino del siguiente modo, y quizá todo nos saldrá perfectamente, si bien también así podremos encontrar obstáculos. Pero estamos en una situación crítica, en la que es una necesidad para nosotros examinar los objetos por todos lados, para penetrar la verdad. Mira si lo que te digo es fundado; ¿es posible que, no sabiendo una cosa ántes, se la aprenda despues?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Después una segunda cosa y luego una tercera?

TEETETES.

¿Por qué no?

SÓCRATES.

Supon conmigo, siguiendo nuestra conversacion, que hay en nuestras almas planchas de cera, más grandes en unos, más pequeñas en otros; de una cera más pura en éste, ménos en aquel, demasiado dura ó demasiado blanda en algunos y un término medio en otros.

TEETETES.

Lo supongo.

SÓCRATES.

Decimos que estas planchas son un don de Mnemosina, madre de las musas, y que marcamos en ellas como con un sello la impresion de aquello de que queremos acordarnos entre todas las cosas que hemos visto, oído ó pensado por nosotros mismos, estando ellas dispuestas siempre á recibir nuestras sensaciones y reflexiones; que conservamos el recuerdo y el conocimiento de lo que está en ellas grabado, en tanto que la imágen subsiste; y que cuando se borra ó no es posible que se verifique esta impresion, lo olvidamos y no lo sabemos.

TEETETES.

Sea así.

SÓCRATES.

Cuando se ven ó se escuchan cosas que se conocen, y se fija la consideracion en alguna de ellas, mira si se puede entónces formar un juicio falso.

TEETETES.

¿De qué manera?

SÓCRATES.

Imaginándose, que lo que se sabe es tan pronto aquello que se sabe, como aquello que no se sabe; porque ha sido un error nuestro el haber concedido ántes que esto es imposible.

TEETETES.

¿Cómo lo entiendes ahora?

SÓCRATES.

Hé aquí lo que es preciso decir sobre esta materia, tomando las cosas desde su principio. Es imposible que lo que se sabe, cuya impresion se conserva en el alma, y que no se siente actualmente, imaginemos que es alguna otra cosa que se sabe, cuya impresion se tiene tambien y que no se siente; y asimismo que aquello que se sabe es otra cosa que no se sabe y de la que no se tiene impresion; y tambien que aquello que no se sabe es otra cosa que tampoco se sabe; y aquello que se siente, otra cosa que tambien se siente; y aquello que se siente, otra cosa que no se siente; y aquello que no se siente, otra cosa que tampoco se siente; y aquello que no se siente otra cosa que se siente. Es aún más imposible, si cabe, figurarse que lo que se sabe y se siente, cuya impresion tenemos en el alma por la sensacion, es alguna otra cosa que se sabe y que se siente, y cuya impresion tenemos igualmente por la sensacion. Es igualmente imposible que aquello que se sabe, aquello que se siente, cuya imágen conservamos grabada en la memoria, imaginemos que es alguna otra cosa que se sabe; y tambien que aquello que se sabe, que se siente y cuyo recuerdo se guarda, es otra cosa que se siente; y que aquello que no se sabe, ni se siente, es otra cosa que no se sabe, ni se siente igualmente; y aquello que no se sabe, ni se siente, otra cosa que no se sabe; y aquello que no se sabe ni se siente, otra cosa que no se siente. Es de toda imposibilidad que en todos estos casos se forme un juicio falso. Si el juicio, pues, tiene lugar en alguna parte, será en los casos siguientes.

TEETETES.

¿En qué casos? Quizá comprenderé mejor por este me-

dio lo que dices; porque en lo anterior apenas he podido seguirte.

SÓCRATES.

En estos. Con relacion á aquello que se sabe, cuando imaginamos que es alguna otra cosa que se sabe y que se siente, ó que no se sabe, pero que se siente; ó con relacion á lo que se sabe y se siente cuando se toma por otra cosa que se sabe é igualmente se siente.

TEETETES.

Ahora te comprendo ménos que ántes.

SÓCRATES.

Escucha lo mismo con más claridad. ¿No es cierto que, conociendo á Teodoro y teniendo en mí el recuerdo de su figura, y conociendo lo mismo á Teetetes, unas veces los veo, otras no los veo, tan pronto los toco como no los toco, los oigo, y experimento otras sensaciones con ocasion de ellos? ó bien no tengo absolutamente ninguna, pero no por eso dejo de acordarme de ellos y de tener conciencia de este recuerdo?

TEETETES.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

De todo lo que quiero explicarte, concibe por el pronto lo siguiente: que es posible que no se sienta lo que se sabe é igualmente que se sienta.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

¿No sucede igualmente respecto de lo que no se sabe, que muchas veces no se siente, y muchas se siente y nada más?

TEETETES.

Tambien es cierto.

SÓCRATES.

Ahora, mira si te será más fácil seguirme. Sócrates

conoce á Teodoro y á Teetetes, pero no ve ni al uno ni al otro, y no tiene ninguna otra sensacion respecto de ellos. En este caso nunca formará en sí mismo este juicio: que Teetetes es Teodoro. ¿Tengo razon ó nó?

TEETETES.

Tienes razon.

SÓCRATES.

Tal es el primer caso de que he hablado.

TEETETES.

En efecto, es el primero.

SÓCRATES.

El segundo es que, conociendo á uno de vosotros dos y no conociendo al otro y no teniendo por otra parte ninguna sensacion ni del uno ni del otro, no me figuraré jamás, que aquel que yo conozco es el otro que yo no conozco.

TEETETES.

Muy bien.

SÓCRATES.

El tercero es que no conociendo ni sintiendo el uno ni el otro, no pensaré nunca que el uno, que no me es conocido, es el otro, que tampoco conozco. En una palabra, imagínate oír de nuevo todos los casos que he propuesto en primer lugar, en los cuales jamás formaré un juicio falso sobre tí, ni sobre Teodoro; ya os conozca ó no os conozca á ambos, ya conozca al uno y no al otro. Lo mismo sucede respecto á las sensaciones. ¿Me comprendes?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Resta, por consiguiente, formar juicios falsos en el caso en que, conociéndoos á tí y á Teodoro, y teniendo vuestras facciones grabadas sobre las citadas planchas de cera, viéndoos á ambos de lejos, sin distingueros suficientemente, me esfuerce yo en aplicar la imágen del uno y del

otro á la vision que le es propia, adaptando y ajustando esta vision sobre las huellas que ella me ha dejado, á fin de que el reconocimiento tenga lugar; y cuando en seguida, engañándome en este punto y tomando el uno por el otro, como sucede á los que ponen el zapato de un pié en el otro pié, yo aplico la vision del uno y del otro á la fisonomía que no es la suya, ó cuando caigo en el error, experimentando lo mismo que cuando se mira en un espejo, donde lo que está á la derecha aparece á la izquierda; entónces sucede que se toma una cosa por otra, y se forma un juicio falso.

TEETETES.

Esta comparacion, Sócrates, conviene admirablemente á lo que pasa en el juicio.

SÓCRATES.

Lo mismo acontece cuando, conociéndoos á los dos, tengo, además de esto, la sensacion del uno y no del otro y no tengo conocimiento de este otro por la sensacion, que es lo que yo decia ántes, y que entónces no me comprendiste.

TEETETES.

Verdaderamente no.

SÓCRATES.

Decia, pues, que conociendo una persona, sintiéndola, y teniendo conocimiento de ella por la sensacion, jamás nos imaginaremos que es otra persona que ya se conoce, que se siente, y de la que se tiene igualmente un conocimiento distinto por la sensacion. Esto es lo mismo que yo decia, y que no entendiste.

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Queda el caso de que voy á hablar ahora. Decimos que el juicio falso tiene lugar cuando, conociendo estas dos personas y viendo la una y la otra, ó teniendo cualquiera

otra sensacion de ambas, yo no achaco la imágen de cada una á la sensacion que tengo de ella, y semejante á un tirador poco diestro, no doy en el blanco, y que esto es lo que se llama errar.

TEETETES.

Con razon.

SÓCRATES.

Por consiguiente, cuando teniendo la sensacion de los signos del uno y no de los signos del otro, se aplica á la sensacion presente lo que pertenece á la sensacion ausente, el pensamiento en este caso yerra absolutamente. En una palabra, si lo que decimos aquí es racional, no parece que pueda haber engaño, ni formar un juicio falso sobre lo que jamás ha sido conocido, ni sentido; y el juicio falso ó verdadero gira y se mueve en cierta manera en los límites de lo que sabemos y de lo que sentimos; es juicio verdadero, cuando aplica é imprime á cada objeto directamente las señales que le son propias; y falso, cuando las aplica de soslayo y oblicuamente.

TEETETES.

Dices bien, Sócrates.

SÓCRATES.

Aún estarias más conforme despues de haber oido lo que sigue. Porque es muy bueno formar juicios verdaderos, y vergonzoso formarlos falsos.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Hé aquí cuál es la causa. Cuando la cera que se tiene en el alma es profunda, grande en cantidad, bien unida y bien preparada, los objetos que entran por los sentidos y se graban en este corazon del alma, como le ha llamado Homero, designando así de una manera simulada su semejanza con la cera, dejan allí huellas distintas de una profundidad suficiente, y que se conservan largo tiempo.

Los que están en este caso tienen la ventaja, en primer lugar, de aprender fácilmente; en segundo, de retener lo que han aprendido, y en fin, la de no confundir los signos de las sensaciones y formar juicios verdaderos. Porque como estos signos son claros y están colocados en un lugar espacioso, aplican con prontitud cada uno á su sello, es decir, á los objetos reales; y á estos se da el nombre de sabios. ¿No eres de este parecer?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Por el contrario, cuando este corazón está cubierto de pelo, (lo cual alaba el muy sabio Homero) ó la cera es impura y llena de suciedad, ó es demasiado blanda ó demasiado dura; por de pronto, los que la tienen demasiado blanda aprenden fácilmente, pero olvidan lo mismo, que es lo contrario de lo que sucede á los que la tienen demasiado dura. En cuanto á las personas, cuya cera está cubierta de pelo, es áspera y en cierta manera petrosa ó mezclada de tierra y cieno, el signo de los objetos no es limpio en ellas; tampoco lo es en aquellos que tienen la cera demasiado dura, porque no hay profundidad; ni en aquellos que la tienen demasiado blanda, porque, confundiendo las huellas, se hacen bien pronto oscuras. Méenos claros son, cuando además de esto se tiene un alma pequeña, pues que, siendo estrecho el local, los signos se mezclan los unos con los otros. Todos estos están en situación de formar juicios falsos. Porque cuando ven, oyen ó imaginan alguna cosa, no pudiendo aplicar en el acto cada objeto á su signo, son lentos, atribuyen á un objeto lo que corresponde á otro, y generalmente ven, oyen y conciben caprichosamente. Y así se dice de ellos que se engañan y que son unos ignorantes.

TEETETES.

No es posible hablar mejor, Sócrates.

SÓCRATES.

Y bien, ¿diremos que se dan en nosotros juicios falsos?

TEETETES.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿Y juicios verdaderos?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Consideraremos ya como punto suficientemente probado que hay estos dos juicios?

TEETETES.

Sí; ya está bien decidido.

SÓCRATES.

En verdad, Teetetes, es preciso convenir en que un hombre hablador es un sér muy importuno y fastidioso.

TEETETES.

¡Cómo! ¿A qué viene eso?

SÓCRATES.

Porque yo estoy de mal humor con mi pobre inteligencia, ó á decir verdad, contra mi charlatanismo; porque, ¿qué otro término se puede emplear cuando un hombre por estupidez provoca la conversacion por arriba y por abajo, no se da nunca por convencido y no abandona el asunto sino con una extrema dificultad?

TEETETES.

¿Qué es lo que tanto te incomoda?

SÓCRATES.

No sólo estoy incomodado, sino que temo no saber qué responder, si se me pregunta: Sócrates ¿has averiguado que el juicio falso no se encuentra en las sensaciones comparadas entre sí, ni en los pensamientos, sino en el concurso de la sensacion y del pensamiento? Yo le diré que sí, me parece, lisonjeándome de esto como de un magnífico descubrimiento.

TEETETES.

A mí, Sócrates, me parece que la demostracion, que acabamos de hacer, no es de desechar.

SÓCRATES.

Pero tú dices, replicará él, que conociendo un hombre por el pensamiento solamente y no viéndole, es imposible que se le tome por un caballo, que no se ve, que no se toca, y que no se conoce por ninguna otra sensacion, sino únicamente por el pensamiento. Yo le responderé que esto es verdad.

TEETETES.

Con razon.

SÓCRATES.

Pero, proseguirá él, ¿no se sigue de aquí, que no se tomará nunca el número once, que sólo se conoce por el pensamiento, por el número doce, que igualmente es sólo conocido por el pensamiento? Vamos, responde á esto, Teetetes.

TEETETES.

Responderé que, respecto de los números que se ven y que se tocan, se puede tomar once por doce, pero nunca diré esto con respecto á los números, que están en el pensamiento.

SÓCRATES.

¡Qué! ¿Crees tú que nadie se ha propuesto examinar en sí mismo los números cinco y siete? No digo cinco hombres, siete hombres, ni nada que á esto se parezca, sino los números cinco y siete, que están grabados como un monumento sobre las planchas de cera de que hablamos, no siendo posible que se juzgue falsamente respecto de ellos. ¿No ha sucedido que, reflexionando sobre estos dos números y hablando consigo mismo y preguntándose cuánto suman, el uno ha respondido que once y lo ha creído así, y el otro que doce? ¿Ó bien todos dicen y piensan que suman doce?

TEETETES.

No ciertamente; muchos creen que suman once; y aún se engañarían más, si examinaran un número mayor, porque presumo que hablas aquí de toda especie de números.

SÓCRATES.

Adivinas bien; y mira si en este caso no es el número abstracto doce el que se toma por once; ó si esto se verifica respecto de otros números.

TEETETES.

Así parece.

SÓCRATES.

Hé aquí, por consiguiente, que hemos entrado donde decíamos ántes. Porque el que está en este caso, se imagina que lo que él conoce es otra cosa que él conoce igualmente; lo cual hemos dicho que es imposible, y de donde hemos concluido, como necesario, que no hay juicio falso, para no vernos precisados á conceder que el mismo hombre sabe y no sabe al mismo tiempo la misma cosa.

TEETETES.

Nada más cierto.

SÓCRATES.

Así, es preciso decir que el juicio falso es otra cosa que el error, que resulta del concurso del pensamiento y de la sensación. Porque si esto fuera así, nunca nos engañaríamos cuándo sólo se tratase de pensamientos. Por esto, ó no hay juicio falso, ó puede suceder que no se sepa lo que se sabe. ¿Cuál de estos dos extremos escoges?

TEETETES.

Me propones una eleccion muy embarazosa, Sócrates.

SÓCRATES.

No pueden dejarse á un tiempo subsistentes estas dos cosas. Pero puesto que estamos dispuestos á atrevernos á todo, si llegáramos á perder todo pudor...

TEETETES

Cómo?

SÓCRATES.

Intentando explicar lo que es saber.

TEETETES.

¿Qué impudencia habria en eso?

SÓCRATES.

Me parece que no reflexionas que toda nuestra discusion tiene por objeto, desde el principio, la indagacion de la ciencia, como si fuera para nosotros una cosa desconocida.

TEETETES.

Verdaderamente me haces reflexionar.

SÓCRATES.

¿Y no adviertes que es una impudencia explicar lo que es el saber, cuando no se conoce lo que es la ciencia? Pero, Teetetes, despues de tanto hablar, nuestra conversacion es un hormiguero de defectos. Hemos empleado una infinidad de veces estas expresiones: conocemos, no conocemos, sabemos, no sabemos, como si nos entendiéramos uno á otro, mientras que ignoramos aún lo que es la ciencia; y para darte una nueva prueba de ello, te haré notar que en este momento mismo nos servimos de las palabras ignorar y comprender, como si nos fuese permitido usarlas, estando privados de la ciencia.

TEETETES.

¿Cómo podrás conversar, Sócrates, si te abstienes de usar estas expresiones?

SÓCRATES.

De ninguna manera, mientras yo sea quien soy. Es cierto, por lo ménos, que si yo fuese un disputador ó se encontrase aquí alguno, me miraria y mediria con el mayor cuidado las palabras de que me sirvo. Pero, puesto que nosotros somos unos pobres discursistas, ¿quieres que me atreva á explicarte lo que es saber? Creo que esto nos permitirá avanzar algun tanto.

TEETETES.

Atrévete, ¡por Júpiter! Te perdonaremos fácilmente que te sirvas de estas expresiones.

SÓCRATES.

¿Has oído cómo se define hoy día el saber?

TEETETES.

Quizá; pero no me acuerdo en este momento.

SÓCRATES.

Se dice que saber es tener ciencia.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Para nuestro gobierno, hagamos un ligero cambio en esta definición, y digamos qué es poseer la ciencia.

TEETETES.

¿Qué diferencia encuentras entre lo uno y lo otro?

SÓCRATES.

Quizá no hay ninguna. Escucha, sin embargo, y juzga conmigo la que yo creo que hay.

TEETETES.

Si es que soy capaz.

SÓCRATES.

Me parece que poseer no es lo mismo que tener. Por ejemplo, si habiendo comprado alguno un traje y siendo dueño de él, no lo usa, no diremos que lo tiene, sino solamente que lo posee.

TEETETES.

Es verdad.

SÓCRATES.

Mira si, con relacion á la ciencia, es posible que se la posea sin tenerla; sucede lo mismo que, si habiendo cogido en la caza aves salvajes, como palomas bravías ú otra especie semejante, se las encerrase en un palomar que se tuviese en casa. En efecto, diríamos que en cierto

concepto se tienen siempre estas palomas, porque es uno poseedor de ellas. ¿No es así?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Y en otro concepto, que no se tiene ninguna, pero que como se las tiene encerradas en un recinto de que es uno dueño, se puede coger ó tener la que se quiera y siempre que se quiera, y en seguida soltarla; lo cual se puede repetir cuantas veces á uno se le antoje.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Lo mismo que supusimos ántes en las almas aquello de las planchas de cera, formemos ahora en cada alma una especie de palomar de toda clase de aves, éstas que viven en bandadas y separadas de las otras, aquellas reunidas también, pero en pequeños bandos, y otras solitarias y volando á la aventura entre las demás.

TEETETES.

Ya está formado el palomar. ¿A dónde quieres ir ahora?

SÓCRATES.

En la infancia, es preciso considerarlo como vacío, y en lugar de pájaros imaginarse ciencias. Cuando uno, dueño y poseedor de una ciencia, la ha encerrado en este recinto, puede decirse que la ha cogido y que ha encontrado la cosa, de que es la ciencia, y que esto es saber.

TEETETES.

Sea así.

SÓCRATES.

Ahora, si se quiere ir á caza de alguna de estas ciencias, cogerla, tenerla y soltarla en seguida; mira de qué nombres es preciso valerse para expresar todo esto; si de los mismos de que uno se servía ántes, cuando era poseedor

de estas ciencias, ó si de otros nombres. El ejemplo siguiente te hará comprender mejor lo que quiero decir. ¿No hay un arte que llamas aritmética?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Figúrate que se trata de cazar las ciencias de todos los números, sean pares ó impares.

TEETETES.

Ya me lo figuro.

SÓCRATES.

Mediante este arte tiene uno en su poder las ciencias de los números, y las pasa, si quiere, á manos de otro.

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Poner estas ciencias en otras manos es lo que llamamos enseñar; recibirlas, es aprender. Tenerlas, en tanto que se está en posesion de ellas en el palomar de que he hablado, se llama saber.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Estáme atento á lo que sigue. El perfecto aritmético ¿no sabe todos los números, puesto que tiene en su alma la ciencia de todos?

TEETETES.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿Este hombre no calcula algunas veces en sí mismo los números que tiene en su cabeza ó ciertos objetos exteriores capaces de ser contados?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Calcular, segun nosotros, ¿es otra cosa que examinar cuál es la cantidad de un número?

TEETETES.

Es lo mismo.

SÓCRATES.

Resulta, pues, que examina lo que sabe, como si no lo supiese, y esto lo hace el mismo que, segun hemos dicho, sabe todos los números. ¿Te haces cargo de cómo se proponen algunas veces dificultades de esta naturaleza?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Así, pues, comparando esto á la posesion y á la caza de las palomas, diremos que esta caza es de dos clases: la una ántes de poseer con la mira de poseer; y la otra cuando es uno ya poseedor, para coger y tener en sus manos lo que hacia mucho tiempo que poseia. Lo mismo pueden aprenderse de nuevo las cosas pertenecientes á ciencias que ya se tenian en sí mismo tiempo ántes, y que se sabian por haberlas aprendido trayéndolas á la memoria y apoderándose de la ciencia de cada objeto, ciencia de que se estaba ya en posesion, pero que no se tenia presente en el pensamiento.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Te preguntaba ántes de qué expresiones es preciso servirse en estos casos, en que un aritmético se dispone á calcular y un gramático á leer. ¿Se dirá que, sabiendo de lo que se trata, van á aprender de nuevo de sí mismos lo que saben?

TEETETES.

Eso seria un absurdo, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Diremos que van á leer ó contar lo que no saben , despues de haber concedido al uno la ciencia de todas las letras y al otro la de todos los números?

TEETETES.

No es ménos absurdo eso.

SÓCRATES.

¿Quieres tú que digamos que nos importa poco de qué nombres habremos de servirnos, para expresar lo que se entiende por saber y aprender? ¿Y que habiendo quedado sentado que una cosa es poseer una ciencia y otra tenerla, sostenemos que es imposible que no se posea lo que se posee, y por consiguiente que no se sepa lo que se sabe; que, sin embargo, puede suceder que sobre esto mismo se juzgue mal, porque seria posible tomar una falsa ciencia por la verdadera en el acto en que queriendo cazar alguna de las ciencias que se posee, y estando todas revueltas, se pierde el tino y se coge al vuelo una por otra; así como cuando se cree que once es la misma voz que doce , se toma la ciencia de once por la de doce , como si se tomase una tórtola por un palomo?

TEETETES.

Esa explicacion parece verosímil.

SÓCRATES.

Pero si se pone la mano sobre la que se quiere coger, entónces no hay engaño y se juzga lo que realmente es; y podemos decir que esto es lo que hace que un juicio sea verdadero ó falso, y que las dificultades, que tanto nos atormentaban há poco, no nos inquietan ya. ¿Eres tú de mi parecer ó sigues otro?

TEETETES.

Ningun otro.

SÓCRATES.

En efecto, nos vemos ya desembarazados de la objecion de que no se sabe lo que se sabe, puesto que no puede

suceder en manera alguna que no se posea lo que se posee, equivoquémonos ó nó acerca de cualquiera objeto. Me parece, sin embargo, que de aquí resulta un inconveniente más grave aún.

TEETETES.

¿Cuál es?

SÓCRATES.

Si se tiene por juicio falso la equivocacion en materia de ciencia.

TEETETES.

¿Cómo?

SÓCRATES.

En primer lugar, porque teniendo la ciencia de un objeto, se ignoraria este objeto, no por ignorancia, sino por la ciencia misma que se posee. En segundo, porque se juzgaria que este objeto es otro, y que otro es aquel. ¿No es un gran absurdo que en presencia de la ciencia el alma no conozca nada é ignore todas las cosas? En efecto, nada impide en este concepto que la ignorancia nos haga conocer y la obcecacion nos haga ver, si es cierto que la ciencia es causa de nuestra ignorancia.

TEETETES.

Quizá, Sócrates, no hemos tenido razon para haber supuesto sólo ciencias en vez de pájaros, y debimos suponer ignorancias revoloteando en el alma con aquellas, de manera que el cazador, tomando tan pronto una ciencia como una ignorancia, juzgase el mismo objeto falsamente por la ignorancia y verdaderamente por la ciencia.

SÓCRATES.

Es difícil, Teetetes, negarte las alabanzas que mereces. Sin embargo, examina de nuevo lo que acabas de decir. Supongamos que la cosa sea así. Aquel que coja una ignorancia, juzgará falsamente segun tú; ¿no es así?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero no se imaginará que forma un juicio falso.

TEETETES.

¿Cómo se lo ha de imaginar?

SÓCRATES.

Por el contrario, creerá juzgar bien, y pretenderá saber lo que realmente ignora.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Se imaginará haber cogido en la caza una ciencia y no una ignorancia.

TEETETES.

Eso es evidente.

SÓCRATES.

Después de un largo rodeo, hénos aquí otra vez en nuestro primer conflicto. Porque ese disputador, de que hablé antes, nos dirá sonriéndose: Amigos míos, explicadme, pues, si, conociendo la una y la otra, tanto la ciencia como la ignorancia, se figura uno que aquella que se sabe es otra que también se sabe. Ó cómo no conociendo la una, ni la otra, se cree que aquella que no se sabe es otra que tampoco se sabe. Ó cómo conociendo la una y no conociendo la otra, se toma aquella que se sabe, por la que no se sabe, ó la que no se sabe por la que se sabe. Me direis también que hay otras ciencias para estas ciencias y estas ignorancias, y que el que las posee, teniéndolas encerradas en otros palomares ridículos ó grabadas en otras planchas de cera, las sabe durante el tiempo que las posee, aunque ellas no estén presentes en el espíritu? De esta suerte os vereis precisados á recurrir mil veces al mismo expediente, y no adelantareis nada. ¿Qué responderemos á esto? Teetetes.

TEETETES.

En verdad, Sócrates, yo no sé qué puede responderse.

SÓCRATES.

Estos cargos que se nos hacen, mi querido amigo, ¿no son ciertamente fundados, y no nos harán conocer que no tenemos razon para indagar lo que es el juicio falso ántes de conocer la ciencia, y que es imposible conocer el falso juicio, si no se conoce ántes en qué consiste la ciencia?

TEETETES.

Preciso es confesar por ahora, que es como tú dices.

SÓCRATES.

¿Cómo se definirá de nuevo la ciencia? Porque no renunciaremos aún á descubrirla.

TEETETES.

Nada de eso, á ménos que tú no renuncies.

SÓCRATES.

Dime de qué manera la definiremos sin ponernos en el caso de contradecirnos.

TEETETES.

Como ya hemos intentado definirla, Sócrates; porque no ocurre otra cosa á mi espíritu.

SÓCRATES.

¿Qué decíamos?

TEETETES.

Que el juicio verdadero es la ciencia. El juicio verdadero no está sujeto á ningun error, y todos los efectos que de él resultan, son bellos y buenos.

SÓCRATES.

El que sirve de guía en el paso de un rio, Teetetes, dice que el agua misma indicará su profundidad. En igual forma, si entramos en la discusion presente, quizá los obstáculos que se presenten, nos descubrirán lo que buscamos, mientras que si no entramos, nada se aclarará.

TEETETES.

Tienes razon; sigamos, pues, y examinemos la cuestion.

SÓCRATES.

El asunto no reclama un largo exámen. Todo un arte nos prueba que la ciencia no consiste en esto.

TEETETES.

¿Cómo y cuál es ese arte?

SÓCRATES.

El de los hombres de más nombradía por su saber, que se llaman oradores y hombres de ley. En efecto, por medio de su arte saben persuadir, no á modo de enseñanza, sino inspirando á sus oyentes el juicio que les parece. ¿Ó bien crees tú, que haya maestros bastante hábiles para poder, mientras corre un poco de agua, instruir suficientemente sobre la verdad de ciertos hechos á hombres que no los presenciaron, ya se trate de un robo de dinero, ó ya de cualquiera otra violencia?

TEETETES.

De ningun modo; lo único que pueden hacer, es persuadirlos.

SÓCRATES.

Persuadir á alguno, ¿no es en cierto modo hacerle formar un juicio?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

No es cierto que cuando los jueces tienen una persuasion bien fundada sobre hechos, que no se pueden saber á ménos de haberlos visto, juzgando en este caso en vista sólo de la relacion de otro, forman un juicio verdadero sin ciencia, y están persuadidos con razon, puesto que han juzgado bien?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pero, mi querido amigo, si el juicio verdadero y la ciencia fuesen la misma cosa, nunca juzgaria bien, ni aún

el juez mejor, estando desprovisto de la ciencia. Resulta ahora, que el juicio verdadero no es la misma cosa que la ciencia.

TEETETES.

Recuerdo, Sócrates, una cosa que he oído decir á alguno, y que habia olvidado. Pretendia que el juicio verdadero, acompañado de su explicacion, es la ciencia, y que el que no puede explicarse, está fuera de la ciencia; que los objetos que no son susceptibles de explicacion no pueden saberse, y que los que son susceptibles de ella son los únicos científicos. En estos términos se expresaba.

SÓCRATES.

Seguramente; pero explicame por dónde distinguia él los objetos que pueden saberse de los que no pueden saberse. Así conoceré yo si hemos entendido ambos lo mismo.

TEETETES.

No sé si me acordaré, pero si otro me lo dijese, creo que podria seguirle fácilmente.

SÓCRATES.

Escucha, pues, un sueño en cambio de ese otro sueño. Creo haber oído tambien decir á algunos que los primeros elementos, si puedo decirlo así, de que el hombre y el universo se componen, son inexplicables; que á cada uno, tomado en sí mismo, no puede hacerse más que darle nombre, siendo imposible enunciar nada más ni en pro ni en contra, porque seria ya atribuirle el ser ó el no ser; que no debe añadirse nada al elemento, si se quiere enunciarlo sólo; que ni áun deben unirse á él las palabras *él, éste, cada, sólo, esto*, ni otras muchas semejantes, porque no siendo nada fijo se aplican á todas las cosas y son de algun modo diferentes de aquellas á las que se aplican; que seria preciso enunciar el elemento en sí mismo, si esto fuera posible, y si tuviese una explicacion que le fuera propia, por medio de la cual se le pudiese enunciar sin el au-

xilio de ninguna otra cosa; pero que es imposible explicar ninguno de los primeros elementos, y que sólo puede nombrárseles simplemente, porque no tienen más que el nombre. Por el contrario, respecto á los seres compuestos de estos elementos, como hay una combinacion de principios, la hay tambien en cuanto á los nombres que hacen posible la demostracion, porque esta resulta esencialmente de la reunion de los nombres; que por lo tanto, los elementos no son ni explicables, ni cognoscibles, sino tan sólo sensibles; mientras que los compuestos pueden ser conocidos, enunciados y estimados por un juicio verdadero; qué, por consiguiente, cuando se forma sobre cualquier objeto un juicio verdadero, pero destituido de explicacion, el alma á la verdad pensaba exactamente sobre este objeto, pero no le conocia, porque no se tiene la ciencia de una cosa, en tanto que no se puede dar ni entender la explicacion; pero que cuando al juicio verdadero se unia la explicacion, se estaba entonces en estado de conocer, y se tenia todo lo requerido para la ciencia. ¿Es así como has entendido este sueño ó de otra manera? •

TEETETES.

Así es precisamente.

SÓCRATES.

Y bien ¿opinas que se debe definir la ciencia como un juicio verdadero acompañado de explicacion?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¡Pero qué! Teetetes, habremos nosotros descubierto en un dia lo que muchos sabios han intentado há largo tiempo, habiendo llegado á la vejez sin haber encontrado la solucion?

TEETETES.

A mí, Sócrates, me parece que esta definicion es buena.

SÓCRATES.

Es probable, en efecto, que lo sea, porque ¿qué ciencia puede concebirse fuera de un juicio recto bien explicado? Hay, sin embargo, en lo que acaba de decirse un punto que me desagrada.

TEETETES.

¿Cuál es?

SÓCRATES.

El que parece mejor expuesto, á saber: que los elementos no pueden ser conocidos, y que los compuestos pueden serlo.

TEETETES.

¿No es exacto eso?

SÓCRATES.

Es preciso verlo, y tenemos como garantía de la verdad de esta opinion los ejemplos sobre que el autor apoya todo lo que sienta.

TEETETES.

¿Qué ejemplos?

SÓCRATES.

Los elementos de las letras y de las sílabas. ¿Piensas tú que el autor de esta opinion tuvo presente otra cosa, cuando decia lo que acabamos de referir?

TEETETES.

No, sino eso mismo.

SÓCRATES.

Atengámonos á este ejemplo y examinémosle, ó más bien, veamos si es así ó de otra manera como nosotros mismos hemos aprendido las letras. Y por el pronto ¿tienen las sílabas una definicion y los elementos no?

TEETETES.

Probablemente.

SÓCRATES.

Pienso lo mismo que tú. Si alguno te preguntase so-

bre la primer sílaba de mi nombre de esta manera: Teetes, dime, ¿qué cosa es *So*? ¿Qué responderías?

TEETETES.

Que es una S y una O.

SÓCRATES.

¿No es esa la explicación de esta sílaba?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Dime ¿cuál es la de la S?

TEETETES.

¿Cómo pueden nombrarse los elementos de un elemento? La S, Sócrates, es una letra muda y un sonido simple, que forma la lengua silbando. La B no es una vocal, ni un sonido, lo mismo que la mayor parte de los elementos; de suerte que se puede decir fundadamente, que son inexplicables los elementos, puesto que los más sonoros de ellos, hasta el número de siete, no tienen más que sonido, y no admiten absolutamente ninguna explicación.

SÓCRATES.

Hemos conseguido, mi querido amigo, aclarar un punto relativo á la ciencia.

TEETETES.

Así me parece.

SÓCRATES.

¿Qué! ¿hemos demostrado bien que el elemento no puede ser conocido y que la sílaba puede serlo?

TEETETES.

Creo que sí.

SÓCRATES.

Dime: ¿entendemos por sílaba los dos elementos, que la componen, ó todos si son más de dos? ¿Ó bien una cierta forma que resulta de su unión?

TEETETES.

Me parece, que entendemos por sílaba todos los elementos de que una sílaba se compone.

SÓCRATES.

Veamos lo que es con relacion á dos. S y O forman juntas la primera sílaba de mi nombre. ¿No es cierto que el que conoce esta sílaba conoce estos dos elementos?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Por consiguiente conoce la S y la O?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Qué sucedería si, no conociendo la una ni la otra, las conociese ámbas?

TEETETES.

Eso sería un prodigio y un absurdo, Sócrates.

SÓCRATES.

Sin embargo, si es indispensable conocer la una y la otra para conocer ámbas, es de toda necesidad para el que intente conocer una sílaba, conocer ántes los elementos; y siendo esto así, nuestro bello razonamiento se desvanece y se escapa de nuestras manos.

TEETETES.

Verdaderamente sí, y de repente.

SÓCRATES.

Es que no hemos sabido defenderlo. Quizá sería preciso suponer que la sílaba no consiste en los elementos, sino en un no sé qué, resultado de ellos y que tiene su forma particular, que es diferente de los elementos.

TEETETES.

Tienes razon, y puede suceder que sea así y no de la otra manera.

SÓCRATES.

Es preciso examinarlo, y no abandonar tan cobardemente una opinion grave y respetable.

TEETETES.

No, sin duda.

SÓCRATES.

Sea, pues; como acabamos de decir, y que cada sílaba, compuesta de elementos que se combinan entre sí, tenga su forma propia, tanto para las letras, como para todo lo demás.

TEETETES.

Conforme.

SÓCRATES.

En consecuencia, es preciso que no tenga partes.

TEETETES.

¿Por qué?

SÓCRATES.

Porque donde hay partes, el todo es necesariamente lo mismo que todas las partes en conjunto. ¿Ó bien dirás que un todo resultado de partes tiene una forma propia distinta de la de todas aquellas?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿El todo y el total ó la suma, son en tu opinion una misma cosa ó dos cosas diferentes?

TEETETES.

No tengo conviccion acerca de esto, pero puesto que quieres que responda con resolucion, me atrevo á decir que son cosas diferentes.

SÓCRATES.

Todo valor es laudable, Teetetes, y es preciso ver si lo es tambien tu respuesta.

TEETETES.

Sin duda es preciso verlo.

SÓCRATES.

De esta manera, según tu definición, el todo difiere del total.

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¡Pero qué! ¿Hay alguna diferencia entre todas las partes y el total? Por ejemplo, cuando decimos, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, ó dos veces tres, ó tres veces dos, ó cuatro y dos, ó tres, dos y uno, ó cinco y uno, ¿dan todas estas expresiones el mismo número ó números diferentes?

TEETETES.

Dan el mismo número.

SÓCRATES.

¿No es el de seis?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿No hemos comprendido en cada expresión todas las seis unidades?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿No expresamos nada cuando decimos todas las seis unidades?

TEETETES.

Alguna cosa queremos decir seguramente.

SÓCRATES.

¿Otra cosa que seis?

TEETETES.

No.

SÓCRATES.

Por consiguiente, en todo lo que resulta de los números, entendemos lo mismo por el total que por todas sus partes.

TEETETES.

Así parece.

SÓCRATES.

Hablemos de otra manera. El número, que expresa una arpentá, y la arpentá misma son una misma cosa. ¿No es así?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

El número que forma el estadio, ¿está en el mismo caso?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

¿No sucede lo mismo con el número respecto de un ejército, de una armada y de otras cosas semejantes? Porque la totalidad del número es precisamente cada una de estas cosas tomada en conjunto.

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero qué es el número respecto de cada una sino sus partes?

TEETETES.

Ninguna otra cosa.

SÓCRATES.

Todo lo que tiene partes resulta, pues, de estas partes.

TEETETES.

Parece que sí.

SÓCRATES.

Es preciso confesar que todas las partes constituyen el total, si es cierto que el número todo lo constituye igualmente.

SÓCRATES.

Sin duda.

SÓCRATES.

El todo no es compuesto de partes, porque si fuese el conjunto de las partes seria un total.

TEETETES.

No parece así.

SÓCRATES.

Pero la parte ¿es parte de otra cosa que del todo?

TEETETES.

Sí, del total.

SÓCRATES.

Te defiendes con valor, Teetetes. El total no es un total cuando nada le falta?

TEETETES.

Necesariamente.

SÓCRATES.

El todo ¿no será asimismo un todo, cuando no le falte nada? De suerte, que si falta alguna cosa, ni es un total, ni es un todo, y uno y otro se hacen lo que son por la misma causa.

TEETETES.

Ahora me parece, que el todo y el total no se diferencian en nada.

SÓCRATES.

¿No decíamos que allí, donde hay partes, el todo y el total serán la misma cosa que el conjunto de las partes?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Así, pues, volviendo á lo que queria probar ántes, ¿no es cierto, que si la sílaba no es los elementos compuestos, es una necesidad que estos elementos no sean partes con relacion á ella, ó que, siendo la misma cosa que los elementos, no pueda la sílaba ser más conocida que ellos?

TEETETES.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

¿No es por evitar este inconveniente, por lo que hemos supuesto que la sílaba es diferente de los elementos que la componen?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero si los elementos no son partes de la sílaba, ¿puedes señalar otras cosas que sean sus partes, sin ser los elementos?

TEETETES.

Yo no concederé que la sílaba tenga partes; si bien sería ridículo buscar otras, despues de haber desechado los elementos.

SÓCRATES.

Segun lo que dices, Teetetes, la sílaba debe ser una especie de forma indivisible.

TEETETES.

Así parece.

SÓCRATES.

¿Te acuerdas, mi querido amigo, que ántes aprobamos como cosa cierta que los primeros principios, de que los demás séres se componen, no son susceptibles de explicacion porque cada uno de ellos, tomado en sí, carece de composicion; que no sería exacto, hablando de uno de estos principios, decir que es, ni que es *esto* ó lo *otro*, cosas estas diferentes y extrañas con relacion á él; y que esta es la causa por la que no es susceptible de explicacion ni de conocimiento?

TEETETES.

Me acuerdo.

SÓCRATES.

¿Hay otra causa que la haga simple é indivisible? Yo no veo ninguna.

TEETETES.

No parece que la haya.

SÓCRATES.

Si la sílaba no tiene partes, ¿tiene la misma forma que los primeros principios y es simple como ellos?

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Si la sílaba es un conjunto de elementos y forma un todo de que aquellos son partes, las sílabas y los elementos podrán igualmente conocerse y enunciarse, puesto que hemos dicho que las partes tomadas en junto son la misma cosa que el todo.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Si, por el contrario, la sílaba es una é indivisible lo mismo que el elemento, ella no será más susceptible de explicacion, ni más cognoscible que aquel, porque la misma causa producirá los mismos efectos en ambos.

TEETETES.

No puedo ménos de convenir en ello.

SÓCRATES.

De este modo no apoyaremos al que sostiene que la sílaba puede ser conocida y enunciada, y que el elemento no puede serlo.

TEETETES.

No, si admitimos las razones que acaban de ser expuestas.

SÓCRATES.

Pero qué! teniendo el conocimiento íntimo de lo que te ha sucedido á tí mismo, aprendiendo las letras, ¿darias oídos al que respecto de estas dijese lo contrario de lo que acabamos de decir?

TEETETES.

¿Qué me sucedió?

SÓCRATES.

Tú no has hecho otra cosa, al aprender las letras, que ejercitarte en distinguir los elementos, ya por la vista, ya por el oído, para no verte embarazado, cualquiera que fuera el orden en que se las pronunciara ó escribiera.

TEETETES.

Dices verdad.

SÓCRATES.

¿Y qué has tratado de aprender perfectamente en casa del maestro de lira, sino el medio de ponerte en estado de seguir cada sonido y distinguir la cuerda de que procedía? Esto todo el mundo lo reconoce, porque esos son los elementos de la música.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Si por las sílabas y los elementos que conocemos hemos de juzgar de las sílabas y de los elementos que no conocemos, diremos que los elementos pueden ser conocidos, en cuanto lo exige la inteligencia perfecta de cada ciencia, de una manera más clara y más decisiva que las sílabas; y si alguno sostiene que la sílaba es por naturaleza cognoscible, y que el elemento por naturaleza no lo es, creeremos que no habla seriamente, hágalo ó nó de propósito deliberado.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Podría, á mi parecer, demostrar lo mismo de varias y distintas maneras, pero tengamos cuidado de que esto no nos haga perder de vista lo que nos hemos propuesto examinar, á saber: qué se piensa dar á entender cuando

se dice que el juicio verdadero, acompañado de explicacion, es la ciencia en toda su perfeccion.

TEETETES.

Eso es lo que es preciso ver.

SÓCRATES.

Dime qué significa la palabra explicacion. En mi juicio significa una de estas tres cosas.

TEETETES.

¿Qué cosas?

SÓCRATES.

La primera, el acto de hacer el pensamiento sensible por la voz por medio de los nombres y de los verbos; de suerte que se le grabe en la palabra, que sale de la boca, como en un espejo ó en el agua. No te parece que esto es lo que quiere decir explicacion (1)?

TEETETES.

Sí; y decimos que el que hace esto se explica.

SÓCRATES.

¿No es todo el mundo capaz de hacerlo y de expresar más ó ménos pronto lo que piensa acerca de cada cosa, salvo que sea mudo ó sordo de nacimiento? En este sentido, el juicio verdadero irá siempre acompañado de explicacion en todos aquellos, que piensan con exactitud sobre cualquier objeto, y jamás se dará el juicio verdadero sin la ciencia.

TETETES.

Tienes razon.

(1) Es imposible encontrar una voz que traduzca la palabra *λόγος* de un modo constante, y que sirva para todos los casos y sentidos en que Platon la emplea. *Λόγος* ha significado ántes *prueba, demostracion, definicion, razonamiento, razon*, la *explicacion lógica* de una cosa, y en este caso la *palabra*. Hemos empleado primero el término *explicacion*, porque es el que lleva mejor al segundo sentido de *λόγος*. (Nota de Cousin.)

SÓCRATES.

Así, pues, no acusaremos á la ligera al autor de la definicion de la ciencia, que examinamos, de que no ha dicho nada de provecho. Quizá esta definicion no explica la ciencia, y acaso ha querido su autor significar con ella la posibilidad de dar razon de cada cosa por los elementos que la componen (1), cuando se nos pregunta sobre su naturaleza.

TEETETES.

Pon un ejemplo, Sócrates.

SÓCRATES.

Por ejemplo: Hesiodo dice (2) que el carro se compone de cien piezas. Yo no podria enumerarlas, y creo que tú tampoco. Y si se nos preguntase lo que es un carro, crearíamos haber dicho mucho respondiendo, que son las ruedas, el eje, las alas, las llantas y la lanza.

TEETETES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Pero respondiendo así, pareceríamos al que nos hiciese esta pregunta tan ridículos, como si preguntándonos tu nombre, le respondiéramos sílaba por sílaba, y nos imagináramos, creyendo formar un juicio exacto y bien enunciado, que éramos gramáticos y que conocíamos y explicábamos conforme á las reglas de la gramática el nombre de Teetetes; cuando no seria responder como un hombre que sabe, á no ser que con el juicio verdadero se diera razon exacta de cada cosa por sus elementos, como se ha dicho precedentemente.

TEETETES.

Así lo hemos dicho en efecto.

SÓCRATES.

Es cierto que nosotros formamos un juicio exacto res-

(1) Es decir, el análisis.

(2) *Las obras y los dias*; verso 454.

pecto al carro; pero el que puede describir su naturaleza recorriendo una á una las cien piezas, y une este conocimiento al otro, además de formar un juicio verdadero sobre el carro, es dueño de la explicacion; y en lugar de formar un mero juicio arbitrario, habla como hombre inteligente y que conoce la naturaleza del carro, porque puede hacer la descripcion del todo por sus elementos.

TEETETES.

¿No crees que tendria razon? Sócrates.

SÓCRATES.

Sí, mi querido amigo, si tú crees y concedes que la descripcion de una cosa en sus elementos es la explicacion, y que la que se hace mediante las sílabas ú otras partes mayores no explica nada; dime tu opinion sobre esto á fin de que la examinemos.

TEETETES.

Pues bien, estoy conforme.

SÓCRATES.

¿Piensas que uno sabe cualquiera objeto, sea el que sea, cuando juzga que una misma cosa pertenece tan pronto al mismo objeto como á otro diferente, ó que sobre un mismo objeto forma tan pronto un juicio como otro?

TEETETES.

No, ciertamente; no lo pienso así.

SÓCRATES.

¿Y no recuerdas que es precisamente lo que tú y los demás haciais cuando comenzabais á aprender las letras?

TEETETES.

¿Quieres decir que nosotros creiamos que tal letra pertenecia tan pronto á la misma sílaba como á otra, y que colocábamos la misma letra, tan pronto en la sílaba que la correspondia, como en otra?

SÓCRATES.

Sí, eso mismo.

TEETETES.

Pues bien, no lo he olvidado; y no tengo por sabios á los que son capaces de incurrir en estas equivocaciones.

SÓCRATES.

¿Pero qué? ¿cuando un niño, encontrándose en el mismo caso en que estabais vosotros al escribir el nombre de Teetetes con una *t* y una *e*, cree deber escribirle así, y así le escribe, y que, queriendo escribir el de Teodoro, cree deber escribirle y le escribe tambien con una *t* y una *e*, ¿diremos que sabe la primera sílaba de vuestros nombres?

TEETETES.

Acabamos de convenir en que el que está en este caso, está léjos de saber.

SÓCRATES.

¿Y no puede pensar lo mismo con relacion á la segunda, á la tercera y á la cuarta sílaba?

TEETETES.

Si puede.

SÓCRATES.

Cuando escriba de seguida el nombre de Teetetes, ¿no tendrá un juicio verdadero con el pormenor de los elementos que le componen?

TEETETES.

Es evidente.

SÓCRATES.

Y aunque juzga bien, ¿no está desprovisto aún de ciencia, segun hemos dicho?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Por lo tanto, tiene la explicación de tu nombre y un juicio verdadero; porque le ha escrito conociendo el órden de los elementos, que, segun hemos reconocido, es la explicacion del nombre.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Hay, pues, mi querido amigo, un juicio recto, acompañado de explicacion, que aún no se puede llamar ciencia.

TEETETES.

Parece que sí.

SÓCRATES.

Segun todas las apariencias, nosotros hemos soñado cuando hemos creído tener la verdadera definicion de la ciencia. Pero no la condenemos aún. Quizá no es esto lo que se entiende por la palabra explicacion, sino que será el tercero y último sentido el que ha tenido á la vista, como hemos dicho, el que ha definido la ciencia, un juicio verdadero acompañado de su explicacion.

TEETETES.

Me lo has recordado muy á tiempo, y en efecto, aún queda un sentido que examinar: segun el primero, era la ciencia la imágen del pensamiento expresada por la palabra; segun el segundo de que se acaba de hablar, la determinacion del todo por los elementos (1); y el tercero, ¿cuál es segun tú?

SÓCRATES.

El mismo que muchos otros designarian como yo, y que consiste en poder decir en qué la cosa, acerca de la que se nos interroga, difiere de todas las demás.

TEETETES.

¿Podrias explicarme de esta manera algun objeto?

SÓCRATES.

Sí, el sol, por ejemplo. Creo designártelo suficientemente diciendo que es el más brillante de todos los cuerpos celestes, que giran alrededor de la tierra.

(1) Es decir, el análisis.

TEETETES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Escucha por qué he dicho esto. Acabamos de decir que, según algunos, si fijas respecto de cada objeto la diferencia que los separa de todos los demás, tendrás la explicación del mismo; mientras que si sólo te fijas en una cualidad común, tendrás la explicación de los objetos á quienes esta cualidad es común.

TEETETES.

Comprendo, y me parece oportuno llamar á esto la explicación de las cosas.

SÓCRATES.

De este modo cuando, mediante un juicio recto acerca de un objeto cualquiera, se conozca en qué se diferencia de todos los demás, se tendrá la ciencia del objeto, así como ántes sólo se tenía la opinión del mismo.

TEETETES.

No temamos asegurarlo.

SÓCRATES.

Ahora, Teetetes, que veo más de cerca esta definición, á la manera de lo que sucede con el bosquejo de un cuadro, todo se me oculta, siendo así que, cuando estaba lejano, creía ver alguna cosa.

TEETETES.

¿Cómo? ¿Por qué hablas así?

SÓCRATES.

Te lo diré, si puedo. Cuando yo formo sobre tí un juicio verdadero, y tengo además la explicación de lo que tú eres, yo te conozco, si nó, no tengo más que una mera opinión.

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Dar la explicación de lo que tú eres es determinar en lo que te diferencias de los demás.

TEETETES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Cuando no tenia de tí mas que una mera opinion, ¿no es cierto que yo no habia penetrado con el pensamiento ninguno de los rasgos que te distinguen de todos los demás?

TEETETES.

Así parece.

SÓCRATES.

No tenia presentes en el espíritu otras cualidades que las comunes, que tanto son tuyas, como de cualquier otro hombre.

TEETETES.

Necesariamente.

SÓCRATES.

En nombre de Júpiter, dime cómo en este caso eres tú objeto de mi juicio más bien que otro? Supon, en efecto, que yo me represento á Teetetes bajo la imágen de un hombre, que tiene nariz, ojos, boca y las demás partes del cuerpo: ¿esta imágen me obligará á pensar ántes en Teetetes que en Teodoro, ó como suele decirse, que en el último de los Misios?

TEETETES.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

Si no sólo me figuro un hombre con nariz y ojos, sino que además me represento esta nariz roma y estos ojos saltones, ¿tendré en el espíritu tu imágen más bien que la mia, ó que la de todos aquellos que se nos parecen en esto?

TEETETES.

De ninguna manera.

SÓCRATES.

A mi entender, no formaré la imágen de Teetetes, sino

cuando su nariz roma deje en mí huellas, que sean diferentes de todas las especies de narices romas que yo he visto, y lo mismo de todas las demás partes de que te compones; de suerte que si te encuentro mañana, mediante la nariz roma te recuerda mi espíritu, y me hace formar de tí un juicio verdadero.

TEETETES.

Es incontestable.

SÓCRATES.

De igual modo, el juicio verdadero comprende la diferencia de cada objeto.

TEETETES.

Parece que sí.

SÓCRATES.

¿Qué significa, pues, unir la de un objeto al juicio recto que ya se tiene? Porque si se quiere decir que es preciso juzgar además lo que distingue un objeto de los otros, esto es prescribirnos una cosa completamente impertinente.

TEETETES.

¿Por qué?

SÓCRATES.

Porque se nos ordena que formemos un juicio verdadero de los objetos con relacion á su diferencia, cuando ya tenemos este recto juicio con relacion á esta diferencia; así que es más absurdo semejante consejo que el mandar girar una scitala (1), un mortero ó cualquiera otra cosa parecida. Más razon habria para llamarle consejo de ciego, pues no hay cosa que más se parezca á una ceguera completa que mandar tomar lo que ya se tiene, á fin de saber lo que se sabe ya por el juicio.

(1) La scitala era un baston redondo en torno del cual rodaba un pergamino sobre el que se escribia estando rodado, y sólo podia leerlo el que tuviera otra scitala de igual espesor. Asi se entendian los reyes de Esparta con los Eforos durante las expediciones.

TEETETES.

Díme qué querías decir ántes al interrogarme.

SÓCRATES.

Hijo mio, si por explicar un objeto se entiende conocer su diferencia y no simplemente juzgarla, la explicacion en este caso es lo más bello que hay en la ciencia. Porque conocer es tener la ciencia; ¿no es así?

TEETETES.

Sí.

SÓCRATES.

Y si se pregunta al autor de la definicion qué es la ciencia, responderá al parecer que es un juicio exacto sobre un objeto con el conocimiento de su diferencia, puesto que, segun él, añadir la explicacion al juicio no es más que esto.

TEETETES.

Al parecer.

SÓCRATES.

Es responder bastante néciamente, cuando preguntando lo que es la ciencia, se nos dice que es un juicio exacto unido á la ciencia, ya de la diferencia, ya de cualquiera otra cosa. Así, Teetetes, la ciencia no es la sensacion, ni el juicio verdadero, ni el mismo juicio acompañado de explicacion.

TEETETES.

Parece que no.

SÓCRATES.

Ahora bien, mi querido amigo, veo que sigue aún nuestra preñez y sentimos todavía los dolores de parto respecto de la ciencia. ¿Ó hemos dado ya á luz todas nuestras concepciones?

TEETETES.

Seguramente, Sócrates; he dicho con tu auxilio muchas más cosas que las que tenia en mi alma.

SÓCRATES.

¿No te ha hecho ver mi arte de comadron, que todas estas concepciones son frívolas é indignas de que se las alimente y sostenga?

TEETETES.

Sí, verdaderamente.

SÓCRATES.

Si en lo sucesivo, Teetetes, quieres producir, y en efecto produces frutos, serán mejores gracias á esta discusion; y si permaneces estéril, no te harás pesado á los que conversen contigo, porque serás más tratable y más modesto, y no creerás saber lo que no sabes. Es todo lo que mi arte puede hacer y nada más. Yo no sé nada de lo que saben los grandes y admirables personajes de estos tiempos y de los tiempos pasados, pero en cuanto al oficio de partear, mi madre y yo lo hemos recibido de mano del Dios, ella para las mujeres y yo para los jóvenes de bellas formas y nobles sentimientos. Ahora necesito ir al pórtico del rey, para responder á la acusacion de Melito contra mí; pero te aplazo, Teodoro, para mañana en este mismo sitio.
